



José Ramón Blasco Graterol  
“Guameño”

# Los cuadernos de la fábrica

VISIÓN Y MISIÓN  
DE LA CLASE OBRERA  
EN REVOLUCIÓN

*Prólogo de José “El Chino” Khan*



**Los cuadernos de la fábrica**  
VISIÓN Y MISIÓN DE LA CLASE OBRERA  
EN REVOLUCIÓN

  
**EL PERRO**  
**y LARANA**

1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana

© José Ramón Blasco Graterol

© Fundación Editorial El perro y la rana

**Edición a cargo de:**

Fundación Editorial El perro y la rana

**Diseño y diagramación:**

Ennio Tucci

**Corrección:**

Gema Medina

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4845-7

DL: DC2021001144

**Los cuadernos de la fábrica**  
VISIÓN Y MISIÓN DE LA CLASE OBRERA  
EN REVOLUCIÓN

José Ramón Blasco Graterol  
“Guameño”



## Agradecimientos

*A mi querida compañera Tatiana, cuyos aportes en muchas horas de trabajo, son los que han hecho posible que estas reflexiones lleguen hasta donde creemos deben llegar.*

*Al camarada Ernesto Villegas y su equipo, por haber hecho posible la concreción de este esfuerzo.*

*A mi hermano de muchas luchas, el Chino Khan, consecuente hombre de grandes batallas en todo terreno y circunstancias, cuyo prólogo identifica, sella y reafirma el norte de estas reflexiones.*

*A la Revolución Bolivariana, que abre sus puertas para que la clase obrera pueda expresarse y contribuir con este hermoso proyecto político.*



## Dedicatoria

*¡A todos ellos!*

*A Rubén y Veiman, mis queridos hijos, a quienes adoro y he dedicado en la medida de mis posibilidades, mis mayores esfuerzos para apoyarlos. Espero poder hacer aún más.*

*A Tatiana, con quien comparto y compartiré siempre los mejores momentos de mi vida.*

*A Fátima, joven guerrillera nicaragüense, madre de mi primer hijo y quien dedicó su vida a la defensa de la revolución sandinista.*

*A mi familia, a cada uno lo que merecen, que es bastante.*

*A todos mis compañeros y compañeras de lucha, con quienes he tenido la fortuna de compartir los diferentes momentos del combate diario y que siempre están presentes, en este largo camino por la emancipación de los pobres.*



## Prólogo

Nos encontramos en un momento histórico en el ámbito político, económico y social que moviliza el desarrollo de los países y en especial con más fuerza en los de Latinoamérica, donde emergen procesos revolucionarios socialistas. Esta situación motivó a Ramón Blasco, mejor conocido entre amigos y camaradas como “Guameño”, a escribir el presente libro con una agudeza sin igual.

Recuerdo a aquel joven, aunque hoy ambos ya no lo estamos tanto, pero solo físicamente, porque el espíritu joven, revolucionario vive a diario en nosotros desde siempre. Vienen a mi mente aquellos momentos de lucha histórica, desde la Universidad Central de Venezuela, desde la organización de la clase obrera, las luchas por las reivindicaciones salariales y por la justicia social, donde la motivación era la transformación de una sociedad socialista y de iguales. Hoy, una forma de dar continuidad a esa lucha en nuestro querido camarada, amigo y luchador revolucionario incansable, es a través de las letras, las palabras y la expresión del análisis del pasado, presente y futuro de las luchas sociales y cómo encaminar a través de un cabildo abierto plasmado en sus libros la batalla de ideas que permitan a nuestro pueblo la formación, estar informado, organizado, y cómo la autocrítica sobre la ejecución de la política, los valores y la identidad pueden dar un equilibrio a la profundización y constante mejora del proceso socialista, revolucionario y dar

paso a la suprema felicidad del colectivo, con la transformación de la mujer y el hombre nuevos.

Es entonces para nosotros, *Los cuadernos de la fábrica. Visión y misión de la clase trabajadora en revolución*, una ventana de información sobre el contexto de América Latina, donde los pueblos de un continente entero están cansados de los atropellos y vejámenes de gobiernos peones de un neoliberalismo deshumanizado, insaciable que no se detiene de su empeño de apropiarse de los recursos naturales de la región.

Podemos observar cómo los países capitalistas, clasificados como potencias, son los que ocupan la mayor tasa de desigualdad en el mundo, con un alto porcentaje de pobreza. Un ejemplo de esto lo vemos en Estados Unidos, con 42 millones de pobres, es decir, unos cuantos enriquecidos y el pueblo pobre y desasistido, sin poder cubrir las necesidades básicas para su sobrevivencia y la de sus familias, marcando una gran brecha en las condiciones sociales de los pueblos, la explotación del explotado. A lo largo de los años, esto se ha venido modificando y se ha logrado a través de la organización de las bases, de la clase trabajadora, que más allá de luchar por los beneficios laborales, en paralelo, se mantenga la lucha por la justicia social, por una sociedad igualitaria, con acceso a una calidad de vida sostenible.

Vivimos un momento de guerra de cuarta y quinta generación, donde el imperio en su búsqueda por apoderarse de las riquezas naturales de algunos países y en nuestro caso, de nuestra patria, no ha descansado en su intención; cada día activa procesos desestabilizadores para romper con el hilo constitucional apoyados por los organismos internacionales serviles al imperio yanqui, entre ellos destacan la ONU, el FMI y la OEA. En la actualidad, el gobierno de Estados Unidos ha decretado fuertes bloqueos en contra de la República Bolivariana de Venezuela, lo que limita el libre desarrollo económico y

crecimiento de la nación. La Revolución Bolivariana ha hecho frente, toda vez que hay un pueblo y una clase trabajadora con conciencia revolucionaria, formación y madurez política. Este es nuestro gran ejército.

Pues nos enriqueceremos cognitivamente de la experiencia de Guameño, de su sapiencia y su visión, plasmadas de forma estructurada, eficiente y eficaz en este escrito, con un alto contenido estratégico para coadyuvar en la batalla de ideas orientadas a la construcción de un modelo socialista ajustado a la realidad del entorno. Nos brinda la oportunidad de tener una mirada sobre la realidad de nuestro continente, así como de la actuación de las organizaciones y convenios internacionales a favor del imperio para generar condiciones y desestabilización en países de Latinoamérica, teniendo como objetivo apoderarse de sus materias primas, sin importarle el daño que les hacen a sus pueblos y a las económicas propias, cercenando su soberanía, con prácticas como bloqueos económicos y sanciones criminales. Del mismo modo, detalla el papel protagónico que ejercen las bases sociales desde el inicio de la historia y cómo la clase trabajadora se enfrenta al capitalismo mediante su posición en los procesos productivos.

Solo el pueblo, las diferentes formas de organización popular, la clase trabajadora guiada por verdaderos revolucionarios, con ética, moral, madurez política, formación permanente y claridad ideológica pueden hacer frente a la batalla contra el capitalismo. El momento es el ahora; tenemos un gran reto todos los revolucionarios, debemos abocarnos a promover y profundizar espacios políticos de formación, debate y organización, con constante y permanente vinculación social. Es fundamental la unificación de criterios en pro del beneficio social y del país, somos el epicentro de la revolución. Desde los diferentes espacios y nichos debemos dar la batalla y una forma de ilustrarnos es a través de los siguientes capítulos de este

libro, por lo que los invito a leer cada uno de ellos y que desde el conocimiento podamos profundizar el despertar de la conciencia de calle, de la transformación y construcción de una nueva sociedad justa, equilibrada, liberadora. Comprometámonos a consolidar el sueño de Bolívar y Chávez, una “Venezuela potencia en lo social, político y económico”.

José *El Chino* Khan

## Presentación

El inevitable choque ideológico que cada día está más presente en nuestra América Latina viene generando acontecimientos que han hecho del panorama político en la región un escenario muy dinámico, siempre dentro de un plan orquestado por Washington, apoyado por gobiernos serviles y la maquinaria mediática imperial, que mediante manifestaciones más vandálicas que políticas de hijos de papá, y otros enajenados y disociados, logran arrastrar a las calles a algunos sectores de clase media, ciegos y enfermos por el odio sistemáticamente inoculado por el aparato oligárquico, que insisten en unas bondades del neoliberalismo que jamás se ven donde son y han sido gobiernos. La verdad que no ven es que en Latinoamérica vivimos momentos de definiciones y lo que está en juego hoy, es la alternativa entre la democracia socialista y la seudodemocracia fascista, que compromete el futuro de nuestro continente.

La crítica contra las ya insostenibles políticas neoliberales de Estados Unidos, Europa, el FMI y el BM es la posición común de los pueblos, cansados de saqueos y explotación capitalista. Los explotadores de siempre se niegan a entender que los indios, los negros y los “sudacas”, ya saben y pueden controlar su petróleo, su gas y su agua, y están construyendo tecnologías que antes no podían; eso les molesta, como también les molesta que les hablen como iguales, como se atrevieron a hacerlo Fidel, Chávez, Correa, Evo Morales y lo siguen haciendo Daniel Ortega, Nicolás Maduro y Díaz-Canel. Deberían saber

que América Latina ya no calla, y está unida por un sentimiento y un objetivo de soberanía e independencia, para lo cual hoy dispone de las herramientas políticas y económicas que le permitirán hacerlo realidad.

En América Latina se trabaja por la unidad en esta batalla de las ideas, y ya no es fácil doblegarla; esta verdad la estamos viviendo desde el año 2019 en Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Honduras, la Argentina de Macri, el Brasil de Bolsonaro, donde pueblos aletargados, y por momentos sumisos, se volcaron a las calles clamando por justicia contra el neoliberalismo y sus políticas hambreadoras y excluyentes, dirigidas a los sectores sociales de menos recursos económicos. Como siempre ha sido, el capitalismo responde a estos legítimos reclamos de los pueblos con represión, persecución y muerte. Junto a estos estallidos sociales en la mayoría de nuestros países, paradójicamente se han experimentado retrocesos políticos en los avances progresistas alcanzados por la izquierda en el continente, lo cual debemos asumir como derrotas que deben ser analizadas en profundidad y autocriticamente, para ubicar los elementos donde ha fallado la izquierda latinoamericana, en su vinculación con las comunidades, y la conducción de las políticas sociales que identifican el proceso de cambio revolucionario.

Los triunfos de Macri en Argentina, de Bolsonaro en Brasil después del golpe a Dilma Rousseff, los sucesivos triunfos del uribismo en Colombia con toda la tragedia vivida en ese país con la oligarquía en el poder, así como la traición de Lenín Moreno luego del gran trabajo desarrollado por Rafael Correa, todo esto junto al golpe a Zelaya y a Evo, la persecución a Lula y Cristina Fernández de Kirchner, el avasallante atropello a la Revolución Bolivariana, la violación a los derechos humanos impunemente en todo el continente, configuran un panorama que reafirma por un lado, la disposición del imperialismo

a enfrentar los avances del socialismo, y por otra parte, que los procesos de cambio requieren de un trabajo sistemáticamente organizado y dirigido con mentalidad y criterio donde no quepa ninguna duda de la visión clasista, revolucionaria e ideológica que alimenta el accionar de una izquierda que busca la transformación de la sociedad; y en esto es peligroso descuidar la tarea de incentivar y aumentar cada día más el grado de conciencia del pueblo sobre las cuestiones políticas más importantes para fortalecer y hacer irreversible todo proceso revolucionario. Debemos ser conscientes de que detrás de estos avances neoliberales en el continente hay mucho de estos descuidos de la izquierda, que luego de asumir determinadas cuotas de gobernabilidad, se embriaga de poder y triunfalismo que hacen perder la cabeza, el verdadero sentido político y la capacidad para reflexionar sobre que es ese, precisamente el momento, cuando se debe continuar el trabajo con mayor entusiasmo, humildad y sentido de la oportunidad, para aprovechar algunas ventajas que proporciona esa posición para profundizar la tarea política pendiente, que es actuar siempre al lado del pueblo, sus necesidades y aspiraciones, buscando al mismo tiempo acumular fuerza a favor del cambio y no del orden establecido. Ese poder debe aprovecharse para construir el proceso alternativo revolucionario con bases en las comunidades y movimientos sociales organizados, es decir, partiendo de los sujetos sociales. Experiencias en Latinoamérica nos permiten ver lo negativo que ha resultado para los proyectos progresistas, que una vez asumido determinado nivel de poder, caer en prácticas políticas de la derecha, desvinculándose del contacto con las masas, olvidando el compromiso social que los puso donde están, o los dirigentes que ahora se preocupan más por ascender políticamente en lo individual, que trabajar por la preparación de toda la militancia del partido, la creación de las escuelas de cuadros, de las instancias del poder popular,

y otros mecanismos que van a permitir el fortalecimiento de la fuerza revolucionaria, que va a ser la garantía de que el proceso de cambio aguantará todas las arremetidas del enemigo, porque su esencia y su razón de ser tendrán sus raíces muy bien sembradas profundamente en el sentir social, político e ideológico del propio pueblo.

Esta es la tarea que debemos cumplir, no más exceso de confianza, ni arrogancias desde el poder, ni inconsecuencias revolucionarias; mucho menos abandono de la lucha de clase. Estamos obligados a trabajar en forma permanente para hacerles llegar a las masas populares, la diferencia entre el socialismo y el capitalismo. Mucho de lo que ha sucedido en algunos países donde la izquierda ha sido gobierno, es que solo hemos sido capaces de ganar elecciones, pero no de profundizar el trabajo concientizador de los sectores populares, quienes al final, son los defensores históricos del proceso revolucionario. En las negativas experiencias habidas en el continente, estos actores no han estado presentes con la claridad política ni ideológica que la situación requería; de allí los resultados en Honduras, Argentina, Ecuador, Chile; en Brasil donde gobernaba el Partido de los Trabajadores; en Bolivia, donde el presidente viene del sector sindical, en Colombia, donde existe un conflicto armado de más de medio siglo. Aun cuando pueda que muchos cuestionen el papel de la clase obrera como garante de los procesos de cambio social, es el sector más llamado a asumir la vanguardia y el papel más importante en este objetivo; su presencia en todo el proceso de producción así lo determina, de allí que si la clase obrera está clara, concientizada y ganada para asumir su compromiso histórico con el proceso revolucionario, no habrá imperio, ni capitalismo capaz de derrotar ninguna revolución que cuente con su respaldo consecuente e incondicional; por lo que se hace imprescindible aclarar y reafirmar la visión política y doctrinaria de la

clase obrera, para que pueda asumir con propiedad y sentido de clase, la misión histórica de defender y hacer irreversible el proceso de cambio estructural de la sociedad.

Podríamos finalizar diciendo que los pasos que pueden conducir por el camino seguro a la revolución, es el carácter clasista de la visión y misión política con las que cuenten sus trabajadores y pueblo en general. Donde esto no estuvo lo suficientemente claro, se perdió el avance y se truncó el objetivo. Por ahora.



## Nota del autor

Este libro es producto de una preocupación que he tenido desde hace ya bastante tiempo y que se acrecienta con los retrocesos políticos que la izquierda ha sufrido en América Latina, donde después de ganar la presidencia de la república, el ejercicio del poder en ese espacio político no funciona como la plataforma que debería darle la continuidad deseada a la gestión progresista. Preocupación esta que he creído necesario compartir con quien tenga la oportunidad de adentrarse en estas páginas, tratando de que los preocupados seamos muchos más sobre la tendencia de la izquierda en América Latina a alejarse un poco de los postulados revolucionarios, desaprovechando el descontento popular de las políticas neoliberales que afectan a sectores populares, cada vez más amplios y prevaleciendo la tendencia a solo administrar la crisis y desarrollar las mismas políticas de la derecha, con pocas iniciativas hacia la implementación de estrategias que permitan construir el verdadero poder popular, plasmando en los hechos la imagen y el ejemplo de lo que queremos ser, rechazando y enfrentando lo que no queremos ser, en función de construir las organizaciones de masas con poder para superar el error de pretender construir fuerzas políticas, sin construir fuerzas sociales.

Duras y lamentables han sido las experiencias en la región donde se ha pagado a un costo bastante alto la inconsecuencia, el descuido y el creer que basta con que la izquierda asuma la presidencia de un país para presumir ya de haber hecho la

revolución. Es así como muchas veces hemos descuidado el trabajo social, la atención a la organización de las masas y la necesidad de la formación política de las nuevas generaciones de cuadros y futuros dirigentes. Afortunadamente, también en eso tenemos los buenos ejemplos de países como Cuba, Nicaragua y Venezuela, que aun cuando en los dos últimos, todavía nos falta mucho camino por andar, en ambos sí se ha trabajado con mayor profundidad en todo lo que significa toma de conciencia, cultura política, organización de los sectores sociales, como los trabajadores, campesinos, gremios de profesionales y técnicos, estudiantes y hasta en los sectores de los militares, experiencia esta que merece mención especial, pues las circunstancias han demostrado la importancia de contar con una sólida unidad cívico-militar que enfrente como un solo equipo a los enemigos del proceso revolucionario, escenario que se ha presentado en los tres países, con los resultados victoriosos ya conocidos. La diferencia en el caso de Bolivia es la mejor demostración de la necesidad de desarrollar el trabajo político y organizativo en el seno de las Fuerzas Armadas, algo en lo que siempre tuvieron una acertada visión de grandes estrategias los comandantes Castro, Ortega y Chávez. La otra realidad que ha dejado un trabajo “relajado” de una izquierda embriagada de triunfalismo, que no escucha, que no forma ni construye, que no transmite claridad política en su confrontación clasista, que desde la cuota de poder del ejercicio presidencial se preocupa más de gobernar dentro del mismo esquema del Estado, son los casos bien conocidos en América Latina de Argentina en época de los Kirchner, Brasil con Lula y Dilma Rousseff, Ecuador con Correa, Uruguay con Tabaré Vázquez, Bolivia con Evo Morales y García Linera. Todos brillantes dirigentes que a pesar de acometer importantes cambios y reformas, al parecer fallaron en la implementación de políticas más cercanas al sentir popular. Se requiere de un

trabajo más al lado del pueblo, que lo haga sentirse parte de las soluciones y de esa mayoría cuestionadora de lo que no queremos. El pueblo debe reconocerse y ser reconocido como parte importante del nuevo instrumento garante del cambio social que siempre ha estado esperando. La ausencia de estas políticas abrió de nuevo la entrada a los demagogos con sus políticas neoliberales, aun conociendo quiénes son y para quiénes han gobernado cuando les ha tocado hacerlo. A la luz de lo ocurrido en los países mencionados, la izquierda latinoamericana debe ser autocrítica sobre cómo se aborda el compromiso con la construcción de los espacios políticos y la fuerza social, que es a lo que más le temen las clases dominantes, porque representan fuentes de poder desde las mismas bases del pueblo, que es como se fortalece y se hace irreversible todo proceso revolucionario. Hoy por hoy es vital asimilar que si bien desde el poder, un gobierno revolucionario debe cumplir con las necesidades del pueblo desde el punto de vista social, sus reivindicaciones, salud, educación, vivienda, vialidad, etc. Pero del mismo modo, y estando claros en el objetivo estratégico, es el momento de atender las necesidades que también tiene la revolución de formar, de organizar, de clarificar sobre el contenido de cambio que hay en esta lucha, de las barreras a demoler, hacer llegar hasta los sectores populares el mensaje revolucionario de que todas las normas, principios y lógicas surgidas en el capitalismo, no son sino la forma como las clases dominantes tienden a organizar económica, política, e ideológicamente a los dominados. Cuando la izquierda es poder es cuando el trabajo debe ser más comprometedor; es el momento de la humildad, de bajar hasta donde el pueblo sufre y lucha para sobrevivir a las políticas excluyentes y explotadoras del capitalismo, es de ese barro de donde va a surgir la fortaleza y la solidez de un verdadero movimiento clasista, a prueba de chantajes, de traiciones de promesas y recompensas.

Tradicionalmente en América Latina, la izquierda es víctima del mercado del voto, llevándola a establecer coaliciones que hacen que la coincidencia política, y la identificación ideológica estén relegadas a un segundo plano, ya que el primero es alcanzar el triunfo electoral y como consecuencia, se han dado casos en los que en donde la izquierda ha logrado ser gobierno, estas alianzas han sido el principal obstáculo para poder introducir los cambios estructurales necesarios para avanzar con una política revolucionaria. Nada más ilustrativo que lo sucedido a Dilma Rousseff en Brasil, con una alianza que si bien le sirvió para ganar las elecciones presidenciales, luego funcionó para sacarla de la presidencia, producto de trampas y manobras de la peor factura. Se repite esta historia en Argentina con Cristina Fernández de Kirchner, cuando sus aliados electorales, una vez en el gobierno, fueron sus peores enemigos. Esto demuestra cómo la izquierda es poco lo que puede hacer desde la silla presidencial, con las manos atadas por acuerdos y alianzas, cuyo principal objetivo es ganar la presidencia del país, antes que introducir los cambios que el pueblo está exigiendo. Otros casos son el de El Salvador con el FMLN donde no se notaron mucho los cambios políticos que esperaban de un gobierno marcadamente de izquierda, aun cuando no se detallan las razones, al menos así lo juzgó el pueblo con su voto en las siguientes elecciones, al votar por un reconocido enemigo de las políticas progresistas, que era lo que representaba el FMLN en el gobierno. En Ecuador, luego de un gran esfuerzo y de un consecuente apoyo del pueblo que vislumbra un prometededor futuro a la izquierda como una gran fuerza con profundas raíces en los sectores populares, el máximo líder, creador y motor de ese bonito movimiento popular, decide “que ya está bien”, que él “ya hizo lo que tenía que hacer”, “que su familia lo necesita,” y se hace a un lado, dejando el camino libre a quien agazapado venía siendo tocado por la CIA sin que ni el

partido ni los movimientos sociales se abocaran ni a investigar las andanzas del traidor, Lenín Moreno, como tampoco a persuadir al máximo líder del partido de lo inconveniente de su determinación por ser discordante con su responsabilidad histórica al frente de la revolución ciudadana. Con el derrocamiento de los presidentes Dilma Rousseff y Lula en Brasil, genuinos representantes del sector laboral, y Evo Morales en Bolivia, quien llega a la presidencia del país de la mano de los trabajadores bolivianos, en ambos casos se evidenció debilidad y poca firmeza en los trabajadores para enfrentar a la reacción y defender a sus presidentes, en una respuesta como corresponde a una masa laboral, que entiende el momento histórico en que le ha tocado actuar. En Brasil, luego de tantos desmanes y atropellos de todos los derechos de los trabajadores y demás sectores sociales, se realizan las elecciones y gana la derecha, responsable de los momentos más oscuros y difíciles vividos por el pueblo brasileño, en manos de unos políticos mafiosos, corruptos y enemigos de la masa laboral y del pueblo humilde en general.

Bolivia, con una tradición de lucha política en que los trabajadores han demostrado gran capacidad de movilización, fuerza y poder de convocatoria de la poderosa Central Obrera Boliviana (COB), algo que faltó ante el macabro y fascista plan que armó la derecha para desconocer unas elecciones democráticamente realizadas y que estaban conscientes de que no ganarían jamás. Este ardid orquestado por los representantes de lo más bajo, mafioso y truculento que ha conocido el mundo político boliviano, tenía como objetivo central desconocer el triunfo de Evo Morales, lo que efectivamente lograron, y al igual que en Brasil, siendo Evo Morales su presidente y el líder indiscutible de los trabajadores, no fue mucho lo que estos pudieron hacer para defender como también todo el mundo esperaba, al gobierno de los trabajadores. Igualmente, es digno

de analizar los casos de Honduras con Zelaya, Paraguay con Lugo, El Salvador con Sánchez Cerén y Uruguay con Tabaré Vázquez. En los dos primeros casos, sendos golpes de Estado dieron al traste con dos gobiernos que representaban una esperanza y una vía hacia la consolidación de gobiernos progresistas en dos importantes y estratégicos países de la región. El caso de Uruguay, es la otra experiencia donde la izquierda es derrotada por la vía electoral luego de la gestión del Frente Amplio. Una vez que nos hemos paseado por estos acontecimientos, tenemos que concluir en que si la izquierda no es capaz de dar trascendentes pasos de profundos cambios, entonces no tiene un proyecto estratégico más allá de ganar elecciones presidenciales y es políticamente necesario entender que por más que en lo inmediato contribuya a mejorar la vida del pueblo, la no realización de estos cambios puede decepcionar y dividir a quienes apuestan y apoyan a la izquierda. También es muy cierto que un gobierno de izquierda necesita sustentación política para poder llevar a cabo estos cambios, sin ese apoyo político puede ser derrotada en el intento como sucedió en Honduras. No hay que olvidar que la debilidad política y la escasa organización de los sectores sociales es una gran dificultad para impulsar y profundizar la política revolucionaria que identifica una gestión de izquierda, limitando la capacidad desde todo punto de vista para solidificar y reafirmar las propuestas de transformación social, limitación esta que solo vamos a superar cuando asumamos claramente los principales desafíos que tiene la izquierda como fuerza del cambio distinta a la derecha, y entre estos desafíos fundamentales de la izquierda están el de prepararse mejor para enfrentar el contraataque de la derecha latinoamericana y sus aliados, tanto internos como externos, armarse en el más amplio sentido de la palabra para defender los espacios políticos conquistados desde la más alta magistratura, hasta el más humilde consejo

de gobierno local. Trabajar con mayor identificación hacia los sectores populares para conquistar nuevos espacios en todos los sectores y frentes de masas. Impulsar cambios estructurales de naturaleza democrática y popular, esforzándose para superar la defensiva estratégica.

Estos y muchos otros desafíos deben ser parte esencial del norte de la izquierda en su ruta hacia la transformación política de la sociedad, siempre con la necesaria conciencia de que los cambios estructurales exigen un mayor apoyo político del pueblo para lograrlos y sostenerlos en el tiempo. Esta pequeña radiografía de la izquierda y su proceso en América Latina nos llama a estudiar con mayor profundidad la tarea de hacer la revolución, con una mayor convicción de que se puede luchar contra el poder y salir éticamente limpio y victorioso, haciendo de los principios una de las armas más poderosas con las que cuentan los revolucionarios. En este cometido, la clase obrera tiene un rol protagónico no por algo muy especial distinto al hecho de su mayor capacidad de organización que otros grupos sociales. Fundamentalmente, por sus mismas condiciones de vida, porque el trabajo en las grandes industrias les permite a que en ellas nazca el espíritu colectivo de equipo, la disciplina, la solidaridad, el apoyo mutuo, cualidades estas de gran importancia en la lucha de clase, haciendo la salvedad de que todas estas cualidades atribuidas a la clase obrera no sirven de nada si no están acompañadas de la elemental conciencia de clase, es decir, los trabajadores, como clase en sí, no saben de su potencial como fuerza motriz para la transformación social de la sociedad. Solo con la formación política, la preparación revolucionaria y la toma de conciencia de clase, es que la masa laboral pasa a ser el instrumento de lucha ideal en la construcción de la nueva sociedad.

Este es el trabajo que le corresponde a la izquierda desde el poder: formar, organizar y unificar a la clase trabajadora,

lejos de atrincherarse en el poder en forma burocrática, aislándose del pueblo. Hay que estrechar los lazos con los sectores populares en su diario batallar, como forma de unificar las condiciones propias de las comunidades, con el contenido político y revolucionario. Solo así la revolución tendrá en los trabajadores, ese ejército invencible desarrollando el trabajo político que garantice aglutinar las fuerzas en los puntos claves y en perfecta unidad con los campesinos y los demás sectores de la producción, la juventud, las comunidades organizadas, la intelectualidad, entre otros.

Eso sí, este ejército debe tener a la cabeza una dirección firme y consecuente que esté consciente de la unidad en la diversidad, porque por separado ninguno tiene la fuerza suficiente para vencer al capitalismo monopólico. Esta dirección de ese gran ejército debe ser capaz de entender que cuando el enfrentamiento de clase se agudiza, es la oportunidad de la implementación de las políticas revolucionarias, profundizando el contenido clasista y los principios éticos y morales en esa política. A la izquierda latinoamericana le ha tocado gobernar en condiciones difíciles, faltándole el poder decisivo de la clase obrera para la toma de cruciales determinaciones, haciendo de estos gobiernos, una simple gestión administrativa. Acá es bueno puntualizar que gobernar un país es un paso importante, pero ese paso tiene que estar acompañado de poder de base entre ellos: el control obrero en las empresas, los consejos comunales en los barrios y los comités de productores en el campo, enfrentando la burocracia, la corrupción, la soberbia y el autoritarismo, que muchas veces aflora cuando somos gobierno. En América Latina se abren grandes posibilidades para el avance de gobiernos progresistas, vistos los resultados de las gestiones neoliberales en la región, este es uno de los desafíos que habrá que afrontar con responsabilidad, compromiso, principios revolucionarios y una conciencia crítica y

de acción transformadora. Pero asimismo, por delante se nos viene una lucha que no podemos eludir, ya que producto de la crisis ocasionada por la COVID-19 vendrán muchos cambios en el escenario mundial, cambios que en lo económico, el neoliberalismo y su padre el imperialismo, intentarán que todas sus consecuencias recaigan solo en los trabajadores y demás sectores populares. Ahí ha de estar presente la unidad y la contundencia de la izquierda revolucionaria latinoamericana, sobre todo la dirigencia sindical, poniendo más énfasis en la lucha política que en lo reivindicativo, y así como un solo ejército, garantizar la conformación de una zona de resistencia y rechazo a las políticas neocoloniales del imperialismo en nuestra región. Estas son algunas de las preocupaciones que junto a otras que hallarán más adelante, he querido compartir con nuestros camaradas de Latinoamérica, que estoy seguro de que somos muchos los que en ellas coincidimos, posiblemente en la mayoría. Solo falta que rememos todos hacia la misma orilla, para que esa mayoría se haga sentir. Ojalá estas líneas puedan aportar algo en esa dirección, aunque sea una simple curiosidad; el necesario disenso o la constructiva discrepancia que siempre será la puerta abierta hacia una coincidencia forjada desde el esfuerzo colectivo.

He decidido incorporar en este trabajo tristes notas por las lamentables pérdidas de entrañables compañeros revolucionarios, con quienes tuve el honor de compartir muchos momentos de esta lucha, en la que siempre tenemos la oportunidad de hermanarnos desde las victorias y derrotas, frustraciones y satisfacciones; pero siempre indoblegables a la par que esperanzados, en que nadie ni nada podría apartarnos de las trincheras en las que un día nos juntamos, las trincheras de las ideas, que son más fuertes y valen más que las trincheras de piedras. Me refiero a Jesús María Pacheco, Luis Ramón Mendoza, José Khan y Edgar Márquez. Luchadores de todas

las épocas y en todas las circunstancias, siempre serán recordados por su consecuencia revolucionaria, su fraternal espíritu de camaradería y su vocación solidaria, aunque ya no estarán más entre nosotros, su recuerdo y su ejemplo permanecerán vivos en la lucha que ha de continuar su marcha, para honrarlos no solo a ellos, sino a todos nuestros compañeros que ya se han ido y cuyo recuerdo será el estímulo para continuar avanzando en este compromiso de trabajar sin descanso, para librar la patria del opresor, responsable en nuestra América de los miles de pobres, hambrientos, enfermos, analfabetos y explotados, que ya empiezan a inquietarle y a obligarle a mostrarse tal como es: despiadado, deshumanizado y criminal. Posiblemente el lector encuentre desubicadas estas notas en el marco del enfoque político-social del libro, pero me pareció una deslealtad —que no estoy dispuesto a cometer— no incluir acá las despedidas que con dolor me tocó darles un triste y lamentable día.

## De dónde venimos

La historia es la experiencia acumulada de todo lo que el ser humano ha sido capaz de emprender y desarrollar mediante el uso de su conocimiento, su capacidad y esfuerzo propios. El hombre primitivo poco a poco fue descubriendo cosas que le permitieron un mayor desenvolvimiento, desarrollo y posibilidades de aprovechar recursos e instrumentos propios de la época, incluido el ambiente que le rodeaba, así como todo lo que la naturaleza podía aportarle. Las necesidades básicas de su realidad le obligaban a crear comunidades primitivas en grupos organizados, que garantizaban su supervivencia y el progreso de una vida en común, donde los recursos son de todos. De esta participación colectiva, la distribución equitativa y el consenso en la toma de decisiones florecerán con el transcurrir del tiempo nuevos modelos de organización y mecanismos acordes con las exigencias que van surgiendo en el desarrollo de las comunidades y la sociedad en general. Como siempre ocurre, el desarrollo trae consigo la visión del dominio del fuerte contra el débil, del vencedor contra el vencido, del amo contra el esclavo, del señor feudal contra el débil, del explotador contra el explotado. Este natural enfrentamiento que no representa otra cosa que los primeros pasos de lo que después sería la lucha de clase, obliga a unos y otros, a crear mecanismos de protección y defensa. Los poderosos capitalistas, dueños de las fábricas y todos los medios de producción, crearon sus métodos de dominación, sus leyes, sus jueces,

sus diputados, sus ejércitos, sus policías y muchos otros mecanismos que resguardan sus bienes e intereses y sus estatus de explotadores. Igualmente, la masa laboral que solo tiene su fuerza de trabajo para venderla al capitalista, también crea sus instrumentos de defensa para enfrentar al enemigo de clase, que solo ve por sus intereses y su capital; desconociendo los derechos que como trabajadores tienen los hombres y mujeres, a quienes solo les queda como salida vender su fuerza de trabajo en el mercado laboral. Es así como nacen los sindicatos, convirtiéndose para los trabajadores en su instrumento de promoción individual y colectivo, implantado en los lugares de trabajo, donde hombres y mujeres se sienten comprometidos en una tarea propia de su realidad de asalariados, y en constante lucha por sobrevivir a políticas de explotación y violaciones de amos y dueños de los medios de producción; es decir, luchando contra el orden social establecido que niega las reivindicaciones de sus miembros, siendo esta la situación que empuja a los trabajadores a organizar y coordinar sus luchas, para que estas reivindicaciones sean acatadas y respetadas. Si bien los sindicatos surgen ante la necesidad de defender sus derechos y conquistas, es necesario señalar que también contribuyen a generar conciencia y preocupación por una lucha más allá de lo económico y laboral, llegando a entender y valorar los procesos de organización y socialización en colectivo, para acrecentar y consolidar la capacidad individual y de equipo, a fin de aportar el conocimiento que garantiza una mayor participación activa, que permita desarrollar los planes que nos proponemos alcanzar. Esto requiere de un tratamiento político muy bien conducido por la dirigencia sindical, buscando siempre vincular y relacionar el trabajo reivindicativo con lo político y lo ideológico, donde el sindicato se convierte en una escuela, y el dirigente en un educador permanente; sembrando valores y conciencia, basados en la ética de nuevas formas de

asumir y entender la sociedad futura, donde todo nuestro accionar por una mejor sociedad es una gigantesca escuela, en la cual educar es crear voluntades y construir una visión mucho más amplia de pelea por los espacios de libertad y el carácter digno, democrático y soberano de los pueblos del mundo. Por eso es que no es verdad que los sindicatos deben mantenerse fuera del acontecer político, independiente de toda incidencia y las motivaciones políticas de las masas, ya que por su misma característica social y el papel que juegan en la comunidad laboral organizada tienen un lugar estratégico en la transformación social de los pueblos y la sociedad en general; lo que no podrá cumplir, si no logra traspasar los límites economicistas para convertirse en una fuerza social unitaria, fraterna y solidaria, orgullosa de sí misma y capaz no solo de mejorar la suerte de los trabajadores, sino también de cambiar el rumbo, el destino de la clase obrera y de toda la humanidad. En Venezuela, el movimiento obrero construyó su historia en un permanente enfrentamiento contra férreas dictaduras militares como las de Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez, igualmente entre caricaturescas democracias adeco-copeyanas donde por igual se desconocían y violaban los derechos de los trabajadores, incluidas las desapariciones, torturas y asesinatos. Es en este ambiente, en una militancia difícil y peligrosa, pero de activa participación, que los grupos de sindicalistas de la época, conjuntamente con el trabajo sindical, también se ocupan de estructurar los partidos legales, inexistentes para un momento de limitaciones y represión política en Venezuela. Esto permite afirmar que el surgimiento de los sindicatos se dio casi al mismo tiempo con el nacimiento de los partidos políticos, que pudieron actuar libremente luego de desaparecidas las dictaduras de Gómez y Pérez Jiménez. Experiencias como estas dicen que sindicatos y partidos políticos cumplen un rol importante en los cambios sociales y las luchas por las

libertades políticas de los trabajadores y pueblos en general, por lo que lejos de excluirse el uno al otro, lo que hacen un sindicato clasista y un partido del proletariado es complementarse en una misma misión, cuyo objetivo fundamental es organizar, orientar y concientizar a los hombres y mujeres que en los sindicatos, en los partidos políticos revolucionarios, o cualquier otra organización de masas, forman parte de ese ejército en el cual descansa el futuro de todo proceso revolucionario y de toda transformación social, camino a una nueva sociedad. En esta rica experiencia nos basamos para discrepar de quienes mantienen la falsa teoría de que los sindicatos y otras organizaciones de los trabajadores no deben vincularse con la política, limitando así a las organizaciones de los trabajadores al ámbito meramente economicista, y a la dirigencia que va surgiendo de la lucha diaria, a simples gestores, solo preocupados por salarios y derechos, que si bien deben ser defendidos, quedarse solo a ese nivel de la lucha, es no entender el papel y la importancia que para el cambio revolucionario tiene asignado la clase obrera en la nueva sociedad. Es necesario ser en esto políticamente claro, ya que igualmente puede pasar que en el otro extremo, algunos llegan a subestimar y hasta a despreciar la lucha por las reivindicaciones laborales, dándole importancia solo a lo político y lo ideológico, sin tomar en cuenta la necesidad de ayudar a orientar a los trabajadores en la solución de su problemática laboral, que en el natural enfrentamiento de clase con el patrón inevitablemente va surgiendo en la relación trabajador-patrono, y donde históricamente, el trabajador siempre ha llevado la peor parte. En el entendido de que el trabajador en el marco superior de la lucha de clase es un potencial soldado del ejército del pueblo, deberíamos comenzar por ganarlo para esa idea; de que asuma ese papel de instrumento consciente-clase para sí-, que sepa que no es solo un simple trabajador-clase en sí-, limitado solo

a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario y unas miserables condiciones laborables.

El enfrentamiento político que vive nuestra nación nos plantea con mayor vigencia, estar conscientes de una máxima de la lucha social que es que el trabajo político no se puede asumir por departamentos, ya que la pelea por la emancipación de los pueblos es una sola, y somos los luchadores, quienes le damos el carácter que debe tener, según el momento y el escenario en el que nos corresponde ejercer ese compromiso. Lo que generalmente debe ocurrir es que de la lucha por lo económico y las conquistas sociales, surja la lucha política revolucionaria e ideológica, donde se hace presente la conciencia social, el proyecto político y la lucha de clase. Claro está que para que ello sea posible, quien dirige esta lucha tiene que tener la preparación que le permita entender la necesidad de elevar las luchas reivindicativas al plano ideológico y revolucionario; es aquí donde el papel del dirigente reviste capital importancia para darle continuidad y sentido político a la lucha reivindicativa, elevando la cultura política y la conciencia social de los trabajadores, al sacarlos del marasmo del economicismo, e incorporándolos a nuevos y diferentes colectivos humanos, cuya solidez de conciencia y compromiso sea la garantía del progreso social para los cambios revolucionarios, estructurales y verdaderamente transformadores. Esto no será posible, si la dirigencia no hace el trabajo que le compete, el cual es atender lo reivindicativo, vinculándolo con lo político y lo ideológico, peor aún, si no tiene conciencia de la importancia de hacerlo. El trabajador correrá el riesgo —como en efecto ha sucedido en muchos casos— de ser toda su vida un luchador que solo ve hasta lo reivindicativo y económico. Igualmente, es necesario entender que darle la espalda al trabajador ante su problemática diaria por mejores condiciones laborales y de vida no es la mejor forma de ganarlo para una lucha que vaya más allá

de lo económico, una lucha que nos permita crear nuevos ciudadanos, preocupados por una causa que es la de todos los trabajadores del mundo. Ayudarle a alcanzar sus pequeñas victorias los forma y concientiza en que solo con la lucha colectiva y solidaria se pueden alcanzar los objetivos, que esa es la mejor forma de defender las conquistas sociales, y comprender que los derechos individuales están presentes en los derechos colectivos. De la misma forma que el capitalismo globaliza la explotación, las leyes del mercado, y su concepción de las relaciones de producción, la clase obrera con sus dirigentes a la cabeza, tiene hoy también la gran tarea de buscar la unificación en lo político e ideológico de nuestras luchas, la identificación de los intereses de clases de todos los asalariados del mundo, en su continua lucha por la profunda transformación social, la cual garantizará las condiciones materiales y sociales para los cambios revolucionarios. Los trabajadores necesitamos aprender que ese cambio lo vamos a alcanzar modificando nuestra relación con el trabajo: ¿para quién se trabaja?, ¿cómo se distribuye la riqueza?, ¿cómo se asume la responsabilidad? Esa identificación con el trabajo determina y genera un sentido de pertenencia, una conciencia solidaria, que es donde empieza a desarrollarse la batalla entre revolucionarios con conciencia de clase, y conservadores sindicaleros, limitados solo a pequeñas y locales conquistas reivindicativas. Además, esa condición y visión de la lucha lo hace muy frágil y vulnerable a flaquezas, vicios y componendas históricamente dañinas y contrarias a la formación revolucionaria del trabajador. La revolución solo puede desarrollarse en una relación con el trabajo, desde donde pueda crearse la nueva cultura revolucionaria, en función de lo social, para satisfacer las necesidades y crear la mayor felicidad posible a las comunidades. Es imposible darle profundidad y contenido revolucionario al trabajo de masa, sin cambiar la relación con el trabajo, en donde deben surgir

nuevas ideas, métodos y mecanismos, dirigidos a un cambio de mentalidad, que permita la construcción de sólidas bases para una transformación profunda de la conciencia de la humanidad. Ejemplo concreto de esta nueva cultura podrían ser los Consejos Productivos de Trabajadores, organismos de masas con un papel muy específico, y con un rol estratégico dentro de la empresa. Asimismo, deberán surgir las fábricas-escuelas, generadoras de la conciencia del deber social, soporte real de la nueva moral, y las nuevas luces revolucionarias, desde donde podremos hablar y mostrar la nueva relación con la función social del trabajo, de hombres y mujeres que ofrendan su quehacer laboral para el bien común, combatiendo con su esfuerzo el egoísmo, y construyendo una relación armónica y amorosa, que hace del trabajo una actividad que confirma y eleva al trabajador a una condición de ser humano con valores y ética revolucionaria. Esta nueva forma de interactuar es la que permite reafirmar que será a través de los sindicatos, los CPT, el Comité de Empresa, federaciones o centrales de trabajadores que la lucha por los derechos del pueblo, si se desarrolla con conciencia de clase, siempre va a tener su componente universal y local; de esta forma, los dos se complementan y se enriquecen mutuamente. En caso de que uno de los dos fallara, la lucha dejaría de tener el contenido social y de clase que la identifica y define. Lo universal se desarrolla incorporando las ideas y realidades específicas de lo local, mientras que lo local es la aplicación de lo universal a las condiciones concretas. Se puede decir que es lo teórico, haciéndose realidad en un determinado contexto.



## La militancia: una gran escuela

Por tratarse de que este libro es un urgente llamado a atender la impostergable necesidad de fortalecer y solidificar ideológica y políticamente el proceso revolucionario, como única forma de hacerlo invulnerable y capaz de resistir con fuerza, principios y valores las amenazas enemigas, creí necesario referirme a una fortificante vivencia que me reafirma esa necesidad de consolidar la conciencia revolucionaria en los cuadros y en todos los sectores sociales con los que pretendemos construir la sociedad socialista del futuro. Puedo afirmar que me correspondió la fortuna de haber trabajado políticamente en diferentes momentos y escenarios, con un selecto grupo de mujeres revolucionarias, dando muchas batallas, tratando de construir una patria digna y soberana, sin colonias ni colonizados. De todas estas compañeras siempre guardaré un hermoso recuerdo por su gran espíritu de lucha, su sensibilidad social, honestidad militante y una solidaridad a toda prueba. Hablamos de Nora Castañeda, Haydée Machín, Lídice Navas, Aurora Morales, Adina Bastidas, Maigualida Barrera, Ingrid Bournat y Marcela Máspero. Todas estas compañeras fraguaron su estirpe y fibra combativa al calor del permanente enfrentamiento con la injusticia y la desigualdad social. Esto siempre acompañado del ingrediente político de la lucha de clase, que va moldeando y enseñando el camino que no debemos abandonar hasta no alcanzar la victoria final. La diferencia entre un militante formado ideológicamente, que lucha

por la transformación social del pueblo, y otro que solo está preocupado por mejorar las condiciones sociales, se expresa en la actitud, rectitud y constancia con que el revolucionario asume su responsabilidad ante el asistencialismo y el economicismo; que no profundiza en la lucha por la definitiva liberación de la explotación, la cual tiene inexorablemente que contar con gran contenido de lucha de clases donde se enfrentan dos visiones de lo que son los derechos sociales. Cuando no tenemos afianzados estos principios ideológicos, la mínima diferencia y controversia en nuestras filas nos empuja a las trincheras enemigas, muchas veces queriendo ser más contrarios que el contrario. Esto le pasó lamentablemente, a una de las compañeras mencionadas. Digo lamentablemente porque al igual que todas las demás, fue una luchadora social, solidaria y preocupada en todo momento por sus camaradas, pero le faltó la solidez ideológica para asimilar los momentos difíciles, que exigen la fortaleza que se requiere en estas encrucijadas de la lucha revolucionaria; que permite poner los objetivos colectivos por encima de los personales y las dificultades que la militancia política nos depara. En el caso de las otras compañeras, es necesario puntualizar las realidades y experiencias de cada una de ellas, que les permitió mantenerse firme dentro del campo revolucionario: Nora Castañeda, tristemente ya fallecida, fue una destacada luchadora a quien conocí en los años sesenta, compartiendo la militancia en una célula del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), quien luego superada aquella etapa de la lucha, estudió Economía en la Universidad Central de Venezuela, especialidad en que se desempeñó como profesora en esa casa de estudios. Activa miembro de los Comités de Solidaridad con Nicaragua y El Salvador. Con la llegada del comandante Chávez a la política venezolana, ocupó importantes cargos públicos, acompañándolo en la gestión de gobierno. Haydée Machín, igualmente

fallecida, recordada siempre por su férrea convicción revolucionaria y dedicada las 24 horas del día a ayudar a los más necesitados en casi todos los barrios de Caracas, principalmente en el oeste de la ciudad. Fue una luchadora que desde muy joven tuvo gran participación en la lucha insurreccional contra el puntofijismo. En los barrios de Catia y el 23 de Enero trabajamos durante años contra los desalojos y por la atención a los sectores más necesitados de esa localidad. Por su consecuencia con la lucha social y ya incorporada con el presidente Chávez, salió electa diputada a la Asamblea Nacional, de cuya remuneración se valía para atender un albergue de ancianos por muchos años, y con algunas ayudas que ella misma buscaba entre amigos con algunas posibilidades. Nuestra valiosa Lídice Navas, otra compañera de larga data en la lucha revolucionaria venezolana. Tuve la oportunidad de hacer nuestros primeros contactos con ella en la lucha solidaria con Nicaragua y El Salvador, donde Lídice siempre estuvo muy activa, ganándose el prestigio como una lideresa preocupada y ocupada por la revolución nacional e internacional, escenario donde primero su esposo y después su hijo, supieron sellar su convicción en la solidaridad internacional, ofrendando heroicamente sus vidas por la independencia y el respeto a la autodeterminación del pueblo salvadoreño. También ha tenido importante participación en institutos y ministerios dentro del gobierno nacional. Aurora Morales, una camarada revolucionaria desde temprana edad en la juventud comunista, las luchas estudiantiles y en la UCV, en donde con el correr del tiempo y luego de grandes batallas contra la burocracia sindical adeco-copeyana, llegó a la presidencia del gremio de los trabajadores administrativos de esa casa de estudios, la Asociación de Empleados Administrativos (AEA), posteriormente convertido en sindicato, donde tuve el honor de acompañarla junto a otros valiosos compañeros durante su gestión. Formó parte del MR-200

y del Movimiento V República, estando entre sus primeros dirigentes y ocupando importantes responsabilidades hasta la fundación del Partido Socialista Unido de Venezuela, organización con la que llega a ser electa diputada de la Asamblea Nacional. En la actualidad, se desempeña como diputada del Consejo Legislativo del Estado Miranda, organismo del cual es su presidenta. Maigualida Barrera, guerrera de siempre. Nos conocimos en el MR200, donde ya tenía sus responsabilidades como dirigente. Luego fui testigo de sus andanzas como militante revolucionaria, comprometida con el proyecto de Chávez, a quien le inspiró la necesaria confianza como para asignarle tareas y responsabilidades importantes en su tren ejecutivo; funciones que aún ejerce, combinándolas con sus labores docentes en la Universidad Central de Venezuela. Ingrid Bournat es una camarada con la que menos tiempo llevo trabajando, lo cual no ha sido obstáculo para darme perfecta cuenta de su dedicación y responsabilidad, cuando de cumplir la tarea política se trata. Actualmente la compañera desarrolla una destacada función política en la parroquia San Pedro como dirigente del PSUV, tanto en actividad formativa, como en los Comités Locales de Abastecimiento y Producción, CLAP, función que lleva a cabo conjuntamente con su actividad en el Ministerio de las Comunas y en la Universidad Bolivariana de Venezuela, donde se desempeña en la actualidad como docente. Adina Bastidas, profesora de la UCV de mucha confianza de Chávez a tal punto que llegó a ser su vicepresidenta lo cual dice mucho ya de ella y de su condición de revolucionaria. Marcela Máspero, esta compañera viene del socialcristianismo, lo cual no la hace ni más ni menos que nadie (la revolución se nutre de gente de todas las corrientes. Antes de Chávez los revolucionarios no éramos muchos que se diga). Muchos compañeros tuvimos y mantenemos aún las mismas diferencias con los mismos compañeros que las tuvo

Marcela Máspero y nos quedamos en la revolución. Nuestra formación revolucionaria no nos permite bajo ningún concepto, abandonar el glorioso camino de la transformación social por más obstáculos que allí encontremos. A todas las demás compañeras las vi vivir difíciles momentos en el cumplimiento de sus tareas revolucionarias, y siguieron batallando, venciendo obstáculos y logrando los objetivos. A pesar de que hoy día se encuentra en la otra trinchera, quizás por su poca solidez ideológica, lo batallador de todo revolucionario lo tuvo Marcela; lo solidario de todo revolucionario lo tuvo Marcela; el preocuparse por el desarrollo y la efectividad en el trabajo lo tuvo Marcela; la lucha contra el burocratismo que debe estar presente en todo revolucionario estuvo presente en Marcela. En el escenario local y en el internacional la vi enfrentar las políticas contra los intereses de los trabajadores con más dedicación y fervor que muchos otros, que se precian de revolucionarios avezados, claros y puros. La idea es hacer ver que al revolucionario hay que formarlo, para que siempre sea revolucionario, al partido revolucionario hay que construirlo formándolo, para que siempre sea el partido de la revolución, somos lo que se nos enseña, lo que aprendemos. Solo así tendremos un gobierno revolucionario, un partido revolucionario y un militante revolucionario. Esta falla política y organizativa está presente en un revolucionario o revolucionaria, que le falta preparación ideológica y de lucha de clase. También está presente en los gobiernos progresistas, que al no tener claro el papel clasista que deben jugar, pierden la oportunidad de profundizar en la gestión estratégica de cambio radical en las estructuras del poder político, contentándose solo con las reformas y mejoras de siempre. El riesgo entonces es que si no abordamos seria y responsablemente la tarea de formación política, seguirán yendo y viniendo compañeras y compañeros en nuestros movimientos sociales, y seguirán entrando y saliendo

presidentes progresistas en nuestros países de América, y nuestros pueblos en cada período electoral seguirán probando y probando en la ya acostumbrada y falsa creencia de que un buen gobierno es producto de la suerte, como en la lotería, donde si esta nos acompaña, sale bueno. Mejor será enseñarles que hay algo que se llama capitalismo, que no tiene patria ni amigos, que no acepta ni quiere competencias, que no quiere a los pobres y que jamás gobernará para ellos. Entendamos que a este proceso se incorporó gente con diferentes puntos de vistas sobre lo que debe ser la función política y el compromiso militante. Obviamente, esto no facilita mucho la transparencia y viabilidad de lo que hay que hacer en revolución; por ello la tarea de educación y formación política es un trabajo que no se puede dejar de lado por la importancia que ello reviste para el futuro de la revolución socialista, porque revolucionario no es declararse y pregonarlo cada momento; es la práctica y la forma como asumimos nuestra acción revolucionaria, en donde ponemos el interés colectivo contra el personal; la humildad contra la arrogancia, el trabajo contra el burocratismo. La práctica muchas veces desmiente lo mucho que se pregona. Lamentablemente, en nuestra revolución hay mucho de eso.

## ¿Qué es un trabajador?

En principio, un trabajador no es un oligarca, no es un proletario (para sí), no es un revolucionario, no es un político, no es un socialista. El trabajador es un luchador de todos los días en función de lograr un mayor nivel de vida y de estabilidad social, en cuya búsqueda es víctima del oligarca para el cual solo es una herramienta más de trabajo. Es víctima del político que solo lo ve como un voto, un número y una escalera para alcanzar sus aspiraciones. Lo usan los socialistas que aún no aprenden y por lo tanto desconocen lo que realmente es un trabajador. El trabajador será lo que le ayudemos a ser; lo que nos preocupemos hacer de él en lo social, en lo colectivo, en lo político, en lo ético, moral, en la práctica de los principios revolucionarios, etc. Estudiando con él, trabajando junto a él, luchando al lado de sus necesidades, inquietudes y aspiraciones. Es esta y no otra la responsabilidad de los revolucionarios que creemos en la fortaleza y el papel que en transformación social tiene el movimiento obrero. No podemos dejar que sea el capitalista, su enemigo histórico, quien seduzca y canalice las esperanzas del trabajador, tampoco podrá ser el politiquero que lo engaña, menos el seudodirigente que lo utiliza como instrumento para sus intereses que casi siempre son distintos a los del trabajador. Este objetivo de hacer del asalariado un permanente aliado para cambiar 500 años de historia opresiva no podemos asumirlo ni por parte, ni por sectores. Por su significado, la formación es una tarea permanente y de todos

los revolucionarios, debe estar presente en todos los planes de desarrollo y en la preocupación de toda dirigencia con criterio, valores y principios revolucionarios. En el partido no puede ser solo del interés del sector laboral, tampoco en la fábrica podrá ser una exclusiva preocupación del delegado o del Consejo de Trabajadores o del Comité de Empresa, etc. El gerente, el supervisor, el director y toda la plantilla directiva debe participar en una tarea tan vital como es la construcción de un pilar fundamental de la revolución, que es lo que representa un trabajador formado y concientizado política e ideológicamente, incorporado de forma integral al proceso revolucionario. La formación del trabajador le garantiza a la revolución contar en todo momento con alguien dispuesto a apoyar todas las causas que acercan a la humanidad hacia el objetivo de un orden económico sin clase, en el cual el trabajo asalariado, el dinero y la compra-venta sean sustituidos por personas libres, que trabajan juntas para resolver sus necesidades, sin las coacciones impuestas por el sistema de mercado. Una clase obrera armada de conciencia, principios y ética revolucionaria es la mejor garantía de un mundo de paz, de justicia y desarrollo social de igualdad, un mundo que algunos podrán considerar de soñadores, pero lo importante será que no seamos los únicos soñadores, pues con empeño y trabajo lograremos que muchos se unan a nosotros y entonces ese mundo será de todos. Para alcanzar la victoria final frente al explotador imperial tenemos que demoler el viejo régimen en todos los órdenes, principalmente en el plano ideológico, un avance decisivo que permite ver la necesidad de cambiar las estructuras de poder de los sectores opresores y también aprender dónde está la diferencia. Si no conocemos la diferencia, no vemos la necesidad de luchar, si no vemos la necesidad de luchar, tampoco valoramos la importancia de adentrarnos en la cultura política, asignándole a esta una importancia solo para especialistas. No entender la

trascendencia que tiene la formación del trabajador es no entender que cuando formemos a los hambrientos del mundo, habremos avanzado mucho en la lucha contra el capitalismo. Ello es tan importante como alimentarlos, es parte de la misma tarea, es darles armas para pelear por su clase. Si alimentamos a los que tienen hambre pero no los formamos —es verdad— ya no tendremos hambrientos, pero seguiremos teniendo analfabetos políticos, que es otra forma de tener hambre, un hambre que también hace estragos entre los humildes y descamisados. La formación ideológica tiene relación directa con la identidad que nos une, es la principal arma de lucha por una causa, por un país, por una clase, la cual se convierte en actor protagónico cuando se incorpora a la confrontación y al conflicto social, ya sea en la defensa de sus intereses materiales o por el bienestar colectivo, donde solo la conciencia social y los trabajadores consustanciados con su papel histórico, son la masa crítica con capacidad para transformar los conflictos en victorias y fortalezas, base de la convivencia, el clima y la democracia de las comunidades con mutuos intereses. El trabajador desarrolla una capacidad y creatividad natural en su cotidiana actividad laboral que es imperativo ponerla en práctica en forma organizada, para que podamos a paso firme y seguro, marchar hacia la unidad de la clase obrera, la claridad de los principios, la justicia social, el desarrollo sostenible y la democracia participativa. La necesidad hoy, es la de que entendamos que la sociedad está dividida en clases, por el interés capitalista de dominar al pueblo trabajador y utilizarlo como instrumento para acumular riqueza, sin importarle a qué precio, y para lograrlo necesita convertir a la masa laboral, en simple maquinaria para producir plusvalía, que no piense, que no entienda la importancia del proceso de cambio. Al capitalismo no le conviene un trabajador que comprenda esta división y el papel que él juega para acabar con ella, que esté claro que las distintas guerras,

las manipulaciones, los enfrentamientos y las variadas presiones políticas y económicas que se dan en el mundo tienen su origen en el trabajo que desde sus laboratorios políticos desarrolla la maquinaria ideológica y mediática del enemigo para que la explotación, la exclusión y desigualdad social, se asuman como algo natural y producto de la suerte de cada quien, y no como la expresión de la división de los seres humanos en ricos y pobres, en burguesía y proletariado. Aquí radica el interés del capitalismo por mantener al trabajador sumido en un mundo muy distinto al que realmente vive. Mientras que el socialismo debe y tiene que luchar todos los días para preparar ideológica y políticamente a la clase obrera para conectarla definitivamente con las necesidades más sentidas del pueblo, entre ellas enfrentar y enterrar el imperialismo. Mientras haya explotación y violación de los derechos del ser humano en el mundo, seguirá vigente y urgente, entre quienes queremos cambiar ese mundo, la necesidad de hacer comprender que la formación es algo urgente que no puede esperar.

## Lo que deben saber los trabajadores

*Las sociedades están divididas en dos grandes grupos, los que tienen mucha comida y no tienen hambre y los que tienen mucha hambre y no tienen comida.*

Las sociedades están divididas en clases según la posición económica y el estatus social que en ellas representan; esto es lo que da origen al proletariado, que son los trabajadores, que solo disponen de su fuerza de trabajo para subsistir y la burguesía, los dueños de medios de producción, de las tierras y las fábricas, que viven de la explotación de esa fuerza de trabajo y del despojo de los recursos que pertenecen a todos. Son los que nunca han trabajado porque los obreros y obreras lo hacen por ellos en sus empresas, donde les producen grandes ganancias a costa de salarios de hambre y condiciones de trabajo infrahumanas; sobre la tramposa, manipuladora y descabellada teoría de que el patrono debe ganar más porque es el que pone el capital, cuando la verdad es que el capital no produce capital si la mano del trabajador no transforma la materia prima en el producto final.

Existen teorías que explican muy bien esta relación como la del alemán Karl Marx quien dedicó su vida entera a esta investigación, para demostrar la injusticia social que se comete a diario, ante la desigual distribución de las riquezas existentes en el mundo y que nos pertenece a todos. Esta realidad es importante que sea del dominio de los trabajadores, pues si no

se tiene conciencia de clase, el proletariado jamás podrá ser el arma con la que derrotaremos la explotación salvaje, ni defenderemos los derechos laborales que le pertenecen y que los ricos jamás han querido reconocerle; esta es una guerra donde la conciencia y la unidad de clase son fundamentales, algo que obliga a los trabajadores a prepararse desde todo punto de vista, para enfrentarse a un capitalismo que con sus leyes y su visión de los derechos humanos, mediante su ideología liberal y su aparato propagandístico, busca disfrazar y justificar con rostro humano, las aberraciones propias de su condición depredadora.

Lamentablemente, en esta tarea la burguesía aventaja a los trabajadores, ya que paradójicamente, en la práctica es más marxista que la misma clase obrera; esto queda evidenciado cuando se necesitan unos a otros. Cuando las grandes empresas confrontan problemas, reciben auxilios económicos de los grandes emporios empresariales y de los gobiernos que representan sus intereses en el poder gubernamental.

En Venezuela tenemos buenos ejemplos de ello, cuando muchos bancos fueron a la quiebra, los gobiernos neoliberales de Acción Democrática (AD) y el partido socialcristiano Copei, se preocuparon por salvarlos con capital del Estado, mientras que el dinero de los ahorristas no tuvo doliente y a nadie le importó recuperarlo. Esta realidad es una práctica en América Latina. Igualmente, las empresas capitalistas se benefician de las investigaciones y programas económicos desarrollados con recursos de todos los venezolanos; para eso es que colocan sus gentes en ministerios, organismos financieros, bancos centrales, y al mismo tiempo propagan las teorías del Estado ineficaz, enemigo del desarrollo social, por lo que según ellos, lo indicado es buscar resolver nuestros problemas en forma individual.

En el capitalismo el Estado le sirve a las clases pudientes para preservar sus estatus, aumentar sus riquezas, tener

mayor control de las poblaciones, apoyo para sus planes expansionistas, siempre bajo su lógica signada por el afán de acaparamiento y lucro. Históricamente, las clases pudientes han querido mantener a los trabajadores al margen del conocimiento, la comprensión y la realidad de lo que representan en el desarrollo de la humanidad, haciéndoles ver que no deben ser políticos, que la política es para otros niveles de la sociedad —ellos por ejemplo—. Para ellos, el trabajador lo que tiene que hacer es “trabajar para progresar”, nada más falso, siendo ellos la mejor prueba de eso, nunca han trabajado, pero progresan con el sudor de la clase obrera, negándole sus derechos y satanizando a quienes pugnan y luchan contra esta lógica capitalista, que se apropia del trabajo de los obreros. No hay un ser más politizado que un trabajador, todo su accionar, su existencia misma ya es política, solo que mientras ellos no lo saben, sus patronos burgueses utilizan la política y a sus políticos, como instrumento para dominar y explotar a esa clase obrera, a la que niegan su derecho a participar y meterse en política.

Un individuo se realiza como sujeto politizado cuando traspasa los límites de su localidad, sector, partido, gremio, tendencia, etc., y asume como suyos los intereses globales de la sociedad de la cual forma parte.

La participación protagónica de los ciudadanos en todos los ámbitos posibles de lo público representa uno de los más acertados caminos para la elevación de su conciencia; en tanto ciudadano integrado al proyecto, para dar viabilidad a la emancipación colectiva y a la derrota definitiva de las injusticias sociales que cometen los poderosos, contra los que menos tienen.

Vistas así las cosas, siempre va a existir la urgente necesidad de que los trabajadores cada día tomen mayor nivel de conciencia de su clase y decidan participar más en los asuntos

públicos y privados de la sociedad de la cual forman parte; es muy importante que sepan que su participación es vital, por ser el motor principal de todo desarrollo y andamiaje que mueve las relaciones en una nación.

Los trabajadores constituyen la industria que mueve el poder popular, cuando los ciudadanos se involucran libres y conscientes, en todos los asuntos que les tocan en forma directa; solo así podrán llegar a ser factor fundamental en los cambios que se necesitan llevar a cabo. La participación es la mejor manera de democratizar la democracia. En un colectivo el poder es muy importante, pero si no lo ejerce, no le sirve de nada. Los enemigos del pueblo se benefician de su pasividad, de su sumiso papel de cordero domesticado, que acepta todo cuanto disponen sus patronos y gobernantes.

El combustible vital de los procesos revolucionarios de todas las experiencias victoriosas en el siglo xx fue el proletariado; asimismo en la lucha anticapitalista de hoy, la clase trabajadora continúa con su papel preponderante y destacado, aun cuando mediante el desarrollo y avances de las contradicciones de clase, hoy ya no es el único sujeto social al frente de la tarea emancipatoria; y eso es lo que hace imperante y muy estratégico dejar sentado que siempre va a existir la obligada necesidad de combinar en las luchas de los trabajadores sus aspiraciones y mejoras salariales, con las de carácter ideológico-político: la explotación del hombre por el hombre, los mecanismos de alienación, el derecho al ocio recreativo, el uso del tiempo libre, la democracia obrera, entre muchos otros. Esta vinculación representa la constructiva necesidad de llegar a comprender y asumir las dificultades, como el precio a pagar por pretender arrebatarle el poder a la burguesía, que no tardará en poner en práctica sus mecanismos y poderosos tentáculos para doblegar el esfuerzo liberador de los sectores populares, como es el caso de Venezuela en los actuales momentos, en que al

movimiento obrero le ha llegado la oportunidad de hacer historia; porque de la misma forma que la liberación de la clase obrera es obra de ella misma, también la independencia de la patria está en manos de los trabajadores. Desde nuestra lógica, debemos tomar conciencia de que cuando el enemigo arrecia su ataque al proceso de cambio, no nos está permitido dudar, menos retroceder; es el momento de profundizar la orientación política y clarificar la estrategia para blindar el objetivo político; una misión clave es encaminarnos a romper con la dependencia de todo género, política, económica, tecnológica, cultural, etc. Igualmente, es necesario asumir nuestra realidad, el contexto donde nos movemos; las dificultades por las que pasamos bienvenidas sean, porque es el precio de la soberanía, la dignidad y el derecho a ser libre. En nuestra ruta encontraremos muchos tropiezos que no nos harán fácil la vía, pero esa es la vía; es así como se construyen los cambios, curtidos en la adversidad, trabajando en lo que creemos y produciendo lo que necesitamos.

Todos estamos conscientes de que nuestra independencia depende de la industrialización del país y allí la clase trabajadora juega papel preponderante, empezando por las organizaciones sociales, los sindicatos, las centrales de trabajadores, las federaciones, convirtiéndose en escuelas para la masa laboral. Vamos a aprender haciendo, a construir aprendiendo. Hagamos nuestras herramientas, motores, piezas y repuestos; que no se quede parado un vagón, un tractor, un autobús, una cosechadora, sembradora, por falta de un repuesto o una pieza; el desafío es comenzar a transitar el camino hacia la industrialización, tarea asignada al binomio clase obrera-gobierno revolucionario, donde los trabajadores son la maquinaria viva, pensante y motivadora del cambio, y en tanto el gobierno, el instrumento impulsor con los organismos y brazos de apoyo. Todo este ejercicio de poder requiere de disposición y

conciencia que haga entender a la masa laboral que es la fuerza vigorosa, el combustible que mueve la maquinaria transformadora de la sociedad. También que ayude al trabajador a entender, que de la misma forma que vamos avanzando en la transformación de nuestra calidad de vida en lo particular, mediante nuestras luchas diarias en el sindicato, la liga campesina, la federación, de esa misma manera, es decir, luchando organizadamente a nivel más general en perfecta unidad con todos los desposeídos y explotados de la patria, si bien no nos llevará de un momento a otro a la toma del poder, sí nos permitirá vivir un nuevo mundo posible y alternativo al capitalismo, pero eso sí, sin desechar la consagrada idea y el compromiso de todo revolucionario, que como dijo el Che Guevara es: “Luchar contra el imperialismo donde quiera que esté”.

El sistema de dominación del capitalismo se basa en la ideología del liberalismo, que difunde la ficción de unas libertades individuales como la felicidad particular, la libertad individual, el marco legal que nos ampara a todos, etc.; lo que no pregonan los poderosos es que estos derechos individuales los ha moldeado la sociedad capitalista a lo largo de la historia, pensando solo en los derechos de los capitalistas, dueños privados de la propiedad. ¿De qué vale contar con los derechos individuales y con las leyes que supuestamente los garantizan, si ello en poco o nada contribuye con la libertad y el cumplimiento de la realización humana? Los derechos humanos hablan del derecho a la vida pero ¿de qué le sirve esa declaración a aquellos que mueren de hambre por causas de otros que se han adueñado de los alimentos? ¿De qué vale gozar de libertad de prensa, cuando un grupo económico es el dueño y controla a su antojo periódicos, televisión, radios, cine, etc.? ¿Vale algo el tan cacareado derecho a la salud si las transnacionales de los medicamentos controlan la investigación, producción, comercialización, de forma estrictamente comercial? ¿Dónde queda

el derecho a la educación de aquellos estudiantes que se endeudan de por vida para poder costear sus estudios? Nada más en Estados Unidos se sabe de 44 millones de jóvenes endeudados por esta vía. Dentro de este punto de vista capitalista, todo lo que se produce para ser vendido y obtener una ganancia es una mercancía, incluso las personas son mercancías para el capitalismo; ello significa la compra del tiempo de trabajo de un ser humano a cambio de un salario.

En que todos los trabajadores conozcan esta realidad consiste la fortaleza del poder de su condición de clase; el desconocimiento es el germen de la apatía, el conformismo, el poco o ningún interés por defender los derechos que otros nos niegan y nos arrebatan impunemente y a cualquier precio, incluida la existencia misma.

La fortaleza de la conciencia clasista permite a los trabajadores saber que son mucho más que eso, hombres y mujeres, con los mismos derechos a una mejor calidad de vida y que eso solo lo garantiza la socialización de los bienes fundamentales de producción y distribución de toda la riqueza de una nación que se conduce por un sistema de producción social y una cultura política, enfrentando el desafío de edificar el hombre y la mujer nuevos, en perfecta sintonía con el objetivo final, que es la construcción del socialismo, como la genuina utilización de la inteligencia humana.

Asimismo, la conciencia social que da la formación ideológica le permite al trabajador descifrar el complicado mundo que impera en la sociedad entre poseedores y desposeídos, capitalistas y obreros asalariados elevándolos a la altura que exige el combate entre posiciones antagónicas como la lucha de clase, cada día más presente en un escenario como el actual en Venezuela o cualquiera otro que desobedezca las órdenes de la Casa Blanca. En el caso concreto de Venezuela, hoy está presente la oportunidad y las condiciones objetivas

para profundizar la lucha revolucionaria desenmascarando al verdadero y único enemigo de la clase trabajadora como el culpable de las crisis por la que está pasando, ante la aplicación de medidas reaccionarias cuyo fin es vender la idea de lo negativo que es para los pueblos del mundo la tesis del socialismo como sistema político.

Si bien existen experiencias socialistas que han fracasado, es necesario puntualizar, en que ello tiene su explicación en hechos y prácticas equivocadas de quienes les ha tocado aplicarlo en el ejercicio del poder. El socialismo no pierde vigencia por los errores y equivocadas aplicaciones de quienes les ha correspondido ponerlo en práctica. El capitalismo a nivel mundial y las burguesías locales invierten grandes fortunas difamando al socialismo y al comunismo al tiempo que difunden las bondades del capitalismo, solo que lo que está más a los ojos de la humanidad toda, es la barbarie y el desastre a todos los niveles y en todas las áreas que a su paso va dejando el capitalismo. En todo caso, algo bueno debe tener el socialismo para los pobres para que los ricos tanto le teman y no escatimen gastar tantos recursos en su contra.

El socialismo no solo significa igualdad y justicia social, también supone democracia infinita, pluralismo, cooperación, bienestar, desarrollo integral del ser humano, paz, utopía y amor. La Revolución Bolivariana necesita que el pueblo en general conozca y aprenda a diferenciar estas realidades de la explotación, la exclusión, la alienación, la discriminación. Que cuando le hablen del capitalismo sepa que le hablan de una habitación oscura en donde él desecha a quienes ha exprimido hasta el último aliento y potencial productivo: esta actitud y permanente práctica del capitalismo hacia la masa trabajadora es la que le hace temblar ante la posibilidad de un cambio social como el que hoy buscamos con la Revolución Bolivariana, y por ello para combatirla recurre a todos los mecanismos de los

que dispone sin importarle las consecuencias. Los ricos patronos, para defender su permanencia en el poder, juegan con el hambre, la salud, la educación, la paz y todas las necesidades y derechos de los ciudadanos de un país que ha determinado tomar sus propias decisiones. Es cuando debemos tomar conciencia de que un pueblo informado e identificado con su proceso revolucionario sabe que la respuesta a estos ataques no es solo una tarea del gobierno revolucionario. El pueblo todo, con la clase obrera a la cabeza, tienen el compromiso histórico de defender la patria y el derecho a ser libres y soberanos, a entender que la crisis creada por el enemigo que bloquea, sanciona, roba, asesina y sabotea el desarrollo normal de nuestras vidas, tiene como objetivo limitar la capacidad del gobierno para darles respuestas a los trabajadores y pueblo en general en el cumplimiento de las reivindicaciones sociales. Son los planes desestabilizadores ya conocidos del capitalismo para doblegar la resistencia popular, ante los que no se puede ser indiferentes ni medias tintas. El enemigo del proletariado siempre se ha valido del desconocimiento que algunas veces está presente en los sectores populares en cuanto al papel que les tiene asignado la historia, muchas veces llevándolos a ir en contra de sus propios intereses, defendiendo los del patrono —el condenado que defiende a su verdugo—. Muchos de los países de América Latina son una perfecta vitrina donde podemos ver cómo los maltratados, marginados, saqueados, traicionados y robados ciudadanos continúan apoyando a esos gobiernos oligarcas y neoliberales que solo les proporcionan miseria, hambre y marginalidad. Esta conducta un tanto suicida y masoquista de los pueblos tiene su origen en la enajenación de la cual son víctimas con los variados y sofisticados instrumentos muy bien utilizados para sumir al trabajador en un mundo de individualistas y seres humanos con inquietudes, ideas y pensamientos, movidos solo pensando en sus asuntos personales. En macabra y delincencial cofradía,

poniendo en práctica la bajeza humana, la inmoralidad de las mafias políticas, judiciales y económicas al servicio de las presiones, compromisos, y pactos de los imperialistas con los podridos dirigentes tarifados, esta práctica eliminó liderazgos en sus decisivos momentos como Dilma Rousseff y Lula en Brasil, Lugo en Paraguay, Zelaya en Honduras, Correa en Ecuador, Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia y no han dejado de intentarlo en Cuba, Nicaragua y Venezuela. Es lo que hace que estos pueblos hoy vivan las consecuencias de no saber dónde está el enemigo, y que la victoria revolucionaria pasa por la necesidad de que los explotados asuman como suyas dos importantes tareas, la conciencia de clase, que los convierte en un ejército con una sola doctrina, una sola ideología, un solo objetivo, una sola estrategia, una sola meta. La otra es la unidad de esa clase, una herramienta que permite que el socialismo vea en la unión del pueblo organizado la primera condición para su emancipación verdadera, su humanización, y para propiciar la transformación radical de sus condiciones económicas, sociales, políticas y culturales.

La incidencia de las fuerzas emprendedoras en beneficio de la humanidad radica en la unión, la solidaridad y la cooperación revolucionaria representando asimismo, la única forma de acabar con la pobreza, ya que en el socialismo está presente e interviene en forma plena y eficiente la fuerza productiva y generadora de la unidad de los trabajadores como forma de organización del trabajo. Mientras, el capitalismo limita sus potencialidades en el estricto marco de la propiedad privada, el lucro y la ganancia.

La construcción de espacios unitarios surgidos a partir de las dificultades y problemas comunes genera las redes conectoras de experiencias, potencialidades, recursos y voluntades, un espíritu colectivo, y un ambiente donde germina la solidaridad, la visión clasista, el vigor revolucionario por la sensibilidad

humana y el compromiso militante; es desde allí de donde saldrán los revolucionarios que aprenden a no confundir solidaridad con caridad, porque se actúa en función de fomentar la ayuda mutua, cuyo objetivo final es la eliminación de las raíces de la miseria humana y diferenciando la solidaridad del socorro material y el sentimiento de tristeza por el padecimiento de los demás. Al contrario, la solidaridad se traduce en ayuda efectiva para el problema de todos los individuos dignos e iguales, para los que ni el afán ni el lucro constituyen la motivación principal de quienes se han juntado para apoyarse entre sí en una estrecha colaboración que se va desarrollando sobre intereses puramente humanos y racionales, guiados por el sentido común, la construcción de nuevos valores y principios entre las personas relacionadas, integradas e identificadas por una misma realidad y con los mismos motivos para caminar juntos. Que nadie en el movimiento obrero tenga dudas sobre lo que debemos hacer, la conciencia de clase junto al sentido de patria hacen de la clase trabajadora el mejor ejército para la batalla que debemos dar contra nuestros enemigos de siempre. Los sindicatos, las federaciones, centrales obreras y demás órganos de dirección deben sumar voluntades en la discusión y el debate que vayan articulando una visión coherente con la función conductora al frente de un sector social estratégico como la masa laboral.

Hoy más que nunca, no debemos olvidar que las revoluciones no las hacen los individuos ni las personalidades por muy brillantes y heroicas que estas sean; es decir, sin la participación de las grandes masas no hay revolución capaz de acabar con la desigualdad capitalista que se ha adueñado del mundo. Preparémonos todos, clarifiquémonos todos, organicémonos todos, para que junto a Rousseau y en un solo grito, los oprimidos del mundo exijamos a la humanidad la necesidad

de que “todos vivan, que todos tengan algo, sin que ninguno tenga demasiado”.

## Chávez y la clase obrera

Sin temor a equivocarnos podríamos afirmar que posiblemente no haya existido un militar en Latinoamérica que haya dedicado tanta atención a los problemas sociales como lo hizo el comandante Hugo Rafael Chávez Frías. Para sus detractores, un extraño dictador, siempre preocupado por el futuro y bienestar de los trabajadores en Venezuela y el mundo entero, incansable luchador por la unidad y la independencia de los pueblos humildes de América Latina, a cuya labor dedicó la mayor parte de su corta, pero fructífera tarea como gran estadista y dirigente continental.

A nivel local, los trabajadores venezolanos debemos a Chávez la mayor parte de los avances que en materia de conquistas laborales hoy disfrutamos, así como el hecho de contar con instrumentos de luchas nacidos del genio, la pasión, la preocupación y la dedicación del comandante eterno, porque la clase obrera cumpla su responsabilidad histórica, al frente de las transformaciones y los conflictos sociales. La creación de la Central Socialista Bolivariana de Trabajadores de Venezuela por ejemplo, es producto de la insistencia y presión de Chávez ante las indecisiones y lentitud del movimiento de los trabajadores del momento, para llevar a cabo este plan. Hoy, todos coincidimos en que de no ser por esa persistencia del comandante eterno, posiblemente el movimiento de los trabajadores aún estuviera adoleciendo de una dirección y de un órgano rector tan esencial como lo es una Central de Trabajadores, más en

estos tiempos que vive la República Bolivariana de Venezuela. Los Comités Productivos de Trabajadores, la Universidad de los Trabajadores Jesús Rivero, junto a muchas otras iniciativas, también son producto del espíritu emprendedor y la capacidad estratégica de Chávez, para generar los niveles organizativos y los instrumentos de lucha para la defensa de la clase obrera venezolana.

Estas características muy propias de Chávez es lo que lo convierte en genuino líder de los diferentes sectores sociales que no dudaron en reconocerlo como el guía de la lucha social en Venezuela, condición que aun después de su desaparición física, sigue estando presente hoy, y estamos seguros de que lo estará siempre. En el comandante resalta el hecho de que siendo un curtido efectivo militar, miembro de un sector tan particular como siempre lo ha sido el de unas Fuerzas Armadas basadas en la concepción neoliberal del poder, su liderazgo se caracterizó por su sencillez y humildad, actuando y hablando como el pueblo mismo, desde su inicial “Por ahora”, cuando durante el amanecer de un 4 de febrero, asume la primera responsabilidad de una cadena de acontecimientos por venir que marcarían su existencia, así como el destino de lo que sería el futuro de la otra nación, la República Bolivariana de Venezuela. Cuando el pensamiento chavista con el comandante a la cabeza se convierte en gobierno, se inicia un camino de victorias, aciertos y nuevos compromisos con el pueblo, como el de rescatar la dignidad del quehacer político, darle vigencia y pertinencia a la idea de revolución en América Latina, reabrir la discusión del tema del socialismo en esta región y en general, crear preocupación en los inmensos sectores de marginados ante la desigual repartición de las grandes riquezas y los muchos recursos con los que cuentan los pueblos de América Latina. En lo concreto, y en lo que toca a Venezuela, de esta visión del comandante Chávez y del esfuerzo de hombres y mujeres comprometidos

con un futuro mejor para un país con una lógica distinta a la del capitalismo, van surgiendo las empresas de propiedad social, las empresas familiares, las empresas autogestionarias, las empresas cooperativas, la recuperación de fábricas quebradas por los neoliberales, enemigos del proceso revolucionario y su pase al control obrero. Paralelamente, también se emprenden los grandes esfuerzos por la transformación del agro, apuntando todo a una perspectiva estratégica de transformar la economía rentista de los gobiernos neoliberales venezolanos, en una economía productiva y con visión social. Junto a los avances en materia de la producción, la idea y la conciencia sobre el poder popular empieza a germinar y florecer en muchos espacios de la vida nacional, lo cual se facilita con los niveles de politización que alcanzó el pueblo a través del constante mensaje, discurso oportuno y el ejemplo vivo, del gran comunicador que fue Hugo Chávez Frías.

Porque debemos ser realistas y autocríticos tenemos que reconocer que, a pesar de los grandes esfuerzos que se hicieron, algunos de los instrumentos creados por la revolución y por diversos motivos, no cumplieron los objetivos esperados, con el agravante de que en muchos casos crearon situaciones más de obstrucción, confusiones y trabas al proceso revolucionario, que avances y soluciones en la producción, por ejemplo, los fondos zamoranos, las cooperativas y los consejos de trabajadores. En este caso, quien estas líneas escribe, tuvo la oportunidad de poder contactar directamente en reuniones de trabajo con trabajadores de la Empresa Agrícola Pedro Camejo y la de Pescados Enlatados La Gaviota; la frágil formación político-ideológica de la mayoría de los integrantes de estos Consejos de Trabajadores que se expresaba en la poca o nula identificación con el papel que debían estar ocupando dentro de una nueva concepción en las relaciones de producción, y el rol que estaban llamados los trabajadores a cumplir en esta obligada

misión política. Sin embargo, igualmente hay que puntualizar que esta realidad estuvo presente solo en los primeros años de este trabajo, pero gracias a la voluntad de trabajo, al análisis y la corrección a tiempo, estas fallas políticas e ideológicas fueron superadas, lo que le permite hoy a la Revolución Bolivariana contar con equipos de trabajos y organismos de masas a la altura del compromiso político que exige la tarea pendiente, que no es otra que construir una Venezuela revolucionaria, soberana, socialista y antiimperialista.

Siempre nos quedaremos cortos al tratar de difundir la obra de Chávez, sus victorias, que fueron muchas más que sus derrotas; su férrea postura por la injusticia social ante la cual en todo momento esgrimió su principal arma, el encendido, franco y estimulante discurso, que le acompañó en todos los escenarios, desde el más humilde caserío hasta en las Naciones Unidas, en donde Latinoamérica siempre tuvo en él a uno de sus más fervientes defensores. En todo caso, la obra de Chávez está en cualquier parte de Venezuela y más allá, donde la diferencia entre capitalismo y socialismo está a la vista de todos, en la salud, en la educación, la vivienda, la soberanía, la democracia participativa, en la organización de los sectores populares y en la defensa de los derechos humanos en general. Pero un hombre de la talla de Chávez, con una visión del mundo tan amplia y emprendedora, no podía quedarse limitado al reducido mundo de un país como el nuestro, de 30 millones de habitantes, por lo que de la misma forma que le inquietó su patria Venezuela, también tenía la mirada puesta en lo que sucedía en la mayoría de los países latinoamericanos, sacando a relucir una vez más su condición de soldado libertario, guiado por el convencimiento y la voluntad que trasciende el molde de la Academia, conjugando teoría y práctica en beneficio de las grandes mayorías y generando conciencia revolucionaria en torno a lo que queremos y debemos hacer en esta dirección.

La visión de gran estrategia político de Chávez, unida a la coyuntura política reinante en la región, le permitieron al visionario comandante bolivariano emprender un hermoso trabajo de integración de la Patria Grande, al corresponderle la suerte de compartir responsabilidades de gobernabilidad con hombres y mujeres comprometidos con la causa de los pobres, como Fidel Castro, Luiz Inácio Lula da Silva, Evo Morales, Néstor Kirchner, Rafael Correa, Dilma Rousseff, Cristina Fernández de Kirchner y Daniel Ortega. Fue acá donde Chávez encontró el momento y escenario para traer de nuevo a Bolívar, bajándolo de los pedestales inmóviles de las plazas y poniéndolo a caminar entre los humildes, con sus necesidades, sus gritos nunca oídos, sus esperanzas frustradas y sus deseos libertarios; gentes que al apropiarse del pensamiento del Libertador y junto a estos líderes latinoamericanos, fueron construyendo la plataforma integradora que empezó a inquietar y a quitarle el sueño a los imperios norteamericanos y europeos, que ya se percataban que en América una luz comenzaba a iluminar el oscuro mundo, del cual no les convenía que millones de hombres y mujeres pudieran salir, y no les faltaba razón, pues estos hombres y mujeres fueron capaces de crear instrumentos de luchas como Unasur, Celac, Petrocaribe, El Banco del Sur, Telesur, entre muchos otros que van haciendo del sueño de la Patria Grande, una realidad posible, basado en el desarrollo sostenido de naciones soberanas, en paz, prósperas, con sentido de pertenencia y ciudadanía suramericana. Un espacio de integración en lo cultural, económico, social y político entre los pueblos latinoamericanos, en donde las políticas sociales como la salud, educación, trabajo, recreación, etc., así como el constructivo diálogo, la solidaridad y la cooperación, estén primero que el interés y la ganancia.

Con estos líderes y lideresas al frente del compromiso con la Patria Grande, hoy América Latina ha logrado avanzar y

conquistar algunos espacios políticos muy importantes, sin negar que falta bastante para alcanzar el objetivo final, pero se continúa el trabajo en esta dirección, en la que soplan vientos de esperanzas. Aunque no están ni Chávez ni Kirchner, siguiendo sus pasos vienen Nicolás Maduro en Venezuela, Luis Arce en Bolivia, Alberto Fernández en Argentina, López Obrador en México; más atrás y por buen camino, Andrés Arauz en Ecuador, otra vez Lula en Brasil y continúan los buenos aires con los pueblos en la calle y contra el neoliberalismo en Chile, Paraguay, Honduras, Colombia y buena parte de Centroamérica. Todos estos avances políticos en la región son productos de un largo, arduo y concienzudo trabajo, desarrollado con sensibilidad social, de unos líderes salidos desde las entrañas mismas del pueblo: del barrio, de la calle, del campo, del cerro, de la fábrica, de las aldeas, de los cuarteles; liderazgos construidos en el batallar diario, en los escenarios de los pueblos pobres para que los hombres y mujeres de hoy y los que están por venir, los condenados por el capitalismo, los desposeídos de siempre, sigan empuñando con orgullo por los caminos de América, la espada de Bolívar que Chávez despertó y echó a andar.

## Somos lo que hicimos, seremos lo que hagamos

Al impregnarle al trabajo que realizamos nuestra propia visión política e ideológica, vamos prefigurando y construyendo formas de ver y entender sistemas, métodos y concepciones distintas y muy particulares, que obviamente las harán diferenciarse, entrando en contradicción con otras que ya puedan existir. Por ejemplo, si la concepción con la que se asume el trabajo en el seno del movimiento obrero es burocrático, elitico, dogmático, economicista, etc., tendremos unos trabajadores y una masa laboral con las mismas características, que no nos sirve para avanzar en la profundización de la lucha por la toma del poder político por parte del proletariado y sus aliados de clase. El trabajador con mentalidad economicista, alienado y sumiso, no nació así, su realidad es producto de la acción manipuladora e ideologizante, que sobre él se ha hecho, en función del control necesario para dirigir, canalizar y dominar su existencia, utilizándolo como instrumento al servicio del capital, para quien el trabajador es solo un mecanismo que le permite hacer crecer su fortuna. Es aquí donde las organizaciones naturales de los trabajadores revisten gran importancia, pues es desde allí, en lo colectivo, desde donde debe comenzar la tarea pedagógica y forjadora del trabajador solidario y creativo, preocupado y consciente del rol que desempeña para el desarrollo productivo e industrializado del país. Esta labor debe ir paralela al trabajo por las reivindicaciones laborales, en el entendido de que las dos son necesarias, tanto para el

bienestar del trabajador, como para su preparación ideológica, base del hombre nuevo que se necesita para luchar en un nivel superior al economicismo. Su desarrollo ideológico es determinante para combatir y resistir los embates de una oligarquía depredadora y un patrono explotador, al que por principio, por derecho y por sobrevivencia, debe enfrentar. Solo con un visión clasista, unos objetivos muy bien claros y una política ideológicamente orientada, se podrá hacer el trabajo en la clase obrera, sin caer en vicios como el reivindicativismo, el burocratismo, el grupismo, el radicalismo y otras equivocadas prácticas, que no hacen sino desviar a la masa de la ideología de la clase obrera, ideología liberadora de todo ese veneno que silenciosamente manipula sentimientos y necesidades, al inyectarlo en los sectores populares para que asuman mecanismos y criterios pequeñoburgueses, y que sigan sus dictámenes y orientaciones. La revolución que nos planteamos le exige a la dirigencia obrera claridad política, humildad, vínculo social; vale decir, trabajar con base en la ideología proletaria, que emana de la esencia de esta clase, que solo es propietaria de su fuerza de trabajo, que es lo único que puede vender en el mercado. Es por eso, que solo podrá liberarse cuando el trabajo deje de ser una mercancía de compra y venta, y se transforme en acción enaltecadora del ser humano, generador de riqueza para todos, y no solo para un pequeño grupo. Cuando el trabajo beneficia a toda la sociedad deja de ser un instrumento de explotación, y pasa a ser acción de realización del desarrollo de la humanidad. Allí estará la clave del socialismo, liberando al ser humano de su condición de esclavo. Los proyectos revolucionarios muy bien pueden iniciarse en un pequeño esfuerzo de cualquier grupo de trabajo, o en la actividad emprendida por una modesta organización sindical en un centro de trabajo, si se sabe elevar el nivel y contenido programático del combate por la sobrevivencia, posibilitando su superación en

la lucha que abrirá el camino hacia la comprensión del contenido político e ideológico del trabajo que se desempeña, es donde el hombre y la mujer de la fábrica toman conciencia de que la dominación del patrono es posible porque la ideología de la clase dominante coloniza el alma y la mente del dominado, limitando su esfuerzo y capacidad de pensar y actuar a pequeños y domésticos planes, donde es posible arrancarle algunas migajas al capital. Una vez más debemos recordar a Simón Rodríguez, quien dijo: “Somos lo que hicimos y seremos lo que aprendamos”. Si solo hacemos sindicalismo, seremos solo eso, pero si partiendo del sindicalismo, aprendemos que no se trata solo de arrancarle migajas al capitalismo, ni que la meta es solo lo reivindicativo, entonces los trabajadores estaremos claros frente a la responsabilidad y en capacidad de dirigir la liberación de la sociedad y de fundar un mundo sin explotados ni explotadores. Nos falta mucho aún, el camino es difícil pero no imposible de recorrer, a cada paso, nos exige más entrega, disciplina, organización, grandeza y planificación; esas son las condiciones propias de la clase obrera, y la revolución las necesita. La Revolución Bolivariana requiere de una clase obrera reencontrada con su papel histórico, que pueda contribuir a la consolidación de las nuevas relaciones de propiedad social, a la recuperación de las empresas abandonadas, a la creación y consolidación de los mecanismos e instrumentos de lucha como los CPT, sindicatos, federaciones, centrales de trabajadores, etc., que propaguen e irradien sobre el resto de los sectores sociales y el país entero, su ejemplo de conciencia del deber social, y sobre todo, que sean capaces de educar trabajando, que internalicen que la formación del trabajador es la clave para que sea la clase motora de la nueva moral y las nuevas luces. Ariete en el combate contra la explotación y las desviaciones ideológicas, que sin darnos cuenta nos sumergen en el dogmatismo acomodaticio,

que busca justificar lo que en el fondo solo es la inconciencia que asesina la esencia de la ideología revolucionaria, esencia que nos señala cuándo, cómo y cuáles instrumentos utilizar para ser más efectivos en la aplicación de las políticas que, tanto en lo ideológico como en lo organizativo, debemos aplicar en determinados momentos. Por ejemplo, la actual situación del país nos exige la creación de los Consejos Productivos de Trabajadores, equipos de hombres y mujeres motores de la actividad motivadora de la producción, el control y canalización del desarrollo de las empresas, vigilantes de que la visión y el objetivo fundamental de la producción estén relacionados más con la motivación social que con el interés capitalista y comercial. Importante es entender que los CPT y los sindicatos desempeñan papeles diferentes en una misma empresa, sin excluirse los unos a los otros. Contrariamente a eso, el trabajo en conjunto rendirá los resultados que el desarrollo político y organizativo de la empresa requiere como parte del proyecto político. Es importante recalcar que al igual que los sindicatos o cualquier otro organismo de trabajo, los CPT solo serán efectivos en su cometido si se les forma para ello; en primer lugar, para estar claros que una revolución se gana o se pierde en las ideas, que son las ideas las que determinan el rumbo y el triunfo final; por eso la importancia de preparar este frente de batalla que junto a la inteligencia social sean los garantes del éxito de un esfuerzo por un mayor rendimiento en la producción; siendo nuestra principal arma en esta guerra económica, que buscamos ganar, esta es la esperanza que todos tenemos en este proyecto político. En una reunión con trabajadores del sector químico-farmacéutico, nos generó una preocupación, y al mismo tiempo una satisfacción, oyendo a trabajadores y trabajadoras con gran nivel político y un compromiso muy revolucionario, con el reto que tenemos en este enfrentamiento de clase, que en el caso de estos trabajadores, reviste

capital importancia ya que son quienes producen las medicinas que requiere el pueblo venezolano; precisamente, el área en la que se viene afincando la acción criminal de las mafias de los laboratorios, que como todo capitalista piensan más en su capital que en la salud del pueblo. La preocupación de los trabajadores se basa en que no se están preparando a los CPT, lo cual según sus propias palabras, muchos de ellos fueron penetrados por los patronos, convirtiéndose en enemigos. Otros no saben cuál es su función, mientras que los que quieren actuar contra la mafiosa forma de operar y distribuir las medicinas que aplican estos laboratorios plantean que no cuentan con la suficiente orientación ni apoyo para desarrollar eficazmente este trabajo de vigilancia, control en la producción y distribución de los medicamentos. Lo que satisface es que se observa que se ha trabajado más allá de las reivindicaciones en este sector de trabajadores, ya que en dicha reunión no hubo alusiones, ni reclamos de otra índole. Todos centraron su llamado a la preparación del personal de los CPT para realmente desde allí, poder serle útil a la revolución, cumpliendo a cabalidad con el objetivo para el cual fueron creados estos Consejos Productivos de Trabajadores. Son estos trabajadores con los que podremos hacer el cambio social que andamos buscando, que sabiendo el papel que deben cumplir, reclaman se les prepare y se les forme para poder lograrlo. En el caso de los químico-farmacéuticos, cobra relevancia este hecho, pues es este un sector de trabajadores tan importante como el petrolero, ya que si en las manos de ese sector está la riqueza del país, en las de los químico-farmacéuticos está la salud del pueblo; por ello, en momentos en que el enemigo pretende hacer del derecho a la salud un arma política con el precio y el acceso a los medicamentos, estos trabajadores pasan a conformar un elemento estratégico para blindar y responder contundentemente a este gran reto. Esta realidad debe tomarla muy en cuenta la

dirigencia del movimiento obrero, en el entendido de que no basta generar y crear muchos y variados organismos para el trabajo; ello es necesario, pero si no los formamos en las tareas a cumplir no estaremos siendo objetivos. Esta opinión está sustentada en experiencias propias vividas en empresas socialistas como Pedro Camejo, donde organismos de masas creados para el trabajo, por su bajo nivel y desconocimiento, no solo de su función y responsabilidad, sino también de la importancia política que tenían. Contrariamente, se convertían en obstáculos y problemas para el buen desarrollo, ello nos reafirma un criterio ya de mucho arraigo en quienes así lo creemos, de que no son los organismos por sí solos, sino el trabajo que desde ellos se aplica, lo que al final nos determinará los resultados que buscamos.

Formar, analizar el rumbo y chequear resultados debe estar a la orden del día en los CPT, para poder saber si vamos por buen camino, y si estamos generando conciencia revolucionaria dentro de los trabajadores que los conforman, y qué valores estamos sembrando a través de ellos. Volviendo a la experiencia de los trabajadores químico-farmacéuticos, su preocupación por aprender para poder ejercer mejor la tarea encomendada por la revolución, habla de que allí se ha sabido vincular la acción reivindicativa con lo político e ideológico; la vehemencia como el problema fue abordado por los compañeros y compañeras fue evidente, puesto que para ellos esto representaba un problema con los CPT. Todo órgano o instrumento que nos damos para avanzar en este proceso tiene que obedecer a lineamientos y directrices políticas muy bien definidas, así como a planes y proyectos políticos que se deriven y respondan a los programas y necesidades de esta revolución; para lograr este cometido hay que estar pegados a estos organismos; dejarlos solos, por su cuenta, no será nunca lo más aconsejable.

Tengamos presente que la meta planteada es hacer una transformación social en nuestra patria y en esta tarea son necesarios todos los factores y comunidades organizadas, sindicatos, gremios profesionales, desempleados, ligas campesinas, intelectuales, la juventud, los militares, las milicias y todo el que desea dejar oír el grito de los excluidos, grito que tiene en diferentes escenarios de la vida nacional diversos significados, uno surge del dolor y del sufrimiento de pobreza y explotación que hace erupción cuando los pobres se rehúsan a sufrir en silencio; es un grito de llamamiento al mundo y expresa que el dolor de la pobreza se ha vuelto intolerable. Los gritos iniciales resuenan de una fábrica a otra, a lo largo de los barrios de pobres y desempleados convirtiéndose en un nuevo grito colectivo, el grito de los movimientos sociales organizados que demandan justicia, trabajo, tierra, alimentos, viviendas y escuelas; este grito de los movimientos sociales es un grito de afirmación de poder colectivo, ya no de decepción, sino de guerra que llama a combatir por la justicia social. Hoy, en la patria de Bolívar y Chávez emerge un nuevo grito desde las catacumbas, que va más allá de las concepciones, la demanda del poder popular con la exigencia de acabar con los politiqueros y las politiquerías que traicionan una y otra vez la confianza del pueblo; es el grito popular que avanza desde el poder local, dentro de las comunidades hacia el poder estatal. El grito de los excluidos exige socialización de los medios de producción para tomar el poder estatal, donde el grito final será un grito festivo, la celebración de la construcción de una nueva sociedad sin clase, sin excluidos, ni excluidores, el grito de dolor y sufrimiento de los excluidos se transforma en grito de júbilo y en el final de la exclusión.

## Hacer de la empresa una escuela

Acogidos al lema de aprender haciendo y dentro de la necesidad en revolución de generar una conciencia revolucionaria entre los trabajadores para forjar una nueva identidad social, colectiva, para sentar las bases de sustentación ideológica del proyecto político, se hace necesario trabajar en función de atacar los conflictos, o más bien, los casos que llegan a convertirse en problemas para el colectivo de los trabajadores, ocupando su atención principal, alejándolos de la posibilidad de entender que muchas veces el origen de estos problemas que les aquejan de forma directa, tienen su razón de ser fuera de la empresa y hasta del país. Es el caso concreto actualmente donde el enfrentamiento político con potencias extranjeras que presionan, chantajea y cortan posibilidades que otras veces ha tenido el país para atender todos sus compromisos y necesidades de los trabajadores. Cuando el trabajador no tiene claro este panorama, lejos de transformarse en un factor aliado en busca de las soluciones que requiere el momento, pasa a ser un problema más, convertido en una muy reducida comunidad alcanzando a ver solo su pequeño mundo en que se le ha convertido la empresa con mucha escasez, fallas, debilidades, etc. Tenemos que convertir a nuestros trabajadores en los compañeros que van a contribuir con la derrota del pesimismo, del paternalismo y del individualismo, que estanca y aísla la lucha, cuando vemos solo los problemas en forma separada, sin entender que son producto de un solo mecanismo de dependencia y

dominación, que solo derrotaremos con conciencia y compromiso de clase. No se concibe un proceso revolucionario donde los trabajadores están fuera del proceso inicial hacia el cambio histórico, creando las condiciones que incentiven la inserción de los hombres y mujeres en las nuevas estructuras sociales que se gestan dentro del proceso de cambio, esto no es trabajo de días, pero es necesario empezar partiendo de su misma realidad; el pequeño problema, la más leve inquietud, su muy local preocupación.

Una fábrica con unos trabajadores informados, entrenados en la constructiva discusión y el saludable debate es un cuartel con unos soldados que no están fuera del contexto que vive la nación, aliados permanentes ante las dificultades y los retos que haya que afrontar, tanto a lo interno como a lo externo de la unidad de producción. La adecuada actitud para lograr esta meta por parte de una acertada dirección es incorporar al trabajador al concierto de acciones, actividades y voces que, de una u otra forma, son parte de su desarrollo como ser social, eslabón importante de una cadena de hechos para los que muchas veces no encuentra respuestas, en medio de una constante lucha y un proceso productivo, con el cual muchas veces no se identifica; ejemplo, el trabajador de un museo, el trabajador de una imprenta, un asalariado del campo, etc. Es necesario hacer sentir al trabajador como un factor importante de la fábrica, que junto a sus compañeros es figura de la unidad creadora entre la teoría y la práctica, que su esfuerzo se transforma en beneficio de otros trabajadores y otras comunidades, que es algo más que un hacedor de oficios por un salario; hacerle ver que forma parte de ese gran ejército destinado por la historia para transformar la sociedad.

Al trabajador lo estimula y lo motiva ser tomado en cuenta como ser humano, y que se valoren sus funciones y su esfuerzo; ello lo empuja a una mayor identificación con el trabajo, la

responsabilidad y la empresa, es decir, genera un mayor sentido de pertenencia y amor por la labor que desempeña. Cuando logremos que el trabajador internalice que es el instrumento elemental de todo proceso de cambio, lo tendremos para toda su vida al lado de ese objetivo, y ese trabajo debe comenzar en su espacio natural, el escenario de todos los días, donde junto a sus compañeros se esfuerza por superar las dificultades y escollos propios de esa misión. La labor del dirigente –en primer lugar– y del trabajador como tal, tiene que enmarcarse más allá de la búsqueda de mejoras y reivindicaciones; el trabajador debe estimularse para que se preocupe por el destino de la empresa, por el nivel de la producción, el estado de la planta, el nivel político y cultural de sus compañeros, la relación empresa-comunidad. Empresa donde el sindicato sea revolucionario y su funcionamiento no satisface las exigencias y necesidad de la comunidad, significa que ese colectivo no está capacitado, no entiende a cabalidad su función dentro de la empresa, pues esa viene siendo su escuela primaria desde donde se inicia su preparación y capacitación para compromisos de mayor responsabilidad con su clase, su revolución, su país y consigo mismo. De lo contrario, ¿para qué ganar todos los sindicatos?, ¿controlar todas las federaciones?, ¿dominar en todas las centrales sindicales? Estaremos perdiendo el tiempo y practicando muy buen sindicalismo, sino hacemos de los sindicatos los centros de enseñanza que todo trabajo sindical serio, responsable y revolucionario necesita para realmente ser una de las venas por donde se alimentará el espíritu ideológico de la revolución.

## La clase obrera y la crisis social

La clase obrera es uno de los componentes del pueblo que al no poseer los medios de producción tiene que vender su fuerza de trabajo, recibiendo en correspondencia como precio un salario. La historia alimentada por episodios de luchas y confrontaciones, de grandes batallas con victorias y derrotas, le ha asignado a los trabajadores un papel preponderante en la transformación social de los pueblos, por tener en sus manos todos los medios de producción y el conocimiento para poner en marcha esa transformación. Aparte de los medios y el conocimiento existe otro factor básico del cual deben valerse los trabajadores para consolidar el objetivo, y ese es la unidad; unidad en la idea y en la acción para derrotar la ideología burguesa y para tomar conciencia de que somos una clase social; la única clase social que puede poner en marcha el proceso social del trabajo, orientándolo hacia las condiciones materiales, sociales y culturales, en la dirección de que sea la familia el espacio y núcleo fundamental para el desarrollo de las personas en primer lugar, así como también el conglomerado donde comience a gestarse la conciencia de clase, para comprender el pensamiento burgués que nos divide y nos pone a competir entre nosotros, para así mantener su sistema de dominación y explotación.

La guerra imperialista, de la que somos víctimas actualmente los venezolanos, nos permite la oportunidad de poner en práctica esa unidad que nos hará cada día más fuertes como

colectivos, compartiendo las mismas necesidades, los mismos derechos y las mismas esperanzas. La división generada por el capitalismo, con sus mecanismos y sus muchos recursos, nos siembra sus ideas con las que nos explotan; además, nos hacen sentir la necesidad del capitalismo, y muchas veces de la misma explotación para poder sobrevivir. La acción guerrillera del enemigo nos obliga actualmente a vivir en resistencia permanente ante la pretendida intención de imponernos su verdad, su ideología y su visión del mundo, a punta de amenazas, coacción, represalias y agresiones de todo género, que nos obligan a trabajadores y patronos a unir esfuerzos y voluntades para salir adelante, aportando lo que cada uno tenga a la mano, incluyendo aquí las ideas y los nuevos planes y proyectos con los que vamos a enfrentar esta arremetida, que ya no es contra algún compatriota en particular, sino contra Venezuela entera, su pueblo, su gobierno y su derecho a ejercer su soberanía como nación independiente y dueña del destino que desee labrarse. Entre las medidas antipopulares tomadas contra el pueblo trabajador, está el ataque a la moneda nacional con las consecuencias que ello acarrea a nuestra economía y principalmente a los sectores de menos recursos, como lo es nuestra clase obrera; ya que es el poder adquisitivo de los trabajadores una de las partes más afectadas por las constantes alzas del costo de la vida, destruyendo los salarios de toda nuestra clase trabajadora. Esta realidad que viene a crear una situación muy difícil al pueblo pobre de nuestra patria, ha movido a generar numerosas iniciativas, encaminadas a enfrentar con éxito a quienes pretenden matar de hambre al pueblo que no se rinde y defiende su proceso político. Un ejemplo de esto es la asistencia que el gobierno viene dando a las comunidades organizadas con los Comités Locales de Abastecimiento y Producción (CLAP), haciendo llegar a los hogares humildes productos de la cesta básica a precios mucho más económicos

que los precios en la calle. Igualmente, en algunas empresas del Estado, se viene implementando esta ayuda a los trabajadores con la puesta en marcha de planes del reparto de la bolsa alimentaria, donde el patrono de común acuerdo con los trabajadores e identificado con su realidad, se solidariza con ellos, sabiendo la difícil situación por la que están pasando quienes dependen de un salario para poder llevar el sustento al hogar.

Esta política como tiene que ser, solo es propia de gobiernos y patronos revolucionarios, gente con criterio y actitud revolucionaria para quienes el trabajador no es un simple servidor, sino un compañero con el cual se comparten y se viven las mismas vicisitudes y tragedias que nos depara una posición de resistencia como la que ahora mismo estamos viviendo la mayoría de los venezolanos, porque nos negamos a ser colonia extranjera.

En este esfuerzo nos tenemos que encontrar todos, hombres y mujeres, patronos y trabajadores unidos por la necesidad, no solo de sobrevivir al chantaje del imperialismo, sino también por el amor a la patria, amenazada por fuerzas foráneas y traidores de adentro, que solo ven por sus intereses y mezquinas ansias de poder. A los patronos privados poco les importa lo que hoy están viviendo los trabajadores venezolanos; ellos tienen una alta cuota de responsabilidad en los planes desestabilizadores y conspirativos contra la patria y contra las esperanzas y el derecho que tienen todos los trabajadores y trabajadoras venezolanos, a una vida digna y plena de felicidad. La tarea de resistir para vencer al poderoso enemigo no es fácil, pero unidos trabajadores y patronos, lo vamos a lograr, haciendo cada quien su parte; el patrono con su espíritu de solidaridad, haciendo llegar hasta el trabajador parte del sustento que tanto le favorece, y el trabajador, correspondiendo a este esfuerzo solidario, desarrollando más y mejor su espíritu de trabajo productivo y constructivo, que lo lleve a asumir su

responsabilidad con sensibilidad social, ingrediente indispensable para todo desarrollo armónico en el colectivo del cual formamos parte. En este crucial episodio de nuestra historia, es necesario que todo trabajador y trabajadora comprenda que nos atacan porque no nos arrodillamos, porque no aceptamos directrices desde afuera, del Fondo Monetario Internacional (FMI), del Banco Mundial (BM), del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), entre otros. Porque hemos decidido ser independientes y soberanos en la construcción del país que conviene a nuestro pueblo y no a los intereses de capitales extranjeros ni locales; porque trabajamos para crear conciencia social dentro de todos y cada uno de los hombres y mujeres que integran nuestra sociedad, y más allá de los que forman parte del gran contingente de trabajadores, en torno a los que se debe edificar la nueva sociedad, para lo cual la voluntad por sí sola no basta. Si no existe junto a la voluntad la comprensión del problema central, lo político y lo ideológico, la acción del adversario hará su efecto en aquel que solo cuenta con voluntad y ganas; no se puede olvidar que estamos ante un enemigo que utiliza todos los medios a su alcance, televisión, radio, prensa, cine, etc., para explotar la debilidad, el sentimiento y la sensibilidad del ser humano.

En resumen, la unidad de trabajadores y patronos revolucionarios permitirá conformar el equipo de trabajo perfecto que en la fábrica nos unifica como el arma para enfrentar las contingencias, y hacia fuera, como nación, en la contribución para desarrollar la conciencia de un pueblo dispuesto a asumir el ejercicio directo de la soberanía nacional. Como Bolívar y Chávez, patronos y trabajadores unidos, nos crecemos en las dificultades y batallaremos por la defensa de nuestro pueblo, nuestros derechos y principios con los que seguiremos fieles hasta la victoria final.

La defensa de la patria bien vale el esfuerzo que hace el gobierno nacional, así como el de nuestros gerentes y directores de las empresas del Estado, para que puedan llegar a cada hogar de los trabajadores venezolanos los alimentos y demás artículos del hogar, que el enemigo de los trabajadores hoy utiliza como arma para doblegar el espíritu y la conciencia patriótica que igualmente, resistiendo y enfrentando al enemigo, nos enseñaron a defender Bolívar y Chávez.

## La formación del trabajador

En el marco de un proceso revolucionario como el que nos empeñamos en adelantar acá en Venezuela, los trabajadores, en teoría, representan un frente de masas fundamental como autores de esta historia, pero para que ello en la práctica sea posible, deben fijarse determinadas metas, y cumplir algunos objetivos que los lleven a identificarse y mentalizarse como motor principal de las fuerzas productivas, base de todo desarrollo social. Es esta la lucha del obrero que vive inmerso en una permanente contradicción, sobreviviendo a la voracidad del capitalismo salvaje, y por otra parte, en la búsqueda de poder lograr cada día más un mayor nivel de conciencia de clase, para realmente poder cumplir con ese papel protagónico, enfrentando también una incesante campaña de planes y bombardeo propagandístico que busca mantenerlo paralizado y alienado, enajenado de su propia realidad social y los orígenes de la misma. Lamentablemente, en muchos casos esta práctica ha logrado el objetivo de confundir a las masas, no siendo pocas las ocasiones en que nos encontramos a un trabajador textilero defendiendo a un judío sionista, un obrero de la construcción defendiendo a Odebrecht, o también a uno de las Empresas Polar apoyando a Lorenzo Mendoza; es por eso que tenemos que insistir en que ni la liberación de la clase obrera, ni el enfrentamiento al explotador deben estar supeditadas a una lucha meramente economicista o a mejoras reivindicativas; elevar la conciencia de clase del pueblo trabajador es

producto de un trabajo por la transformación social de una sociedad que engaña y oprime a la clase obrera, por una sociedad que forme y eduque con base en los valores, la ética, en la confrontación de las ideas y conceptos, partiendo de la consideración y el respeto al ser humano. La necesidad de la presencia de los trabajadores en este combate diario exige la tarea de trabajar junto a las masas, en la comprensión exacta de su realidad y su papel en la sociedad capitalista, para que la pueda transformar en un sistema de cambios radicales, donde el ser humano esté por encima del capital y las relaciones que crea el mercado. Con el presidente Chávez iniciamos un largo camino hacia ese cambio, por el que debemos redoblar la marcha en el trabajo de masas y el crecimiento de los movimientos sociales para que se apoderen del conocimiento y la conciencia de su papel protagónico, y la esencia transformadora de su condición como instrumento de la lucha social. Mientras esto no suceda, estaremos amenazados de dar marcha atrás en nuestros objetivos; no se puede descuidar la tarea de formación de los obreros, campesinos y las masas en general, para lo cual se debe contar con el compromiso de los cuadros de la revolución, ganados para la función pedagógica donde la mística, el entusiasmo y la creatividad sean ingredientes esenciales en la vinculación de la teoría con una práctica, donde se luche por una mejor forma de vida, pero también por un mejor desarrollo de las relaciones de producción, por un mayor rendimiento en la entidad laboral, y la implementación de un compromiso más allá de la fábrica, por la clase trabajadora y por la revolución socialista. Es decir, asumir una actitud ante la responsabilidad como pueblo trabajador, en la defensa de la fábrica, pero también de la clase obrera, y de un país como Venezuela, que ha decidido cambiar la concepción y el rumbo de este pueblo oprimido, por un futuro de esperanza, paz y desarrollo social.

El cúmulo de retos y compromisos que tiene la clase obrera con la Revolución Bolivariana es lo que determina la obligación de implementar una planificada y organizada formación del trabajador. Así se benefician por igual tanto los trabajadores como la empresa como organización, ya que para ambos representa una buena inversión a futuro garantizando una mano de obra calificada y una mentalidad basada en la identidad y la cooperación de clase en función de crear las bases necesarias para la correcta elaboración de las estrategias de una lucha, asumida como el desarrollo de las contradicciones entre las clases sociales, en las que se enfrentan opresores y oprimidos en una lucha constante, unas veces veladas y otras abierta y franca. Es para este momento en que debemos prepararnos, fijando las estrategias, los objetivos, la determinación, los medios y métodos a poner en práctica, Entre las ventajas que esta formación del trabajador proporciona a la empresa está la cualificación del trabajador, el nivel de competitividad, producción y rentabilidad aumentando la calidad del producto y los servicios, igualmente ayuda en la investigación e innovación de nuevos productos. También contribuye a clarificar e incrementar el compromiso y sentido de pertenencia del trabajador hacia la empresa. Las ventajas para el trabajador que se ha formado son que, aparte de adquirir nuevos conocimientos, destreza y habilidades, favorece su motivación y su integración a la empresa y al resto del colectivo laboral, y lo más importante es que le permite entender la lucha de ideas como la más fundamental, al comprender que sus resultados determinan el desarrollo de la lucha de clase y todas sus formas de lucha, así como todos los avances que pueda lograr y consolidar el proceso revolucionario.

En general, la formación ayuda a que los trabajadores, a lo interno, mejoren el nivel de eficacia en su área, a que aumenten su seguridad contra los riesgos, que asuman mayores

responsabilidades, a tomar decisiones eficientes y saber resolver problemas. A lo externo, les permite entender con claridad la necesidad de derrotar al pensamiento burgués, es decir su sistema ideológico centrado en la propiedad privada, sustento del individualismo, les permite despertar su conciencia de clase obrera, de pueblo y de nación con soberanía, libre, independiente y autodeterminación. Por todas estas razones, los trabajadores y las gerencias revolucionarias deben involucrarse en forma conjunta en la obligada tarea de la preparación del elemento humano, para garantizar un desarrollo científico-técnico y también político-ideológico, así como ofrecerles nuevas oportunidades y motivaciones a los trabajadores, que se sientan valorados y respaldados por un mayor crecimiento personal y profesional, importante ingrediente para un buen clima laboral, y una mayor participación en la empresa aportando nuevas ideas en general y en mejorar la producción al sentirse parte integral del colectivo laboral, además de garantizarle nuevas oportunidades y motivaciones a todos los trabajadores, al sentirse valorados y respaldados por un mayor crecimiento personal y profesional lo que da confianza y seguridad en el desempeño de sus funciones. Igualmente, les permite conseguir el sentido social que tienen las labores y el esfuerzo que realizan diariamente. Esta debe ser la actitud, la conducta y el funcionamiento que debe reinar en una relación laboral entre revolucionarios, pensando más en el buen desarrollo del proceso productivo, asumiéndolo como un arma fundamental en este combate por la liberación del yugo de la ideología de la clase dominante, y por la emancipación de una masa laboral con identidad de clase, con ideología revolucionaria, que le facilite al trabajador la posibilidad de entender que conciencia de clase es identificar el sistema de explotación de la fuerza de trabajo; esta conciencia de clase solo es alcanzable mediante la confrontación entre el proletariado y el empresariado

capitalista, ya que la emancipación de los trabajadores como clase será obra de los mismos trabajadores, debido a que esta conciencia no llega desde afuera, sino que nace y se desarrolla en el propio movimiento de la clase, donde la palabra clave es “emancipación”, que significa liberación del yugo patronal, del pensamiento de la clase dominante. Es decir, es el proceso donde el trabajador se libera de la ideología de la clase dominante que históricamente lo ha humillado, explotado su fuerza de trabajo y vejado en su condición de ser humano; por esto, es que luchar por la revolución, no solo es necesario por ser esa la única forma de derrotar a la clase dominante, sino porque es el único medio de que la clase obrera sea capaz de fundar la sociedad socialista sobre bases nuevas. Este proceso de toma de conciencia por parte de la clase trabajadora no es un hecho inmediato, ni automático, es un avance gradual que surgirá de la participación consciente en el combate diario, en la defensa de sus derechos, lo que le permitirá entender que pertenece a una comunidad particular de la sociedad, con sus propios intereses sociales y sus propios objetivos históricos. La conciencia de clase se adquiere a través de la experiencia del obrero en la fábrica y asimilando la de otras fábricas. También, en la experiencia de los trabajadores en sus organizaciones, sindicatos, partidos, federaciones, etc. Esta toma de conciencia empieza en el puesto de trabajo desde donde se inicia el proceso de enajenación y alienación que padece mediante las estrategias de la dominación capitalista, cuya misión básica es sembrar antagonismos y hostilidades entre la masa laboral, para convertir las diferencias en instrumento poderoso y eficaz contra el mismo sector de clase, sumiéndolo en un mar de contradicciones y divisiones, terreno que bien sabe aprovechar el enemigo para desarrollar su política y doctrina capitalista. Asimismo, la conciencia de clase permite al trabajador la comprensión, para no solo entender por qué ocurren las cosas que le toca vivir en la fábrica,

en la sociedad, en el tablero mundial, sino que también lo dota de las herramientas contra la opresión, ayudándolo a participar en el desarrollo de la historia, como parte de la lucha de clase. En el mundo laboral, el empresario fomenta el individualismo para romper la unidad, individualizando las relaciones, las luchas y los acuerdos que muchas veces el trabajador los acepta porque le hace sentirse importante y parte del engranaje empresarial. Cuando el trabajador está consciente de su ubicación social y su papel en la historia, es difícil que el enemigo logre esta separación. Los sectores más explotados de la sociedad no perciben pertenecer a una determinada clase, porque existe un poder y una clase que se encargan de ello, haciendo que gran parte de los trabajadores desconozcan la conciencia de clase, menos para qué sirve, desaprovechando de esta forma el gran poder que representa su estratégica posición en todo el proceso productivo, motor del desarrollo y maquinaria económica que los hace invencibles y dueños de su destino. La clase empresarial está bien organizada, y junto a los gobiernos títeres neoliberales y oligarcas, aplican sus políticas y recetas, reformando el sistema laboral, atacando las conquistas y derechos de los trabajadores. Ellos sí saben lo que deben hacer para ser más ricos y poderosos a costa de los trabajadores; ellos sí tienen claro que no son iguales a los trabajadores, y que sus intereses son contrapuestos a estos. En cambio, a veces encontramos trabajadores con mentalidad empresarial, y muchos por ganar un salario de algún nivel, llegan a creerse clase media, renegando de su verdadera condición social y caminando de espaldas a los objetivos históricos, como instrumento motor de la transformación política de la humanidad.

## La América Latina de 2019

En los momentos en que hacemos estas reflexiones, América Latina es un volcán en plena erupción, envuelta en numerosas y sucesivas protestas en todas las calles de sus principales ciudades. Son los pueblos de un continente entero, cansados ya de atropellos, vejámenes y engaños de gobiernos peones de un neoliberalismo deshumanizado, insaciable, que no lo detiene nada ni nadie en su empeño por apropiarse de las materias primas y otros recursos de la región, para lo cual durante dos siglos el imperialismo encabezado por los Estados Unidos ha desatado en lo que ellos han considerado “su patio trasero”, guerras, invasiones, golpes de Estado, magnicidios, robos de territorios (Texas, Puerto Rico, Guantánamo); ha instalado bases militares en donde han querido, gracias a gobiernos serviles y cipayos, aplican bloqueos comerciales y financieros cuando no se cumplen sus mandatos (Cuba, Venezuela, Nicaragua, son un ejemplo de esos); el chantaje y el terrorismo de Estado lo aplican sin el más mínimo recato ni consideración de los convenios internacionales, pero sí apoyados por países lacayos, con presidentes mental, económica, y moralmente esclavizados (Panamá, Colombia, Perú, Chile, Brasil, Honduras, Paraguay y la Argentina de Macri) entre otros, que se prestan como marionetas, peones, a cumplir las órdenes del amo imperial. Aun cuando la doctrina y argumentaciones de Estados Unidos hoy son algo distintas al pasado (tampoco tanto), continúan en la misma dirección, siendo el objetivo el

mismo, el sometimiento de América Latina y el Caribe a sus intereses políticos y económicos, violando todos los derechos, tratados y normas de convivencias internacionales, con el beneplácito de organismos multilaterales, serviles, como la ONU, OEA, OMC, BM, BID, FMI, todos ellos brazos e instrumentos ejecutores de las políticas, planes y proyectos del genocida gendarme del Norte, que en los tiempos que corren, y con un desequilibrado al frente, como Donald Trump, quien cada día está más desesperado, porque aun con los retrocesos de algunos gobiernos progresistas en la región, se continúa enarbolando la bandera de la autodeterminación y soberanía de nuestros pueblos, en donde se han hecho presentes los espacios como la Celac, Petrocaribe, ALBA, que junto a los gobiernos de izquierda, mantienen un enfrentamiento digno y firme a las pretensiones hegemónicas y al tipo de relaciones que quieren imponer los Estados Unidos a los países latinoamericanos. Aun con la compra y el chantaje a la mayoría de los presidentes títeres e inmorales de la región, estos pueblos continúan resistiendo. El mejor escenario para mostrar lo que son los gobiernos neoliberales son las calles de Argentina, Chile, Perú, Colombia, Honduras, Brasil, donde los distintos sectores sociales, médicos, educadores, estudiantes, mineros, campesinos, ecologistas, pueblos originarios y muchos otros gremios, a quienes no les dejaron más alternativa que tomar las calles para defender derechos y conquistas que los gobiernos neoliberales en franca complicidad con las empresas transnacionales y oligarquías nacionales desconocen y niegan todo lo que representa justicia social y beneficios que protegen a los sectores sociales y que han alcanzado mediante grandes luchas y batallas, como las que ahora mismo están librando contra un neoliberalismo salvaje y gobiernos apátridas que llegan al poder ofreciendo bienestar al pueblo, pero que luego en el poder, sus compromisos son con los empresarios, las transnacionales

y los organismos financieros mundiales. Esta es la triste realidad de todos los países que en el continente son gobernados por gobiernos corruptos y burocráticos, los Macri en Argentina, Piñera en Chile, Iván Duque en Colombia, Juan Orlando Hernández en Honduras, los de Perú, donde unos están presos, otros andan huyendo, todos acusados y enjuiciados con suficientes pruebas contundentes; bastante diferente a los casos de Cristina Fernández de Kirchner, Lula, Correa, a quienes sin probarles nada, les han montado una cacería política, con la premeditada y orquestada intención de sacarlos del juego político, temerosos del liderazgo, arraigo y simpatías entre sus pueblos que les apoya y defiende. Como siempre, este descontento que tiene en las calles a hombres y mujeres de América Latina, tiene su origen en las ya bastante conocidas condiciones que impone el FMI a todos los países pobres que tocan sus puertas en busca de préstamos: desempleos, cero pensiones, bajos salarios, privatización de la salud y la educación, alzas de tarifas en los servicios públicos, etc. Son las recetas del Fondo Monetario Internacional que estos presidentes y los que antes estuvieron aceptan cumplir de muy buena gana, conscientes como están de que no será a ellos, sino al pueblo a quienes afectarán estas medidas de restricciones sociales, generadoras de miserias en los sectores de menos recursos económicos y uno de los principales factores del subdesarrollo de nuestros pueblos en la región. Estos momentos en que las masas expresan su descontento representan una pequeña esperanza hacia la búsqueda del camino de la insurgencia y la rebeldía organizada, que se deben aprovechar en función de incentivar y motivar a los trabajadores a la toma de conciencia sobre la lucha de clase y la pelea estratégica que debe caracterizar todo enfrentamiento entre los trabajadores y los capitalistas, incluidos sus gobiernos títeres, que por cumplir sus órdenes, solo responden a los reclamos de los sectores populares, con represión, cárceles y

desapariciones de líderes y lideresas de los movimientos sociales. Muchos de ellos pagan con sus vidas, su dedicación y apostolado de defender sus derechos, su dignidad y su firme propósito de pelear por lo que siempre han creído, su responsabilidad y su compromiso con la historia. El movimiento revolucionario en América Latina tiene la obligada tarea de llenar de contenido estratégico, político e ideológico estos brotes de descontento, ya que una de las debilidades de estas protestas en los sectores laborales es la falta de contenido estratégico y de una dirección que sepa proyectar la protesta más allá del marco de la defensa del derecho laboral que tienen los trabajadores, incorporándole el elemento que ayude a despertar la conciencia de clase, de una clase obrera que libra la batalla por la propiedad social para poner fin a la explotación, al engaño y al pillaje de quienes siempre se han opuesto a los intereses y derechos de los trabajadores. Para que estas protestas y manifestaciones cristalicen en proyectos revolucionarios, dependerá del nivel de conciencia, la capacidad de organización, de movilización y la madurez política que en estas luchas demuestre la clase obrera y su liderazgo. Es necesario una disposición socialista y revolucionaria para que estas expresiones de luchas dejen de ser esporádicas y pasajeras. El neoliberalismo, con sus políticas antipopulares y fascistas, facilita muchas veces la oportunidad para enfrentarlo; son los momentos para propagar el mensaje y la idea de la necesidad del cambio estructural, de la construcción del hombre nuevo para fundar la sociedad distinta a la capitalista. Dándole el carácter insurreccional que tienen estas protestas, marchas y tomas de pueblos y ciudades, es que podrá surgir de ellas el cambio profundo y revolucionario, para construir de forma sólida y sostenida el sentimiento y las relaciones de clase que garantizarán una dirección, metas y objetivos, hacia el rumbo que exige un proyecto político ideológico, identificado con los intereses de una

clase obrera, en constante lucha por sus derechos y por un profundo cambio social. Esto no podrá lograrse si en estas luchas la clase obrera no está consciente y capacitada con respecto al contenido político e ideológico que debe tener el enfrentamiento con la otra clase, que es la que genera todas las condiciones de injusticia social que afectan las condiciones de vida del trabajador asalariado. No se cambia el sistema si no se cambia la mentalidad; si no aplicamos nuevos métodos y formas de luchas; si no fomentamos nuevas actitudes y formas de implementar y desarrollar el trabajo político y organizativo. El esfuerzo es en vano cuando no hay impulso, y todo impulso es ciego cuando no hay conocimiento, y todo saber es inútil, cuando no hay trabajo y todo trabajo es rutinario, si no está al servicio del cambio social y la reafirmación de la conciencia social en el trabajador militante y organizado como factor del cambio social. El verdadero cambio social solo puede surgir de la ruptura con la sociedad capitalista, de esta ruptura es que puede nacer la sociedad socialista, ya que todo lo que los socialistas traten de hacer dentro del sistema capitalista, buscarán hacerlo fracasar, de allí el error de los reformistas al creer que es posible desarrollar formas socialistas de producción dentro del capitalismo. La forma más avanzada del capitalismo de Estado, que es lo que más podría acercarse al socialismo, puede propiciar el resurgimiento del capital privado con muchas más fuerzas, lejos de orientar a la sociedad al socialismo; fueron los casos de Perú con Velasco Alvarado, Egipto con Nasser. En el caso de Venezuela se sabe que la banca privada ha obtenido mayores ganancias con el gobierno revolucionario que en la Cuarta República, igualmente empresarios privados como los de la Empresa Polar, es decir, se ponen en práctica instrumentos que juegan en favor del reforzamiento de la riqueza de la burguesía, mientras se observa muy lento—por no decir ausente— la revolución proletaria.

El cambio revolucionario, aparte de la firmeza de los principios de quienes lo impulsan, también necesita de la unidad de los sectores progresistas, obviando –sin desconocerlas– las tendencias internas, pero poniéndolas en segundo plano ante el objetivo principal; ejemplos, el FSLN en Nicaragua y el FMLN en El Salvador, otorgándole el mayor compromiso al más estratégico objetivo con una dirección y conducción, con un solo compromiso y particular atención. Desarrollar una lucha que garantice los avances del proceso de cambio revolucionario. Junto a estos elementos de índole doctrinario que permiten asegurar el proceso de cambio revolucionario, también es necesario contar con una fuerza militar propia y un movimiento de masas revolucionario. Contar con el poder popular es la única forma de aguantar las presiones, bloqueos y ataques que sufre constantemente el proceso revolucionario y que obliga a hacer concepciones que en cualquier momento podrían desviar la ruta ideológica del cambio. Igualmente, la democracia proletaria que implica presencia real de las masas en el control de la economía, el control del poder político y una línea revolucionaria son los otros instrumentos que le agregan ese tinte socialista, distinto, con legitimidad social y raíces profundas a las diferentes luchas sociales y enfrentamientos de clases como los que en este momento desarrollan los trabajadores y demás movimientos sociales en las calles de la mayoría del territorio latinoamericano, enfrentando las medidas de uno de los peores enemigos de los pueblos del mundo como lo ha sido siempre el FMI.

## Huellas del FMI en América Latina

Según versión del Banco Mundial, para el año 2014 el país más igualitario es Noruega, con un índice de 25.9, y el más desigual es Suráfrica, con 63.4. En cuanto a América Latina, naciones como Honduras, Colombia, Guatemala, Panamá y Chile destacan como los más desiguales de la región según el BM: el 64.4% de la población de Honduras se encuentra en situación de pobreza y su desigualdad es de 53.7%. Brasil que es la octava economía del mundo, es la tercera en pobreza de la región, demostrando que es posible tener grandes ingresos pero su injusta distribución no garantiza acabar o reducir la pobreza, siendo esto el origen de la desigualdad. Panamá es otro de los casos especiales, ya que ha tenido un crecimiento de su economía, pero no disminuyó la pobreza. En Chile, igualmente ha crecido su economía desde los años ochenta, pero ha aumentado su desigualdad; de hecho, el 10% más rico tenía un ingreso 27 veces superior al 10% más pobre, lo que coloca a los chilenos en el puesto 14 de la desigualdad en el mundo y el sexto en la región; en resumen, los países más desiguales en el continente son: Honduras (53.7) Colombia (53.5) Brasil (52.9) Guatemala (52.4), Panamá (51.7), Chile (50.5). Venezuela para el año 2016, según su Ministerio de Planificación para ese entonces, tenía un índice de desigualdad de 0,380. Para mejor ilustración y comprensión, tenemos a Estados Unidos que está entre los más industrializados y potencia económica mundial, y tiene 42 millones de pobres.

Estas son las desigualdades que ocasiona el capitalismo que con sus políticas hace crecer la economía, pero por ser producto de la explotación de los obreros, campesinos y otros sectores pobres del pueblo, mediante el robo de los recursos y riquezas naturales de los países de la región, no hace sino agrandar la brecha entre ricos y pobres. Es decir, las políticas neoliberales solo garantizan que unos se hagan más ricos usando los recursos y la energía de otros, destinados a ser cada día más pobres. Cabalgando en el repudio a esta problemática que viven los pueblos de América Latina, han surgido grandes movimientos en el continente empezando por las revueltas zapatistas en 1994 en México, el surgimiento desde el seno del ejército venezolano de un grupo de jóvenes militares progresistas y patriotas, los piqueteros en Argentina, el Movimiento sin Tierra en Brasil, etc., dando nacimiento así a gobiernos progresistas como en Venezuela con el chavismo, Lula en Brasil, Correa en Ecuador, en Uruguay el Frente Amplio. Aun cuando ha habido retrocesos por diferentes vías en Argentina, Honduras, Brasil, Ecuador y Paraguay, estos pueblos con sus líderes y lideresas al frente, siguen dando una ejemplar resistencia que ya están dejando ver esperanzadoras luces en la Argentina, Ecuador y Brasil, en el contexto político de 2019, y enfrentándose a todas las maniobras, arbitrariedades e injusticias de las que son capaces los gobiernos neoliberales, aferrados al poder de cualquier forma y manera, lo que ha quedado fielmente demostrado con toda la farsa montada a Lula, Correa, Cristina Fernández de Kirchner y lo que ya se deja ver están tramando contra Nicolás Maduro, en el caso venezolano. Algo que no puede dejar de tener presente la izquierda latinoamericana, es que el enemigo no descansa ni se da por vencido fácilmente por eso no debemos descuidarnos y sentirnos seguros por haber ganado una presidencia, una gobernación o alcaldía, es cuando se debe entonces profundizar el trabajo con

las masas, aprovechando las pocas ventajas que pueda proporcionar la transitoria cuota de ese poder para crear mejores condiciones, mecanismos y oportunidades generadoras de conciencia y espacios políticos, con miras a avanzar en la implantación del pensamiento revolucionario y la lucha por el cambio. Hay que saber aprovechar las ventajas que a veces nos da el enemigo. Las crisis generadas por el neoliberalismo enseñan y casi se puede asegurar que vastos sectores de la sociedad latinoamericana han aprendido gracias a estas crisis, lo que se puede esperar de las políticas neoliberales. Nuevamente, hay que hablar de Argentina, Brasil, Honduras, Chile, Colombia y todos los que son y han sido gobernados por estos regímenes neoliberales. A mediados de 2019, se observó un debilitamiento del impulso del neoliberalismo, evidenciado en las calles del continente, donde el descontento popular marcha y grita sus protestas en un contexto de lo que no termina de morir, y lo que no acaba de nacer, en medio del sempiterno incumplimiento de promesas de gobiernos que llegan al poder para romper de inmediato sus compromisos de campañas electorales, esto unido a las descaradas traiciones a los principios por parte de organizaciones políticas y partidos de izquierda, que algunas veces se acomodan al poder, olvidando los objetivos centrales por los cuales llegaron a él. Estos “descuidos”, la falta de clarificar y sistematizar la lucha y el descontento popular, así como la falta de un liderazgo definido y comprometido, no han permitido que este descontento se convierta en una salida concreta hacia el poder de los sectores populares contra la barbarie de un neoliberalismo, que a su paso va generando las condiciones que nutren y dan a las fuerzas emergentes, nuevas formas de luchas sociales contra las arremetidas de un enemigo que no se detiene ante nada, y se vale de todos los recursos y mecanismos a su alcance para doblegar y someter a los pueblos del mundo. Por ahora, tres países con sus líderes a

la cabeza, y sus pueblos respondiendo, han resistido los embates del imperialismo con dignidad, unidad y el firme convencimiento de estar defendiendo lo más sagrado que tiene un patriota: su suelo, su soberanía y su derecho a ser libre y dueño de su futuro. Cuba, Nicaragua y Venezuela han sabido plantarse frente a los intentos desestabilizadores promovidos desde Washington, representando ejemplo y enseñanza para el renacimiento de la insurgencia popular en América Latina, siendo la primera enseñanza la impostergerable necesidad que tienen los partidos políticos animados por su objetivo de consolidar un proyecto de emancipación, concebir e implementar una estrategia de poder que trascienda los estrechos límites de la mecánica electoral. La evidencia en los últimos años en América Latina enseña que no se puede pretender transformar radicalmente un orden social, estructuralmente injusto y predatorio, con la sola arma disponible en la escena electoral. Se debe enfatizar en esto, tomando en cuenta que la región latinoamericana es la que presenta la más injusta distribución de ingresos y riquezas del planeta, por lo tanto no será con medias tintas ni con políticas tibias como se resolverá esta situación. Se necesita una fuerza social ideológicamente definida, empezando por una clase obrera que deje de verse como individuos aislados, compitiendo entre nosotros mismos por alcanzar un puesto de trabajo y aceptando cualquier condición del patrono, nada más por conservar el empleo. El compromiso del momento precisa de una clase obrera unida y con la claridad política que le permita dar el salto, identificándonos como clase social, que tiene en sus manos todos los medios de producción y el conocimiento para poner en marcha el cambio social hacia la sociedad sin explotados ni explotadores. En el caso de los tres países mencionados, la arremetida del imperio ha estado a la orden del día; fuerte, despiadada y en todas direcciones; es un enemigo que no escatima esfuerzos ni recursos, no acata

normas ni respeta acuerdos y cuyos principios son imponer su ley por la fuerza, valiéndose de su poder militar, la complicidad de organismos serviles como la OEA y sectores apátridas que buscan asumir el poder apuntalados por fuerzas externas movidas por intereses económicos contrarios a las aspiraciones soberanas de los pueblos latinoamericanos. Aquí ha quedado demostrado una vez más, que el trabajo político-ideológico desde el interior de los movimientos sociales, sigue siendo la garantía de fortaleza en la resistencia a las políticas imperiales, pues han sido las masas en las calles de Bolivia, Nicaragua y Venezuela, los pueblos conscientes de su compromiso con el proceso revolucionario, que han dado un significativo ascenso a las luchas de masas, haciendo retroceder las intenciones golpistas, reaccionarias y criminales, que lamentablemente, han cristalizado en otras partes como en Honduras, Paraguay, Brasil, donde gobiernos con gestiones con mayor énfasis asistencialistas que programáticas, no han permitido construir una alternativa política propositiva para contrarrestar las políticas antipopulares neoliberales. Igualmente, esta posibilidad en algunos países de América Latina, incluidos aquellos donde han triunfado los partidos de izquierda, se ha visto afectada por la convergencia de tres fallas íntimamente relacionadas: la fragilidad y fragmentación de la clase obrera y otros importantes sectores de la sociedad civil, la inmadurez de la conciencia política sobre lo que se debe desarrollar con y hacia los movimientos sociales en el momento en que se es gobierno, y finalmente, el predominio absoluto de la espontaneidad como modo normal de hacer política. Ha sido la mayor profundización política, el oportuno, permanente, y bien dirigido discurso revolucionario de una dirigencia definidamente comprometida con el cambio social, así como el compromiso con los sectores populares, asumidos por Chávez, Nicolás Maduro y Daniel Ortega, lo que ha hecho la diferencia en los

resultados de los intentos de acabar con estos avances revolucionarios; las experiencias de Dilma Rousseff y Lula en Brasil, Lugo en Paraguay, Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, Zelaya en Honduras y Correa en Ecuador, nos hablan de que si no logramos que los movimientos desarrollen un tipo de conciencia que les permita trascender los límites que les impone la inmediatez, difícilmente podrá haber práctica de masas emancipadoras o revolucionarias. Solo una teoría que diga y demuestre que otro mundo es posible logrará el despertar revolucionario de millones de hombres y mujeres que surcan las calles de este continente, tras el derecho y la justicia que por años se les ha negado; ante la ausencia de estos objetivos, la respuesta ha sido la resignación y la desesperanza.

## Guerra es guerra

Sería bueno que terminemos de comprender que estar en guerra es estar peleando con alguien que no nos quiere y que tampoco nosotros queremos, que ese que no nos quiere tratará de hacernos la vida imposible utilizando todos los recursos a su alcance, sin piedad ni humanismo alguno, ni respeto por ningún derecho humano. Es entonces cuando nos asiste a los agredidos el legítimo derecho a la defensa, acción en la que debemos aprovechar todas las oportunidades que se nos presenten. Sabemos o deberíamos saber que desde el primer momento en que decidimos no acatar las órdenes del imperio y sus administradores, llámense Bush, Obama, Trump, etc., ellos buscarían todas las formas para atacar a nuestro país de todas las maneras que les sea posible, política, económica, militar, cultural, etc.

Venezuela, una nación enfrentada a países que no aceptan que ejerzamos nuestro derecho a ser independiente, tiene la necesidad de construir una fuerte resistencia ante unos enemigos que han mostrado la capacidad de salvajismo y cinismo con que actúan, al margen de todo derecho y consideración civilizada. Esta resistencia tiene que comenzar con la preparación de la población venezolana en cuanto al momento que estamos viviendo, cual es la esencia y basamento político que mueve y justifica la posición del país en este enfrentamiento político, tanto en lo nacional, como en el aspecto internacional. Esta pelea por la soberanía nacional no es una pelea nada

más del gobierno de Nicolás Maduro, ni del PSUV, ni del Polo Patriótico; este conflicto es un problema de todos los venezolanos que se sienten dueños de su territorio, identificados con su pasado, su presente y que sus más hermosas esperanzas las tienen puestas en su futuro. Algo hemos avanzado en este campo pero no podemos desmayar, hay que continuar trabajando sin descanso para incorporar al pueblo en forma protagónica activa y presencial en todas las tareas y misiones encaminadas a la defensa de los principios y valores patrios, objetivo que solo alcanzamos concientizando a todos los hombres y mujeres que sufren las consecuencias de la acción criminal del imperio, nada más porque no aceptamos ser sus vasallos y sumisos servidores. Necesitamos hacer de este pueblo un ejército homogéneamente compenetrado con la realidad del país, identificado con su posición política y su visión de lo que son las prioridades y las metas, principalmente en lo político, en lo económico y social, que sea capaz de sufrir con dignidad y moral revolucionarias las dificultades de unas groseras y arbitrarias medidas, que tienen como fin caotizar nuestra existencia y el normal desarrollo de nuestras vidas, para doblegarnos y humillarnos como imperialistas que son. Con principios y conciencia de clase hagamos de las dificultades las más claras razones para que el enemigo sepa que nada de lo que hagan nos llevará a cambiar de opinión en cuanto a lo que significa el capitalismo para los pueblos pobres, menos en época de coronavirus, en la cual vemos cómo actúan, y cuáles son sus prioridades. Que no nos sorprendan más las medidas de quienes no son más que unos asaltantes con la razón de la fuerza, el atropello y la violación de todas las normas que rigen las relaciones humanas. Nos alarmamos cuando se robaron Citgo, cuando nos quitaron el oro en el Banco de Inglaterra, cuando nos prohibieron las relaciones comerciales con el resto del mercado mundial, ahora nos sorprendemos porque nos quitan la llamada Directv.

Que no nos sorprenda nada de lo que hagan quienes a falta de argumentos válidos y justas razones tienen que acudir al chantaje, al robo y a las acciones propias del criminal desalmado y ruin asaltante de la comarca. Tengamos claro que nuestro enemigo se ha preocupado por ser poderoso en lo militar, en lo económico, y en lo político, con la finalidad de someter y dominar a los demás países del mundo. No se preocuparon por ser fuertes en salud, educación, en humanismo, en cultura, etc. Eso no les sirve para actuar como dueños y señores del mundo, atropellando y violando todos los derechos que supuestamente existen para la convivencia y las buenas relaciones entre los pueblos. A los venezolanos lo que nos corresponde es continuar el trabajo para ser cada día más independientes, venga lo que venga y crear las condiciones para que nuestro pueblo entienda qué es lo que está en juego, y que además esta guerra y sus consecuencias no es algo pasajero; es decir, que un buen día despertaremos y ya no habrá bloqueo, ni presiones, ni las ilegales medidas, y sin más ni más nos devolverán los miles de millones de dólares robados a la nación. No, así nunca será, es importante tener pleno conocimiento como afectados que somos de que la situación del pueblo venezolano es algo para rato, porque no es algo en donde llegamos a un acuerdo y se acabó, o que vamos a tranzarnos o negociar, menos a rendirnos. La dignidad no se negocia y los principios y los valores patrios están por encima de cualquier acuerdo, por eso preparémonos todos para una lucha de larga resistencia, porque estando conscientes como lo estamos de que nos asiste la razón y el derecho, vamos a resistir y pelear ese derecho. Que sepan que estamos dispuestos a defendernos como históricamente lo han hecho los patriotas venezolanos, que al grito de “Primero muertos que de rodillas”, derrotaron a quienes pretendieron hacernos sus esclavos en nuestra propia tierra. Hay que hablarle al pueblo para construir opinión y criterios sobre

todas estas medidas injerencistas, que no son juego, las sanciones no son un mito, forman parte de una agresión por ser rebeldes, por querer ser autónomos y dueños de nuestro destino y futuro. En toda batalla la mejor arma es la conciencia del soldado, y el pueblo venezolano necesita saber por qué lo hacen pasar hambre, por qué le quitan las medicinas, por qué le roban sus reservas y sus empresas en el extranjero, por qué le sabotean el suministro de su gasolina. Es verdad que somos un país petrolero, pero el petróleo no es gasolina; esta necesita más de 200 hidrocarburos, compuestos químicos que la conforman, la mayoría producidos por Estados Unidos e importados desde ese país. La política implementada para confundir al pueblo es difundir los efectos sin hablar de las causas. Eso sabemos que no lo harán porque las causas son ellos, su odio, su racismo, su mentalidad colonialista y su naturaleza imperialista. Saber por qué, y de dónde vienen los ataques a la patria, nos dota no solo de conocimiento, también de espíritu patriótico, dignidad y principios revolucionarios, así como de la moral y los valores suficientes para hacerle frente a quienes solo los mueve un interés mercenario, una mentalidad servil, cipaya y apátrida en esta batalla. Que nuestro esfuerzo cada día sea mayor por la unidad, la preparación política y la organización del pueblo en torno a la convicción de que estamos en el camino correcto para la defensa de la patria hoy, al igual que ayer lo hicieron nuestros antepasados que enfrentaron a los imperialistas europeos, tan criminales y racistas como los que hoy nos toca enfrentar a nuestra generación. Un pueblo consciente jamás será confundido ni mucho menos manipulado por el enemigo. Que ya no vemos más Directv, está bien. Que ya no podemos beber whisky como antes, muy bien. Que ahora no conseguimos el queso holandés ni el vino francés, okey. Que ya no disfrutamos aquel bacalao con papas al vapor, no importa. Que tenemos que olvidarnos de la olorosa punta

trасera a la brasa y la espumosa cerveza fría, perfecto. Que los zapatos de marcas, los originales *blue jeans* y las finas chaquetas ya no llegan, mala suerte. Bueno, imperialistas hijos de... la mala madre, sepan ustedes que tampoco se llevarán más nuestro petróleo al precio que ustedes pongan, que ya no dispondrán de nuestros recursos cuando y como ustedes decidan. Que ya no darán más órdenes ni cursos de dominación ni torturas a nuestros militares. Que no podrán seguir interviniendo en nuestras relaciones con otras naciones ni organismos internacionales. Que no se meterán más en las negociaciones de nuestros productos con otros países. Bueno, sabrán entonces que ya les dijimos *Yankee go home*, entiendan de una vez que nada de lo que nos quiten se compara con la satisfacción de ver nuestra patria libre de la bota yanqui, que tanta miseria ha ocasionado a los pueblos humildes y tanta sangre inocente ha derramado en el mundo.

## ¿Quién paga los platos rotos?

Conscientes como estamos de que los efectos de esta crisis producto de la pandemia va a generar cambios y desajustes en todos los sistemas que integran el complejo mundo de las relaciones humanas y, por lo tanto, en las diferentes áreas del acontecer nacional e internacional, debemos estar alerta y prestar mucha atención a las intenciones que ya tempranamente se dejan oír en algunos escenarios. Una vez más estamos en presencia de la malsana costumbre de querer que la reconstrucción de todo el aparato productivo impactado por la COVID-19 recaiga en las espaldas de los trabajadores, continuando con la práctica del capitalismo que jamás arriesga nada, que no aporta, sino antepone sus ganancias e intereses, porque el capitalismo lo único que está dispuesto a repartir con los trabajadores son las pérdidas, nunca las ganancias. La postpandemia con sus nuevas realidades nos impone asimilar la necesidad de enfrentar en cada lugar donde haya un trabajador, un sindicato, una central de trabajadores y más allá, en todo el mundo, la pretensión de que los sacrificios y los esfuerzos para recomponer la maquinaria de la economía recaigan sobre los trabajadores. Los despidos indiscriminados, los salarios de hambre, la precariedad en las condiciones de trabajo son parte de las medidas que ya tienen en mente aplicar los capitalistas para reflotar sus empresas, basados en la explotación y en el atropello a la clase trabajadora. Si la reconstrucción del aparato productivo requiere esfuerzo y dedicación,

tiene que ser un compromiso de todos ya que el impacto de la crisis nos afecta a todos. También, de todos es la responsabilidad de reconstruir y fortalecer la economía. Basta ya de que sea el pobre el que tenga siempre que dejar de vivir mejor, de comer mejor, de trabajar mejor. Los líderes y dirigentes clasistas estamos comprometidos a defender el derecho de la clase obrera a un trato justo y a unas condiciones dignas de trabajo, de respeto; empezando por la estabilidad laboral. En el futuro de la clase trabajadora se cierne otra pandemia, la de las violaciones, la del desconocimiento a los derechos sociales, la de la persecución y negación a la protesta. Aquí está pues, la oportunidad para que los trabajadores organizados en todo el mundo construyamos una respuesta pensada y estudiada a nivel global, en rechazo a que sea la masa laboral quienes sufran en mayor grado las consecuencias de la COVID-19. Esta respuesta debemos asumirla a los niveles que corresponde la gravedad del caso, desde el más humilde sindicato y central de trabajadores, hasta la Federación Sindical Mundial. Debemos redoblar los esfuerzos en este objetivo, ya sea a través de conferencias, foros, concentraciones y todo tipo de manifestaciones y contactos con los trabajadores. Esta es la tarea más urgente que deben asumir los trabajadores del mundo como un solo hombre, en rechazo a esta conducta antitrabajador. Que la clase obrera no se cierre a la búsqueda de fórmulas y metas encaminadas a crear mecanismos para retomar y fortalecer el aparato productivo está muy bien, pero tampoco deberá cruzarse de brazos ante un empresariado parasitario, enemigo de los derechos de los trabajadores. El sacrificio que haya que hacerse ha de ser un sacrificio y un esfuerzo de todos. Asimismo, el rechazo, la protesta y la contundente respuesta, tienen que ser de todos los trabajadores en cualquier parte donde se cometa la injusticia y el atropello. Sabemos que no podemos reunirnos físicamente, pero que ello no sea motivo para evitar

que impulsemos iniciativas en contra del capital, que pretende utilizar el impacto de la pandemia para restablecer en forma más autoritaria su dictadura sobre los pueblos. Esta respuesta digitalizada debe convertirse en un importantísimo aporte que ayude a facilitar la coordinación y solidaridad internacional de nuestras luchas antiimperialistas y que al mismo tiempo represente un instrumento que debemos ir construyendo mediante una sólida integración, que fortalecerá las luchas de todos los trabajadores ante las agresiones capitalistas, de negarle siempre a la clase obrera el derecho a disfrutar a plenitud el producto de su fuerza de trabajo, su preocupación y sus deseos por construir un mundo distinto al capitalista. El mundo socialista que sí es posible, con la conciencia, la claridad ideológica y la participación política de las clases populares, los campesinos e intelectuales de izquierda organizados.

## En tiempos de pandemia: triste historia de los pobres pueblos en los ricos países capitalistas

Durante décadas, filósofos, teóricos, demás pensadores y estudiosos del campo político se vienen enfrentando, debatiendo las diferencias que existen y caracterizan los dos modelos y visiones que están muy presentes en el escenario de las definiciones y posiciones políticas, como lo son el socialismo y el capitalismo. Se han escrito muchos libros y textos, incontables han sido las discusiones y ponencias sobre lo bueno y lo malo de estos dos modelos, que se contraponen defendiendo cada uno su contenido político e ideológico.

Tenía que presentarse una tragedia mundial conocida como el coronavirus para que todo eso que durante años ha sido motivo de discusión, debate, violaciones, asesinatos, cercos de todo tipo, bloqueos e invasiones, quedara tan claro, que posiblemente ahora les será más fácil a muchos visualizar la diferencia de los dos modelos, las dos visiones de entender y atender las necesidades que se le presentan a la humanidad en su desarrollo, derecho y deseo de superación. Al menos, a Emmanuel Macron y Angela Merkel parece que se les aclaró un poco más esta situación, por las declaraciones que dieron al mundo.

Por una parte, el capitalismo neoliberal como se expresa en Estados Unidos, Italia, España, Alemania, Brasil, Colombia, entre otros, donde el capital está primero, en contraposición al socialismo, o los países con regímenes progresistas como

China, Rusia, Cuba, Nicaragua, Venezuela, cuyos gobiernos anteponen el ser humano por sobre el interés del capital, la ganancia y el lucro del mercado. El mundo capitalista se mostró incapaz para responder a sus pueblos ante la emergencia de salvar la propia especie humana, mentalizados y acostumbrados a preocuparse por atender las corporaciones y jamás las necesidades y derechos del pueblo. La disputa que históricamente ha estado en el centro del debate entre el socialismo y el capitalismo quedó bastante evidenciada en la forma como se asumen las respuestas a un reto de esta magnitud, y que lo corroboran las opiniones de los ya mencionados máximos exponentes del capitalismo mundial, como lo son el Presidente francés y la Canciller alemana, un dúo muy activo en la Unión Europea y del cual nadie podrá tener la menor duda de su compromiso con el imperialismo. Las declaraciones de estos dos mandatarios dejaron perplejos a tirios y troyanos, al reconocer lo equivocado de la tesis neoliberal al privilegiar los intereses capitalistas y el desarrollo del mercado, dejando a un lado la seguridad social, la educación, la salud de los pueblos y demás compromisos con la sociedad. Importante hacer notar que precisamente algo tan propio de las políticas neoliberales como lo son las epidemias, las endemias y pandemias, (producto del descuido y la exclusión del ser humano), haya logrado lo que durante largos debates y confrontaciones entre teóricos y agudos analistas no fueron capaces de lograr, y que es que Macron y Merkel llegasen a entender que hay necesidad de destinar más recursos a la atención social, que la atención a la salud no se puede dejar solo en manos privadas, desentendiéndose el Estado de algo que es su directa responsabilidad y obligada competencia. ¿El mundo “socialmente sensibilizado” tendrá que agradecer al coronavirus por su contribución a clarificar y exponer abiertamente la diferencia entre los dos modelos contrapuestos? Porque fue precisamente con la

conducta neoliberal y la mentalidad capitalista como se atacó este flagelo tanto en Europa como en Estados Unidos, Brasil y Colombia, que se permitió que este virus se extendiera de forma tan alarmante y causando miles de muertos. Muy lamentable que hayan tenido que morir muchos seres humanos humildes, para que algunos jefes del mundo capitalista puedan darse cuenta de que si no se humanizan los recursos, los sentimientos y las decisiones políticas, el mundo será cada día más vulnerable ante tantos enemigos naturales, biológicos, y los que crean las mentes enfermas que hasta en la muerte ven el lucro y la riqueza. La pandemia del coronavirus, ha servido para demostrar que tal vez el peor enemigo de la humanidad es esa sociedad sin ética ni valores, sin conciencia social y sin el más mínimo sentido de solidaridad con sus semejantes. Nos referimos a la sociedad mercantilista, egoísta, contraria a la esperanza y al derecho a una vida plena y a la responsabilidad de mantener la sustentabilidad y continuidad de la especie humana en el planeta. Se han podido comprobar los efectos que genera la voracidad desmedida del capitalismo, que prefiere amasar y ahorrar fortunas que invertir los recursos económicos que se necesitan para garantizar el empleo, el bienestar y hasta la vida de los ciudadanos del mundo. Es así como responde la enfermiza mentalidad neoliberal, que se niega a entender la necesidad de un mundo donde las relaciones y vínculos entre los pueblos deben estar basados en la cooperación mutua, la solidaridad y el intercambio desinteresado, donde el humanismo favorece la sana, constructiva y hermosa conformación de un mundo que permita el nacimiento de pueblos con conciencia social, mentes solidarias y dispuestos siempre al trabajo, en función colectiva y no individual, totalmente diferente al capitalismo hambreador, depredador y destructor de las mejores relaciones y condiciones de vida. Solo un pueblo organizado, preparado y formado ideológicamente con valores y principios

comunitarios, puede volcarse en función de un determinado objetivo y una emergencia que requieren rápidas respuestas, así como de participación y aportes, siempre en función de sus semejantes. Es el caso del pueblo chino, tal vez el único capaz de construir en forma récord dos hospitales en apenas dos días, y habilitar otras infraestructuras como gimnasios y centros de exhibiciones, para contar con 10.000 camas, a fin de atender a pacientes del coronavirus. Esta pandemia les afectó con devastadores resultados, pero lograron combatirla en forma exitosa y ejemplar para el resto del mundo, con mística, vocación de servicio y sacrificio patriótico. Es dentro de ese mismo criterio y respondiendo a un sentimiento más humanista que mercantil, que el gobierno cubano ante el flagelo del virus, sin pensarlo mucho desplegó brigadas de médicos y otro personal técnico y científico, para tenderle la mano a países afectados como Italia, China, Venezuela, Brasil, Nicaragua, Jamaica, siguiendo la tradición solidaria del gobierno revolucionario cubano, que lo caracterizó desde sus primeros inicios y de lo cual muchos pueblos del mundo pueden dar fe. Otro caso que marca la diferencia entre el socialismo y el capitalismo es la negativa de cinco países neoliberales de permitir el ingreso a sus costas a un barco con seiscientos turistas británicos a bordo, y con cinco afectados con el virus, que con urgencia precisaba atracar en algún puerto para darles la debida atención a sus pasajeros. Poco les importó el peligro de muerte de estos seiscientos seres humanos concentrados en el crucero. Una vez más fue el pensamiento humanista del gobierno cubano el que le otorgó el permiso al buque británico para que arribara a uno de sus puertos y allí recibieron todos la atención médica requerida. Cabe destacar que entre los cinco países que negaron la entrada al barco británico se encuentra Estados Unidos, eterno aliado de Inglaterra, cuando de agredir, bombardear, violar embajadas e invadir otros pueblos se trata. Aquí se pudo apreciar

cuál es la calidad de las relaciones entre los capitalistas, que sirven solo para unirse cuando aplican sus políticas imperiales, pero para propósitos en beneficio de la humanidad, ni entre ellos mismos funcionan esas relaciones.

Mientras que en Brasil, Chile y Estados Unidos se les cobra a los afectados por la pandemia la asistencia médica, en Venezuela, médicos venezolanos y cubanos van a las casas a atender a los enfermos, dándoles el tratamiento que necesitan totalmente gratis. Esta pandemia ha servido para que el mundo pueda comprobar que los países con regímenes progresistas, con una concepción humanista y gran valoración de la ética y la moral revolucionarias, no necesitan de grandes desastres, ni hacen diferencias de ideologías para que todos los necesitados cuenten con su disposición a contribuir y apoyar en busca de las soluciones a las situaciones y problemáticas que se les presenten a los seres humanos en determinados momentos. Es esta una conducta propia de quien pone al ser humano por delante del capital y los resultados del mercado. En el caso de los Estados Unidos, donde los trabajadores prefieren correr el riesgo del contagio ante el temor a perder su trabajo está presente esta situación, ya que el gobierno no les garantiza su estabilidad al suspender las labores. En ese mismo orden, los presidentes Bolsonaro, Trump, Duque, al igual que los de Italia y España, se burlan de las medidas que otros toman sin siquiera molestarse por ver las consecuencias por demás trágicas de esta irresponsable actitud, que determinó el aumento desmedido de muertes que muy bien pudieron haberse evitado, si los aportes financieros destinados a la salud no se vieran como un gasto, sino como una inversión obligada y necesaria para garantizar el bienestar y la vida, lo más sagrado con que cuenta el ser humano, pero los intereses de los grandes capitales no conciben sacrificar sus ganancias. Bien claro lo dejó el presidente Trump cuando sin ningún tapujo señaló: “Sacrifiquemos

algunas vidas, antes de sacrificar al país, paralizándolo por el coronavirus”. Esta es la causa de la gran mortandad en Estados Unidos por la pandemia. Así pues, el mundo ha podido comprobar en los hechos que mientras un modelo opta por atender a su gente y poner los adelantos científicos, técnicos, así como los recursos económicos al servicio de la humanidad, el otro trabaja para y por las corporaciones, cuidando y defendiendo sus intereses, aun cuando sea a costa de la vida de los que menos tienen. Aquí es cuando se hace real aquello que solemos comentar y que es cómo juega el capitalismo con el derecho a la vida de los trabajadores, para defender sus ganancias y fortunas; no es otra cosa que la defensa del capital, sin importar las consecuencias que se les ocasionen a los hombres y mujeres que con su trabajo lo han acrecentado. Esta concepción es lo que llevó a Donald Trump en medio de la pandemia, a elaborar un plan para resguardar a las empresas afectadas por las medidas, mientras que los trabajadores y pueblo en general tendrán que arreglárselas como puedan, ya que en Estados Unidos el tratamiento de este virus vale 30 mil dólares, cifra que un Estado capitalista neoliberal no contempla entre sus obligaciones atender. Es la misma conducta asumida por los gobiernos de Brasil, Colombia, Chile, Perú, Ecuador y todos los que giran en torno a la órbita neoliberal, de allí los resultados con efectos dramáticos en los sectores de menos recursos económicos, producto de la forma muy capitalista e imperial como se afrontó este compromiso por la vida y la valoración de los seres humanos. Ojalá hayamos aprendido algo bueno de esta costosa experiencia. Por lo pronto quedan algunas interrogantes, entre ellas: ¿cómo se pagará la gran deuda que va a generar el reacomodo de la economía mundial afectada por la pandemia?, ¿en los hombros de quién recaerá el mayor sacrificio en este reacomodo financiero? En las respuestas a estas dos preguntas, y mientras domine el modelo capitalista neoliberal,

déjennos ser un tanto pesimistas. Lo cierto es que el imperialismo y el socialismo se volvieron a enfrentar en un difícil escenario cada uno con sus armas: el socialismo con el amor y la solidaridad por el ser humano, con la sensibilidad social, la hermandad y espíritu colectivo en las soluciones a la problemática que aqueja a la humanidad. El capitalismo por su parte, con la exclusión, el interés del capital, las ganancias del mercado, el odio y la violencia de la sinrazón. Las armas del socialismo una vez más demostraron mayor eficacia en esta batalla por la vida, por el normal desarrollo y bienestar de todos los seres con vida que poblamos el planeta Tierra. Preocupa a la gente de buen vivir el futuro de continuar con esta visión capitalista de conducir las relaciones humanas. Así al mundo le esperan muchas pandemias y otras tragedias, algunas ya asomadas producto del cambio climático y otras incidencias, producto también de esta manera tan irresponsable y mercantilista como la mentalidad capitalista ha venido destruyendo este planeta, donde el odio, la concepción colonial y la ostentación determinan la dominación del fuerte contra el débil. En el caso de los trabajadores y trabajadoras en general, tenemos la responsabilidad de tomar debida nota de esta realidad, con esta han sido muchas las ocasiones para comprobar la esencia de estos dos modelos contrapuestos, donde se enfrentan dos visiones, maneras y formas de ver el mundo, y de cómo han de ser las relaciones entre quienes lo conforman. En lo que todos estamos claros en estos momentos, es que la pandemia global desajustó y distorsionó la economía mundial, que habrá que hacer muchos reajustes y reconfiguraciones para que retome su ritmo. Esta será otra batalla del socialismo contra el capitalismo y desde ya convocamos a los trabajadores de América Latina a estar preparados, porque el capitalismo querrá hacer como siempre ha hecho: “repartir entre los pobres las pérdidas, pero jamás las ganancias”. En 2020 el mundo asiste a un

evento donde el capitalismo pudo dar sobradas muestras de cómo trata a sus pueblos y lo egoístas que son entre ellos mismos; que lo que globaliza es la miseria, la discordia, la violencia y la división entre los seres humanos. Mientras las ayudas y la solidaridad llegan desde China, Rusia, Cuba y Venezuela, los neoliberales no solo no son solidarios, sino que obstruyen y boicotean a los que pueden y quieren dar a otros países. Este virus posiblemente puede que introduzca muchos cambios en la visión y concepción sobre la necesidad y el deber de una sociedad civilizada, humanizada y con sentido social, de atender y defender los beneficios sociales a los cuales tiene derecho la humanidad toda, indistintamente de la filosofía política que profese.

La pandemia del coronavirus de seguro viene a transformar nuestra visión de lo que deben ser las relaciones entre los seres humanos. Estamos obligados a aprender más sobre los valores y las relaciones sociales que de las ganancias y los intereses capitalistas. En el caso concreto de los trabajadores y su dirigencia, hemos podido comprobar la importancia de la identificación y la defensa de nuestros propios intereses como un sector donde la solidaridad, la reciprocidad y la hermandad se diferencian del odio y el egoísmo que está presente en la mentalidad capitalista-neoliberal. Esta experiencia de vida, esta conmoción que estremece los cimientos de las sociedades todas, de sus instituciones, nos lleva a vivir en carne propia lo injusto de la visión capitalista hacia la masa trabajadora. Una visión que retrata al capitalismo exactamente como es y como siempre será, que ilustra con dramático realismo que no son historias de cafetines, ni caprichos de intelectuales revoltosos, eso que filósofos y estudiosos de las ciencias sociales llaman la división de clase, expresada en la permanente lucha entre quienes han vivido siempre a expensas del esfuerzo y el trabajo de las grandes mayorías excluidas y marginadas, y estos

sectores de obreros, campesinos y asalariados en general, que en determinado momento deciden no continuar bajo el yugo de quienes se apropian de un bien y unos recursos que por derecho pertenecen a toda la sociedad. Entre tantas evidencias de lo deshumanizado que puede llegar a ser el capitalismo resalta en momentos de pandemia el derecho a la vida, la necesidad de la asistencia médica y la atención sanitaria al que están obligados los Estados y gobiernos con sus pueblos y comunidades, sin discriminación ni exclusión de ningún género. Para el capitalismo nada está fuera de su lógica. El interés, la ganancia y las ventajas del mercado están primero que los derechos sociales y la necesidad del bienestar de la raza humana. Al igual que en las guerras que él mismo fomenta, este capitalismo y su neoliberalismo no está dispuesto en la presente crisis mundial a sacrificar nada ni a correr ningún riesgo: ¿que se tiene que morir alguien? Según su lógica: “¡que sean los trabajadores! Hay que sacrificar a los sectores de menos recursos; pero las fábricas, las transnacionales y los grandes emporios industriales no pueden cerrar porque se afecta la producción y bajan las ganancias”. ¿Que los profesionales de la salud se contaminan y mueren cumpliendo con su deber de brindar la debida atención médica? “Es una lástima, pero no hay recursos para dotar al personal sanitario de los implementos que resguarden las vidas de tan elemental sector de profesionales”. ¿Que lo grave de la situación presenta un reto sin precedente y por lo tanto hay que hacer un alto en la diatriba política e ideológica, para enfrentar la contingencia de forma conjunta? “Sí, humanamente debería ser así, pero Estados Unidos no puede dejar de continuar con las sanciones a Cuba, Venezuela, China, Irán, Rusia. Igualmente, tiene que suspender la ayuda al fondo de la Organización Mundial de la Salud (OMS) por no estar este organismo de acuerdo con Trump, en cuanto a que es China la responsable en el mundo de la aparición de la COVID-19”.

¿Que en Estados Unidos mueren más de mil personas al día por el coronavirus? “Muy lamentable, pero en este país Trump y sus gobernadores están muy ocupados enfrentados en férrea pelea por ver quién determina cómo afrontar el problema de la pandemia”. ¿Que el virus afecta a todos los estratos sociales? “Es cierto, pero le dio al primer ministro británico Boris Johnson y hasta un representante de la realeza española se contagió con el virus; pero para ellos hubo insumos, tiempo y atención”. También vale la pena significar que por esas casualidades no tan casuales en Nueva York el mayor porcentaje de los fallecidos son de origen latino, seguido de los afrodescendientes, tan discriminados como los cubanos y venezolanos llegados a Florida, huyendo de supuestos gobiernos déspotas, totalitarios y miserables. Paradójicamente, estos sectores emigrantes, han tenido que lanzarse a la calle en busca de comida y artículos de consumo diario, que ya no están a la mano. El capitalismo no puede actuar de otra manera ni ante esta emergencia ni ante ninguna otra que se le presente. Privilegiar el capital, la plusvalía y los dividendos ante la justicia social y los derechos de los humanos es su naturaleza.

Trump, Macron, Angela Merkel, Bolsonaro, Uribe, Duque, Lenín Moreno, Piñera y todos ellos, no es que sean unos hijos de..., el demonio, no. Lo que son, es una clase de gente sin sentimientos ni valores de humanidad, carentes de sensibilidad social. El que no es capitalista, es su cipayo como Duque, Lenín Moreno y otros tantos en América Latina; actuando como sus empleados bien pagados, para que defiendan sus intereses; la mayoría de las veces, traicionando a sus pueblos, como pasa en Colombia, Perú, Honduras, El Salvador, Chile, etc., etc. Estos son los enemigos de los gobiernos progresistas, los que llamándose democráticos prefieren dejar morir al pueblo en las calles, como en Ecuador, antes que afrontar junto a él, la pandemia. Colombia y Chile rechazan ayudas

de países como Cuba y Venezuela, por prejuicios ideológicos. Anteponen sus intereses políticos porque no son ellos los afectados, los necesitados.

El mundo postpandemia va a requerir de una conciencia mundial más “limpia y sana”. Una mentalidad para asumir los compromisos con la humanidad menos contaminada de prejuicios y dogmas de uno y otro lado. Ya tenemos claro cómo actúa en la práctica el neoliberalismo y el capital. Ya no es que lo leímos, que lo oímos, no. Lo vivimos con la gente en la calle, clamando por ayuda para enterrar sus muertos en Ecuador, con Bolsonaro en Brasil, burlándose del problema del pueblo, mientras la pandemia hace estragos en los sectores pobres de esos países. Lo palpamos en un Trump arrogante y agresivo, mientras Estados Unidos rompía récord de contagiados y fallecidos. Tendremos que cambiar muchas cosas, entre ellas, la forma de entender y gestionar los derechos sociales del ser humano, pues hemos podido ver el colapso del sistema de salud en un modelo que solo lo anima la controversia y el ventajismo político; ajeno a toda consideración de tipo social, en donde la condición humanista que debe caracterizar e identificar las acciones del hombre y la mujer sobre la tierra, desaparece ante la supremacía imperial del capitalismo hambreador, deshumanizado y depredador. No obstante esta cruda realidad, algo se vislumbra al final del túnel; hay una luz que debe animar a nuestros pueblos a construir una sólida integración continental, con ese material humano, que también dejó al descubierto la pandemia del coronavirus, que de la misma forma que puso en claro la esencia excluyente, egoísta y mercantilista del sistema capitalista, también dejó ver y estimuló en los sectores populares, el sentimiento solidario que emerge desde el interior de los seres humanos, identificados con los valores y principios de quienes buscan en la unión y el esfuerzo colectivo, creador e innovador, el bienestar de la humanidad.

Y es que al lado del dolor y la preocupación por los estragos de la COVID-19, también hemos vivido la hermosa experiencia de ver cómo algunas comunidades y sectores organizados, mostraron su lado solidario, generando mecanismos e ideas, en función de la cooperación y apoyo mutuo, ayudando de distintas maneras a los afectados, conscientes de que solo juntos vamos a salir victoriosos de esta batalla. Algunas muestras del nacimiento de ese espíritu solidario, surgido en distintas gentes pero con los mismos sentimientos, lo representan los médicos y paramédicos de todo el mundo; los primeros en la línea de batalla, muchos de los cuales han muerto. Junto a ellos, distintos sectores, que en sus respectivas áreas lograron unirse y coordinar experiencias y conocimientos para ayudar en la solución global. Otro ejemplo son los aplausos y muestras de cariño que reciben los médicos a su paso por parte de vecinos y pacientes. Los conciertos de diversos grupos musicales, bandas y orquestas, dedicados al mundo, en medio de la pandemia; los cantos que en balcones realizan habitantes en edificios de Italia, España y otras partes de Europa, destacando la *Bella ciao* en Italia, y por último, los taxistas españoles que trasladan en forma gratuita a los pacientes y sus familiares, desde y hasta los centros hospitalarios. Satisface ver que hay otras gentes que con su actuación nos confirman que el otro mundo sí es posible. Alentador es saber que otras mentalidades entienden y creen en otra forma de asumir las relaciones sociales y los problemas que nos aquejan. Los pueblos con ese nivel de conciencia se crecen en las dificultades, poniendo lo mejor de cada uno, para salir victorioso, sin necesidad de explotar, atropellar ni chantajear a nuestros semejantes. Esta experiencia debe servir para demostrar de qué están hechos los pueblos, contruidos con base en principios, ética, valores sociales y de hermandad; respetuosos de los derechos humanos, y nunca se doblegan ni se entregan. Se fortalecen ante

la agresión, y aprenden a ser más fuertes, más sólidos en sus principios y sus objetivos de soberanía nacional. Un pueblo que sabe lo que busca, que no se rinde, sino que promueve el descontento y la conciencia social. Entre las muchas cosas que vamos a aprender en este trance debe estar entender que los pueblos humildes somos mayorías, y que solo hace falta que tomemos conciencia de ello, que nos organicemos en el ejército de la clase proletaria, y que asumamos e internalicemos que la emancipación de los pobres solo será posible con la participación consciente de los mismos pobres; de su seno saldrán los líderes y lideresas que harán posible esta tarea.

Que los hombres y mujeres que murieron producto de la COVID-19 no lo hayan hecho en vano. Son nuestros mártires, cuyas muertes permitieron reafirmar ante el mundo que existe la necesidad de un nuevo ser humano, formado mediante la participación responsable de una sociedad revolucionaria que a diferencia de la capitalista, estará motivada por grandes sentimientos de amor y un sincero espíritu solidario, en un mundo que pertenezca a todos y para lo cual habrá que cambiar la dirección del camino, con una realidad totalmente diferente, que podremos alcanzar con el apoyo de la ciencia, la elevación de la cultura política, la movilización y participación de la clase obrera y demás sectores sociales organizados.

Mirando a través de la ventana de la pandemia pudimos ver países muy ricos cuyos pueblos fueron devastados por el virus, arrebatándoles muchas vidas, debido a la forma como se afrontó esta contingencia; lo que solo se explica por la enajenación humana, la mentalidad egoísta, la visión mercantilista y la explotación del hombre por el hombre, que rigen y definen las relaciones en el sistema capitalista. Con esto se reafirma lo que venimos pregonando durante mucho tiempo, que el bienestar de los pueblos no viene por la simple riqueza de sus países, es necesario que esa riqueza esté orientada al beneficio social,

a las soluciones colectivas y a la satisfacción de las necesidades más urgentes de las comunidades en general. Riqueza, sí, pero con visión, mentalidad y concepción, que permita acabar con la exclusión, la discriminación y la división de clase, y esto será solo posible socializando esa riqueza, concientizando a los obreros, campesinos y asalariados todos.

Se nos plantea construir una sociedad rebelde ante la injusticia, con un pueblo políticamente ubicado en su posición clasista. Así ya no habrá ricos y pobres matándonos, unos por seguir dominando, otros por acabar con la dominación. Solo habrá hombres y mujeres trabajando en comunidad por alcanzar el bienestar y la felicidad que todo ser humano merece. El mundo está plagado de experiencias y ejemplos, donde la riqueza sin conciencia social, sin solidaridad ni sensibilidad humana es un atropello al derecho a la felicidad y una vulgar mentira, sobre la igualdad que como seres humanos tenemos garantizados, en la tierra, todos los hijos de Dios.

## Qué hacer y cómo hacerlo

En un proceso revolucionario se pasa por múltiples momentos que exigen igualmente diversas salidas y estrategias, para lo cual la dirigencia tiene que estar lo suficientemente preparada en todos los sentidos, ideológica, política y organizadamente. La esencia, la fortaleza y el carácter revolucionario del proceso político revolucionario se lo garantiza la participación consciente y compenetrada de los movimientos sociales, principalmente el movimiento obrero, por sus características particulares, es decir, los sectores comprometidos y compenetrados con la lucha de clase y la creación de bases sólidas y fundamentadas en la necesidad de poner fin a la desigualdad, la exclusión y la explotación del pueblo humilde y trabajador. Este objetivo igualmente exige que los valores y los principios prevalezcan por sobre los intereses particulares y de grupos, ambiciones, criterios y posturas burocráticas, que en nada ayudan a la transformación del trabajador objeto en trabajador sujeto del desarrollo y del cambio social. La revolución necesita de una clase obrera políticamente definida y madura en cuanto a la necesidad e importancia de hacer la revolución, organizativamente estructurada e ideológicamente realizada. Una clase obrera que, junto al campesinado y otros sectores sociales, sea capaz de generar las políticas y planes para avanzar en la transformación social de los sectores excluidos por las insaciables ansias de riqueza de los poderosos. Son en condiciones así, en que la clase obrera asume su papel, como el ejército de asalariados privados

de los medios de producción, asumiéndose como fuerza rectora de la futura sociedad, llamada a cumplir la misión histórica de la construcción de un sistema de vida diferente al capitalismo. Ese papel de los trabajadores no es casual ni caprichoso, se lo da su posición objetiva dentro del proceso productivo, de cuyo desarrollo saldrá el crecimiento, la organización y la solidaridad del movimiento obrero, permitiéndole que al tomar conciencia de sus intereses pase a transformarse de clase en sí en clase para sí. En este devenir político-ideológico de la clase obrera, le corresponde un gran papel a su vanguardia, sus dirigentes y al partido revolucionario, en la creación y formulación de las líneas revolucionarias por las que debe transitar la consolidación del movimiento obrero, y que pasa por distintas etapas, desde la resistencia pasiva, hasta el combate político, consciente, frontal y de distintas formas, económica, política e ideológica. De esta manera, el movimiento revolucionario reside en el despertar de las masas y básicamente del proletariado, así como igualmente su debilidad y poca incidencia muchas veces se debe a la falta de conciencia y de espíritu de iniciativa de la dirigencia revolucionaria. La dirigencia ha de tener presente que la experiencia revolucionaria y la habilidad de organización son cosas que se adquieren con el tiempo, lo que hace falta es querer formar en uno mismo las cualidades necesarias, así como tener conciencia de las fallas de las que adolecemos, con lo cual ya estaríamos avanzando grandemente hacia su superación. Contrariamente, en ocasiones, individualidades y hasta organizaciones estas fallas las erigen en virtudes, con lo que se busca justificar la ineficiencia y el culto a la inoperancia de la acción política revolucionaria en el seno del movimiento clasista, en momentos en que la revolución está urgida de apoyo y mucha fortaleza desde los sectores revolucionarios organizados. Es hora de revisar esta conducta, con la que a veces nos quedamos cortos al calificarla de economicista,

ya que sí tiene mucho de eso, pero también de muchos otros vicios que no ayudan a construir ese hombre nuevo con el que avanzaremos hacia la victoria final del proletariado. Los revolucionarios que se precian de tal están obligados a comprender que en los procesos de cambios sociales, es vital una visión y conducta que se corresponda con el cambio que le proponemos a las masas, que responda al proyecto y a la misión que está desarrollando y que requiere de una dirigencia caracterizada por la pureza en la actuación, la rectitud sin desviaciones y el sentimiento de equidad y justicia social, como meta de realización colectiva, puesta en el más alto sitio del desempeño individual. Un dirigente de la clase obrera tiene que destacar como un guía desde su ética y su moral revolucionarias; debe ser audaz para aprovechar las circunstancias y el momento político en el que le toca desempeñar su misión; firme desde los dictados de su conciencia, que no lo transforma los cargos ni la jerarquía de sus funciones, que trasciende su ego y expectativas individuales, para fundirse en unidad con otros, en función de cambiar y enriquecer la realidad que le circunda. El dirigente de la clase obrera sabe que es inmoral ver pasar la injusticia, sin indignarse y sensibilizarse, sin decidirse a emprender acciones en busca de cambiar el orden impuesto a la vida por unos pocos privilegiados. Es inmoral no estar dispuesto a sacrificar nuestra posición para socorrer a otros; este dirigente debe reconocer las diferencias abismales entre opresores y oprimidos, tanto en sus condiciones de vida como en los controles económicos, políticos e ideológicos que los unos les imponen a los otros; debe saber distinguir las sutilezas como las grotescas ferocidades con las que se separa al mundo, en función de asegurar el mantenimiento de los poderosos tras su condición de amos del universo, y de toda la vida que en él germina. El momento crucial que vive la Revolución Bolivariana le impone a la clase obrera un firme compromiso y

una clara identificación con la lucha de clase, concebida como un sistema de creencias compartidas por quienes ocupan una misma posición de clase en la sociedad, creencias con las cuales se inicia la lucha política, la lucha de clase sustentada en la superación de la explotación económica, la dominación política, la discriminación social y la alienación humana a la que es sometida la mayoría de los seres humanos en la sociedad capitalista; de allí que la conciencia de clase es requerimiento indispensable para la revolución y la liberación de la explotación del hombre por el hombre. Todas estas condiciones y formas de asumir el compromiso político en momentos de definición ideológica son maneras de terminar con el tacticismo, el coyunturismo y con las teorías que siempre van en función de justificar lo que ni conviene ni está planteado para lograr avanzar y consolidar el proyecto de cambio, y la lucha con participación de los sectores populares, de los obreros en la fábrica y gente de base, motivada hacia la construcción de formas de poder y de democracia popular, que ayuden a definir el sentido revolucionario y la ocasión para desarrollar el tipo de lucha, sea esta electoral, ideológica, insurreccional, etc. Un partido revolucionario que se plantea una transformación social debe tener claro que el ganar la presidencia del país no garantiza ese objetivo; sin embargo, debe saber que un triunfo de estos facilita un avance, ya que desde esa posición se puede aprovechar para impulsar planes y tareas para profundizar y crear espacios, políticas y organismos de masas con miras hacia esa meta. Desaprovechar esta oportunidad para fortalecer el trabajo político es un lujo que no se puede permitir el proyecto de cambio revolucionario. Nos sobran experiencias de casos donde la “izquierda” (o los partidos enfrentados al neoliberalismo) gobernaron sin diferenciarse mucho de la derecha que tanto daño ha hecho, como Argentina, Brasil, Ecuador, Paraguay, defraudando el sentimiento y la confianza de los pueblos que

constantemente trasladan su esperanza de promesa en promesa, buscando quien responda a sus intereses y necesidades. Los revolucionarios no pueden engolosinarse y menos engrandecerse y burocratizarse por ganar una elección presidencial, que no es el poder, es solo una parte administrativa del mismo; el verdadero poder es cuando el pueblo se hace dueño de los medios de producción y las decisiones las toma el poder popular organizado en las comunidades. Es solo el momento apropiado de bajar a las masas para gobernar con el pueblo, como una forma de legitimar el gobierno, relanzar y profundizar política, ideológica y organizativamente el proyecto revolucionario que luchó para ganar unas elecciones, y que es ahora cuando debe continuar luchando para dotar al pueblo de contenido ideológico y desde allí fundar las bases de la revolución; que no se alcanza con una dirigencia que se contenta y se conforma con ganar la presidencia de la república, con ser diputados, ministros, jefes de la Federación del Sindicato de la Central de Trabajadores o de la dirección tal o cual. El compromiso del momento por un futuro mejor nos exige mucho más a todos; por lo cual, todas las tareas, funciones y misiones son necesarias para apuntalar y reforzar el objetivo principal; por eso no se critica ninguna actividad que contribuya en esa dirección, de lo que se trata es de no creer que el trabajo se limita a ganar espacios políticos y pequeñas cuotas de poder dentro del sistema capitalista, adoptando posturas pequeñoburguesas, que distintamente a lo que procede y plantea la ubicación de poder, nos aleja y nos separa de los sectores populares. Que el diputado, el ministro, el alcalde, o el concejal no tengan tiempo para reunirse con las comunidades y los movimientos sociales, es una demostración de que no se entiende ni el momento ni la transitoriedad de una ventaja que debemos aprovechar al máximo para desarrollar las políticas sociales hacia las comunidades, como también para introducir en los movimientos sociales

organizados lineamientos ideológicos que son los pilares del cambio social y revolucionario que nos impulsa en esta misión y que nos garantiza el blindaje y lo irreversible del trabajo político que vamos desarrollando con el pueblo que nos llevó a esa cuota de poder. Un partido revolucionario sabe que no podrá hacer la revolución desde la presidencia de la república, pero es muy necesario que tenga plena conciencia de que la ventaja de haber logrado escalar esa posición favorece entre otros aspectos, avanzar en modificar la relación de fuerzas y en facilitar el camino de una verdadera transformación social. Experiencias recientes en el continente nos permiten aprender que usar la presidencia de la república solo para “mejorar el sistema”, representa un grave error político, sabiendo que el sistema solo mejora sus condiciones y relaciones en busca de más poder. ¿Humanizar el capitalismo? No, pues precisamente la razón de ser del capitalismo es la forma deshumanizada de concebir las relaciones entre los seres humanos. La falta de visión política y de profundización ideológica sobre la necesidad de elevar la lucha asistencialista al plano revolucionario no solo obstruye la oportunidad de usar esas cuotas de poder alcanzadas para fortalecer la organización, llevar al pueblo el mensaje clasista, introducir la ideología revolucionaria en los programas de lucha, etc., sino que esa debilidad estratégica para poner en práctica el discurso le abre el camino y crea las condiciones a las corrientes más ultraderechistas del capitalismo y el neoliberalismo. Es lo que hace que un Macri llegara a gobernar en Argentina, un Bolsonaro en Brasil, un Juan Orlando Hernández en Honduras; países donde los gobiernos neoliberales llegaron luego de gestiones progresistas, acabando con los pequeños avances que en materia social y derechos humanos se habían logrado. La actual situación económica, política y social que viven en estos momentos los hermanos pueblos de Honduras y Brasil y que vivió la Argentina de Macri, es la más

palpable demostración de lo que es capaz de hacer un gobierno neoliberal. En estos casos se generaron políticas que ayudaron a recuperarse en algo del desastre en el que los sumieron los anteriores gobiernos ultraderechistas que históricamente los habían dirigido, pero que por no aprovechar el momento para fortalecer el mensaje, el programa y la acción revolucionaria desde el poder que facilita la presidencia de la república, el neoliberalismo se fortaleció y retomó con mayor contundencia los espacios ganados por la izquierda latinoamericana. En ninguno de los tres casos se fue lo suficientemente eficaz para crear un sentimiento patriótico y popular unido a la conciencia revolucionaria, que va más allá de la transitoriedad electoral de un momento que pasa sin afectar en lo más mínimo el poder de las clases dominantes, que por tener conciencia de clase, tienen claramente definidos sus objetivos, sus estrategias y sus tácticas. La clase obrera y los sectores populares tienen que aferrarse a la lucha de las ideas como parte integrante de la lucha de clase, cuyos resultados serán los que determinarán el desarrollo del proceso de cambio revolucionario, así como los avances que pueda lograr y consolidar la revolución. Un movimiento de izquierda que logre arribar a la más alta magistratura de un país comete un grave error si dedica toda su gestión a tratar de “acomodar” y arreglar todo lo que el neoliberalismo haya convertido en miseria y calamidad. Una buena gestión revolucionaria no es solamente aquella que desarrolla las buenas obras sociales que el pueblo necesita. Eso está muy bien, pero solo las buenas obras no son suficientes para responder a la confianza que en determinado momento el pueblo deposita en el liderazgo de los partidos de izquierda y movimientos políticos revolucionarios; paralelamente, se debe enseñar el camino de la emancipación de los pueblos y el mejor momento es cuando se ejercen cuotas de poder, donde se puede predicar con el ejemplo, demostrando que la izquierda puede ser la alternativa

a las políticas excluyentes y represivas del pensamiento neoliberal. En ocasiones en que la izquierda ejerce algún poder, es cuando se debe trabajar en función de que el pueblo pueda constatar esa diferencia que separa una concepción y una práctica revolucionaria de una capitalista y neoliberal. La realidad que vivieron los argentinos en los cuatro años de Mauricio Macri debería servir de lección a las izquierdas latinoamericanas, lo mismo que lo de Brasil. En Argentina los indicadores económicos se desplomaron en relación a los de 2015; el desempleo se elevó de 7.8% a 9.6%; la inflación pasó de 26.9 % a 42%; de un crecimiento económico de 2.1% se pasó a un decrecimiento de 2.4%, y la deuda pasó de 52% a 82% del PIB. La pobreza en 2019 fue de 32%, la más alta desde 2010. Importante es decir, que esta situación de Argentina de ninguna manera obedece a bloqueos, sanciones, secuestro de su economía; como sí es el caso de Venezuela, donde el capitalismo mundial guiado por el imperialismo yanqui se ensaña con este país, porque se niega a ser colonia y patio trasero de las oligarquías mundiales. Hoy, los trabajadores argentinos llenan las calles de sus ciudades en permanentes protestas por las medidas antipopulares aplicadas por el gobierno neoliberal de Mauricio Macri, lo mismo los bajos salarios, el alto costo de la vida y todas las demás políticas que hacen todos los neoliberales que llegan al poder, ofreciendo maravillas que luego olvidan y contrariamente desarrollan los programas que solo favorecen los intereses capitalistas. Los desacertados gobiernos de izquierda son muchas veces los responsables del resurgimiento del pensamiento de la derecha. Los pueblos, al fallarles la opción que pensaron y confiaron que sería su salida hacia mejores horizontes se frustran, y continúan su búsqueda viendo quién puede ser ese apoyo que muchos les prometen, pero que nadie es capaz de cumplirles. La izquierda no podrá cumplir con las esperanzas de los pobres si gobierna como la derecha,

burocráticamente, desvinculada de la problemática social, indolente y sorda ante las exigencias de los sectores populares, alejada de las comunidades y los movimientos sociales, etc. Desde una posición gobernante, la izquierda no puede ser políticamente ambigua, ni ideológicamente indefinida; esta posición contribuye con el retroceso en la confianza y la esperanza de las grandes mayorías, en que otro mundo es posible; tampoco permite desarrollar un trabajo que genere conciencia revolucionaria y visión de lucha de clase. Esta es la historia del pueblo argentino que llevó a Macri a la presidencia, la misma de Brasil, Honduras, Colombia. Es la historia de la mayoría de los pueblos del continente, que huérfanos de liderazgo, pusieron en manos del neoliberalismo su destino. Con gran satisfacción vivimos la reconfortante experiencia del hermano y sufrido pueblo mexicano, que luego de intentar y probar décadas tras décadas y de vivir en carne propia las políticas neoliberales, por fin optaron mayoritariamente por un proyecto progresista como el de Manuel López Obrador, de quien se espera sepa responder a esa confianza del sufrido pueblo mexicano, con políticas de inequívoca orientación revolucionaria, que pruebe a gobernar de cara a los sectores populares, oyendo sus planteamientos e incorporándolos a los planes de desarrollo del que inicia una vía distinta al neoliberalismo salvaje, depredador, criminal y excluyente que tanto daño ha causado al hermano pueblo azteca. Los progresistas de América Latina abrigamos la firme esperanza de que la visión del nuevo proyecto se conduzca como debe hacerlo quien se guía por una concepción revolucionaria, que se plantea un cambio radical de la sociedad, estando claro que se funciona dentro del esquema capitalista, pero que por ello no debe limitarse a administrar la crisis del sistema, centrandose su accionar solo en una política asistencialista. La preocupación por una buena atención a la problemática social, garantizar buenos servicios, educación,

salud y bienestar social, si bien forman parte del compromiso y la obligación de un gobierno responsable, sin embargo, de esta forma, no se va al fondo de las causas que originan estos males en la sociedad, no se logra un nivel de gobernabilidad que garantice una equitativa redistribución de la riqueza para acabar con la injusticia social, que caracteriza e identifica al capitalismo, explotador del ser humano, y que solo yendo donde se origina esa injusticia, atacando sus raíces, podremos derrotarla. Todo esto habla pues, de que no hay que conformarse con ganar la presidencia de la república —eso ayuda—, pero se corre el riesgo de retroceder, si no se aprovecha esa posición para atesorar un aprendizaje del esfuerzo colectivo, para dar forma y potenciar las energías políticas y organizativas del pueblo trabajador, transmitiendo lineamientos y creando fuerza social revolucionaria, siempre en busca de su real, efectiva y definitiva emancipación. Es de esta forma cómo la acción política se torna autónoma y revolucionaria, a partir de que la clase trabajadora se asume como productora, creadora de la historia en su realidad cotidiana, desde que asume el rol que le corresponde en la sociedad; la clase trabajadora no nace de ideas preconcebidas, sino de su propia experiencia, de su tránsito como el camino revolucionario. Si la clase trabajadora no siente la necesidad de una transformación del orden que la oprime, las instituciones políticas y los organismos colectivos no pueden actuar por sí solos; para ello deben existir los equipos de trabajadores organizados en colectivos, consejos, sindicatos, federaciones, etc.; estos colectivos son la visión, acción y cerebro de la masa laboral, cuya misión dependerá de las orientaciones que emanen sus direcciones y dirigentes, ya que esas orientaciones prefiguran el orden, funcionamiento y la productividad que esa clase obrera estará aportando a la revolución, una vez alcanzado el objetivo principal. De la otra forma, si los trabajadores de la fábrica de cemento —por

ejemplo— no han sido capaces de levantar la producción o de mantener en buen estado las instalaciones y equipos de su empresa, ¿cómo pueden ser garantía de desarrollo para el país, si los trabajadores del servicio eléctrico, no están ganados para un sacrificio que genere un mejor servicio, un efectivo desarrollo y un eficaz mantenimiento de la empresa?; ¿cómo puede la revolución contar con ellos para una mayor programación? Si los trabajadores del Metro, los telefónicos o las empresas básicas no han podido demostrar la eficacia que en revolución se necesita en todas las empresas del Estado entonces esos trabajadores y sus dirigentes están demostrando una gran incapacidad para asumir el papel protagónico que se le atribuye a la clase obrera dentro de un proceso revolucionario. La gestión y la eficacia en el pequeño escenario de la empresa es la mejor prueba del nivel de nuestra capacidad para un buen desarrollo en función del bienestar social, la mística y vocación revolucionaria, para solucionar la problemática de la comunidad o el colectivo que se debe transformar. El movimiento obrero tiene enfrente el reto de demostrar la cualidad que muchos le atribuyen de ser el pilar fundamental del cambio social; desde su temprano desempeño en el sindicato, en la empresa, en su conducta y desarrollo como guía de la lucha social, y esto es posible, solo cuando se trabaja en estrecho vínculo con las masas, cuando se sabe leer la realidad del momento y en función de objetivos claros; cuando la articulación de los sindicatos y los consejos de trabajadores suman sus esfuerzos para equilibrar y organizar las fuerzas impulsivas de las masas, porque cuando se trabaja por una transformación radical de la sociedad, ese objetivo tiene que estar por encima de cualquier otra consideración y mentalizarse que hacer una revolución implica un largo proceso de desarrollo de la clase obrera, mediante el cual se prepara psicológica, ideológica y técnicamente, para hacer realidad el Estado socialista, buscando en el presente,

aquello que anticipe el futuro y que permita la reconstrucción de un orden social alternativo, sobre la base de la democracia obrera; esto no se concreta con éxito, si precisamente no se ha desarrollado la conciencia y la capacidad organizativa de los trabajadores. La enseñanza que aporta un momento de la lucha de clase, gira en torno a la necesidad de integrar a toda la masa de trabajadores, lo que significa que el proletariado debe plantearse una alianza con el campesinado, conformando un bloque dirigente de la lucha anticapitalista, y para lo cual debe supeditar sus intereses propios a los intereses generales del conjunto de las clases subalternas, dentro de un programa de amplia participación y clara identificación con el proyecto ideológico y revolucionario. Esta función armonizadora y conductora debe estar guiada por quienes tengan la capacidad de analizar dialécticamente el momento histórico en el cual toca actuar; asimismo, que sean poseedores de una conciencia plena de la necesidad de superar las dificultades y las contradicciones, para poder avanzar en la difícil pero no imposible tarea de derrotar al capitalismo, tarea esta en donde los revolucionarios debemos basar nuestras luchas en el principio de la conciencia de clase, para que todos los esfuerzos nos permitan avanzar, creando en las masas el conocimiento para aprender a distinguir quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos, pero principalmente para crear las condiciones dirigidas hacia ganar la confianza de los trabajadores, tras su propia ideología proletaria, que al mismo tiempo que enfrenta al explotador, también sepa elevar esa lucha al plano político que representa la lucha por el poder y la instauración de un sistema social diferente, sin propiedad privada sobre los medios de producción, sin explotados ni explotadores. Las pocas veces que el enemigo capitalista nos permita desarrollar estas políticas, no podemos dudar ni distraernos, porque difícilmente nos dan dos oportunidades. La falta de visión sobre el compromiso revolucionario

de profundizar el contenido clasista de la lucha –que en algún momento habrá la necesidad de que sea reformista y asistencialista–, no solo corta la posibilidad de poder aprovechar la oportunidad de potenciar y fortalecer la organización y las líneas políticas, sino que también ese error político y esa debilidad para llevar a la práctica el discurso, abre el camino a los representantes más ultraderechistas y reaccionarios del capitalismo y el neoliberalismo; así nacieron los Mauricio Macri en Argentina y los Bolsonaro en Brasil, por nombrar solo a dos países donde pasó a gobernar la derecha, luego de gobiernos de izquierda, y el mundo ha sido testigo de lo que ambas administraciones han significado para esos pueblos, que ante lo que consideraron gobiernos fallidos o incapaces para la solución de sus problemas elementales, optaron por seguir “probando suerte”.

Si lograron llegar hasta estas páginas del libro que tienen en sus manos se habrán dado cuenta de que la idea es llamar la atención sobre la actitud y la obligación que tenemos los revolucionarios en esta larga marcha hacia la transformación social, de conservar viva en todo momento la necesidad de trabajar junto a las masas populares, por la construcción de la conciencia política, y una voluntad social de cambio de esta sociedad dividida en clase y marcada por la exclusión y la desigualdad social, en que políticas antipopulares han sumido a los pueblos del mundo. Los pueblos que marchan hacia su emancipación tienen que mantener su vocación revolucionaria, así como sus avances políticos e ideológicos, indistintamente cualquiera sea su posición alcanzada dentro del funcionamiento del aparato y los mecanismos capitalistas, ya que mientras no cambien las condiciones de explotación y exclusión del trabajador y demás sectores humildes, los pobres deben continuar sus luchas en las diferentes formas en que se presenten, sean de índole económica, ideológica, política, etc. La lucha ideológica tiene como

objetivo enfrentar y contrarrestar la penetración de ideologías extrañas en el seno de la clase obrera, del campesinado, y en general de todos los explotados, cuidando siempre de asumirlo como una guía para la acción, y no como un dogma. La lucha económica se da mediante las organizaciones propias de los trabajadores por sus reivindicaciones y conquistas, por mejoras de sus condiciones de vida y de trabajo, en el marco del sistema capitalista, que si bien no representa el arma, ni el mecanismo fundamental para la toma del poder, ni para librarse de la esclavitud de un salario, esta lucha debemos asumirla y conducirla en forma honesta, con sentido social y colectivo, como un medio y no como un fin, contribuye a transitar y avanzar por el camino revolucionario, hacia la toma del poder por los trabajadores. La lucha política para los explotados significa la lucha por el poder dentro del sistema capitalista. Esta conquista del poder alcanzada por un partido o movimiento revolucionario no significa la derrota del capitalismo, pues los medios de producción y el gran poder económico siguen estando en las manos de la burguesía y el sistema capitalista en general; esto obliga a desarrollar la lucha política con conciencia de clase, con alto contenido doctrinario contra los explotadores, de forma de poder arrancarles parte de lo que roban diariamente al trabajador, y para que estos aprendan que solo el ejercicio del combate consciente y organizado contra la injusticia social conduce a la liberación de los pueblos históricamente oprimidos y explotados. En esta lucha es necesario también educar al trabajador de todos los sectores (públicos y privados), sobre su papel al lado del campesino, los pequeños y medianos productores, estudiantes, intelectuales, asalariados, sectores marginados de las grandes barriadas, y todos los que son víctimas del injusto sistema capitalista, dependiente del imperialismo y de las altas capas de la burguesía asociada a ese imperio. Todas estas formas de luchas en

su conjunto, buscan continuar siendo el medio para avanzar entre los sectores populares, creando las condiciones objetivas y la capacidad política que les permita distinguir entre sus amigos y sus enemigos, que florezca la conciencia en la idea socialista y revolucionaria del trabajo colectivo, para construir ese mundo distinto al opresivo mundo, donde el capital prevalece por sobre el ser humano; ese mundo donde la igualdad social no sea un mito; igualdad social que solo es posible con la toma del poder por parte del pueblo organizado, que hace realidad la felicidad material y espiritual, incentivada y construida desde sus cimientos con la democracia participativa como un hecho real, y no un discurso difícil de poner en práctica por los movimientos sociales. Uno de los principales errores de los revolucionarios y sobre todo cuando se es gobierno, es hacer algo que jamás hace la derecha, que es subestimar la capacidad de sobreponerse a las derrotas que tiene el enemigo, lo que lleva a la confianza y al descuido en la implementación de las políticas, planes y programas que evidencien profundización revolucionaria y consecuente determinación y firmeza, en las posturas de quienes encarnan las doctrinas de los nuevos postulados. En los momentos decisivos del enfrentamiento ideológico los revolucionarios no pueden dar tregua, ni quedarse de brazos cruzados, menos regodearse por un transitorio triunfo; la conducta a seguir es ser perseverante, tenaz y contundente para conservar el rumbo y generar las condiciones básicas para la transformación que se persigue, que entre otras cosas busca consolidar los niveles de dirección, organización y concientización de la clase obrera. Brasil, Argentina, Paraguay, Honduras, El Salvador y Bolivia son vivos ejemplos de lo que produce la excesiva confianza, y el abandono del contacto directo y permanente con los sectores populares cuando se está en el gobierno y nos absorbe el burocratismo y el asistencialismo de la concepción capitalista liberal, a la hora de abordar

las problemáticas sociales que aquejan a las grandes mayorías. La izquierda debe asumir un triunfo electoral en cualquier circunstancia, como un paso importante entre muchos otros, que permitirán en adelante emprender tareas y proyectos que desde una posición opositora son muy difíciles de abordar para el trabajo político. Contrariamente a encerrarse en la comodidad burocrática, desactivando la comunicación con el descontento popular, es cuando hay que incrementar el vínculo que abra las vías para la participación del pueblo, invitándolo a formular sus ideas, por ejemplo, generando nuevas leyes que atiendan las exigencias populares, crear mecanismos de información, formación, organización y muchos otros aportes que hasta ahora le han sido imposible hacer llegar, y que solo dentro de un proyecto revolucionario se puede garantizar y reconocer la importancia del concurso de las comunidades, en la construcción de la nueva forma para el desarrollo de una patria nueva.

No podíamos cerrar esta parte de este enfoque sin puntualizar que la falta de claridad política, la fragilidad ideológica y la inmadurez revolucionaria, han sido los ingredientes principales que han hecho que muchos intentos de cambios políticos hayan retrocedido en América Latina. En aras de ilustrar con procesos reales, se podrían señalar casos como los de Venezuela, donde el gobierno central agobiado por ataques, bloqueos y presiones del imperio y sus serviles, hace grandes esfuerzos para desarrollar su política revolucionaria y socialista, mientras algunos gobiernos sectoriales (gobernaciones, alcaldías, etc.) implementan gestiones de gobierno de espaldas al pueblo, demostrando así su gran ignorancia política, o lo que sería peor, su desprecio por la razón de ser de su condición de “dirigente” de un concreto y muy específico sector del pueblo que lo eligió para atender sus requerimientos y necesidades más sentidas. Un número importante de estos casos, se debe a la forma de escogencia de los candidatos a estos cargos, que muchas veces

obedecen a razones subalternas y muy distintas a lo que cree el colectivo, y a lo político, ideológico, a la capacidad, experiencia, etc. Son escogidos por ser amigos de ..., familias de ..., compadres de...; ejemplos con nombres y apellidos hay muchos en Venezuela, pero ello sería materia de otro trabajo que no es este; lo que sí no podrá negar ningún venezolano es que por este mecanismo poco democrático se han perdido en confrontaciones electorales importantes espacios políticos, donde los sectores de izquierda han ejercido el gobierno local. Debemos suponer que esa es una realidad algo similar en algunas partes de América Latina, pero que de ello no tenemos los conocidos y concretos ejemplos que evidenciamos en Venezuela por razones obvias. En todo caso, de lo que se trata es de que la izquierda latinoamericana aprenda a diferenciarse de la derecha en momentos que le toque ejercer cuotas de gobiernos, que no se amolden ni se acostumbren a las mieles del poder, olvidándose del sufrimiento del pueblo, y dedicándose solo a administrar los desajustes económicos de los gobiernos neoliberales que han azotado por décadas a los pueblos del continente latinoamericano. Nunca como ahora, el mismo neoliberalismo nos había facilitado el trabajo para establecer la diferencia en la práctica entre un gobierno revolucionario y uno neoliberal, este último, comprometido con los grandes capitales. Ya en estas páginas hemos tocado las realidades de regímenes que en estos precisos momentos gobiernan en Latinoamérica; todos con sus trabajadores, campesinos y estudiantes en las calles, rechazando medidas antipopulares impuestas por los organismos financieros internacionales que siempre van en contra de la necesidad e importancia del desarrollo para los sectores más vulnerables. Como contraste, en Venezuela el pueblo también va a la calle, pero en apoyo a su gobierno, cada vez que la oligarquía títere del neoliberalismo intenta atacar a la Revolución Bolivariana dirigida por nuestro hermano presidente Nicolás

Maduro. Al aparato mediático se le está haciendo difícil poder justificar las revueltas en Brasil, Argentina, Ecuador, Honduras, Paraguay, Chile, Perú, Haití; ni se diga de Colombia, donde ya no es novedad la muerte diaria de dirigentes y lideresas sociales, a manos de paramilitares al servicio del poder económico y toda la rancia burguesía colombiana, enquistada en el poder en ese país. Ahora, más que nunca, es cuando debemos ser astutos y habilidosos políticamente para saber llevar hasta las masas, siempre engañadas por gobiernos apátridas, lacayos y fascistas, el mensaje revolucionario, popular y clasista, en función de crear conciencia entre los humildes, de que el rico jamás gobernará para el pobre, así como que también es cierto que no ha existido, ni existirá jamás país alguno que haya avanzado, que se haya desarrollado o que haya mejorado las condiciones de vida de sus habitantes dentro del mandato neoliberal. Al quedar en evidencia ante los pueblos del mundo por sus políticas antipopulares, al capitalismo no le ha quedado otra vía que promover y difundir a escala planetaria su tesis del fracaso del socialismo, como salida a los problemas sociales de la humanidad. Esta cacareada prédica de que el socialismo es un fracaso como sistema para gobernar y generar el cambio social, es repetida paradójicamente por lacayos y serviles al imperio. Esta versión se cae por la misma realidad producto de la gestión de los gobiernos neoliberales, cuyos pueblos sí están viviendo en carne propia la verdad del capitalismo, que solo lleva a generar guerras, invasiones, asesinatos en masas, chantajes y todo tipo de atropellos, ante la imposibilidad de demostrar civilizada y humanamente, que ese sistema económico pueda convivir con el desarrollo social y el bienestar armónico y productivo de las clases sociales. Caben algunas preguntas a estos teóricos al servicio del capital: ¿si el socialismo es un proyecto que ya fracasó, por qué no lo dejan que siga fracasando? ¿Por qué les preocupa e inquieta tanto su

presencia y avance en el mundo? ¿Por qué entonces invertir tantos recursos, tiempo y esfuerzos en atacarlo? Si fuese esto tan cierto ¿por qué no dejarlo que quede en evidencia esa incapacidad para contribuir con el desarrollo de los pueblos oprimidos del mundo capitalista? Esta aseveración está basada en el desplome de la Unión Soviética, en donde fue precisamente la no aplicación de políticas verdaderamente socialistas, el descuido y la desviación en la implementación de las mismas, lo que dio al traste con el socialismo real. Fue la concepción burocrática y otros errores cometidos en la conducción e implementación del socialismo por parte de los líderes soviéticos, lo que determinó este desenlace, y no la instrumentación del sistema socialista. ¿Por qué no mencionar los casos de la China y la Rusia de esta época, países que después de haber quedado devastados por cruentas y costosas guerras, son hoy por hoy las potencias que disputan a Estados Unidos la hegemonía económica, política y hasta militar? Existen otras experiencias fuera de estos dos ejemplos que hablan de que hemos visto más fracasos del capitalismo que del socialismo; Cuba es una realidad inobjetable de todo lo que es capaz de hacer el capitalismo, para evitar el avance del socialismo; la presión, el chantaje, la violación al derecho internacional solo para que el sistema político cubano no pueda demostrar al mundo lo que se puede hacer por la humanidad cuando se gobierna para el pueblo con amor y justicia social y no para las transnacionales y la oligarquía; tanto así, que con todos esos ataques imperiales, el sistema socialista cubano ha logrado hacer de este país un territorio libre de analfabetismo, además donde el índice de mortalidad infantil es el menor de América Latina, así como del mismo Estados Unidos y de algunos de los países de la “desarrollada y culta Europa”. Un país donde la salud, la cultura, la educación y el deporte tienen atención y dedicación especial como actividad vital en el desarrollo de la

calidad de vida de sus habitantes. Señores imperialistas, tómense un descanso o busquen mejores argumentos porque el capitalismo y sus más conspicuos representantes ya han demostrado para quién gobiernan y de qué están hechos. Si al imperialismo le preocupara el desarrollo de los pueblos del mundo, la gran masa de millones que invierten en gastos militares, agencias de inteligencias en todo el mundo, ONG, espionajes, chantajes, extorsión, invasiones, etc., etc., todos estos recursos estarían destinados a ayudar a los países pobres de África, Asia e incluso de América Latina y el Caribe, región esta donde contrariamente en su continuo transitar por el camino del engaño, la injusticia y las violaciones a los elementales derechos humanos, van despertando a un gigante que creyeron dormido y dominado, y es ese despertar de este gigante, lo que obliga al imperio a invertir cada vez más en el desarrollo del complejo militar, industrial y de ejércitos privados, para invadir y controlar a escala mundial las fuentes de energía fósil, los recursos hídricos, las fuentes de minerales radiactivos, el comercio, la producción agrícola y pecuaria, los medios de comunicación de todo tipo, la industria cultural, la historia y las relaciones sociales de las poblaciones, en fin, todo esto para lograr la hegemonía de todo lo que se mueve y piensa en el mundo, sin disidencia, sobre la vida de los seres humanos. Felizmente, el despertar de los pueblos ya cansados y alertados sobre el peligro de ser devorados por la maquinaria imperial, no parecen estar dispuestos a continuar agachando la cabeza ni en el corto ni en el mediano plazo. Esta forma de manejar el mundo para su conveniencia y sus intereses, es la razón del desarrollo de ellos, y el subdesarrollo de los países pobres. No es que ellos sean más trabajadores y nosotros más flojos; tampoco que son más inteligentes que nosotros; resulta que hemos sido los países llamados periféricos, o del Tercer Mundo, la plataforma para el lanzamiento hacia su desarrollo. Fueron

evolucionando y pueden existir como países desarrollados hoy, gracias a la expoliación de nuestras riquezas; es por ello que debemos concluir que la solución a los problemas derivados del colonialismo y del neocolonialismo solo podrá surgir, no de copiar las prácticas dictatoriales del capitalismo en nombre de una democracia en la que nadie cree, sino de la destrucción del orden social neocolonial, y la construcción de un orden de justicia, que no podrá ser el capitalismo, ya que es este el que engendra la injusticia y la desigualdad que asolan y destruyen a nuestros pueblos. La solución solo podrá venir del socialismo y la justicia social. La vanguardia revolucionaria con la clase obrera a la cabeza tiene la tarea histórica de sembrar conciencia de que la contradicción entre el proletariado y la burguesía se resolverá con el método de la revolución socialista, y que la contradicción entre las colonias y el imperialismo, se resolverá por el método de la guerra revolucionaria nacional. En ambos casos se requiere de una política claramente definida en lo ideológico, que sea capaz de crear los colectivos sociales en las fábricas, los campos y las ciudades, con el objetivo de la transformación social, y que se concrete a su vez en la ideología de la clase, sin lo cual el asalariado se deshumaniza, y pierde la conciencia social y política de la necesidad de una lucha permanente, para asumir y resolver los problemas que desvían el camino hacia el socialismo, haciendo retroceder los avances de la lucha de clase. Es necesario insistir que en esto la clase obrera es la mayor garantía de continuidad e irreversibilidad, y no por un capricho obrerista, sino por el lugar que ocupa dentro del proceso productivo como “maquinaria” básica en la construcción de los procesos reales, en lo que se necesita estar en capacidad material y espiritual de participar, protagónica y conscientemente en esa construcción, fundamentada en valores básicos como la solidaridad, la reciprocidad social, el respeto por los otros, todo dentro de una nueva cultura

y práctica laboral, que asuma como valores la disciplina, la creatividad, y el estudio como pasos en la dirección de mejorar las condiciones de vida de toda la sociedad, y al mismo tiempo, asegurar la permanencia del cambio revolucionario, y la derrota de la desigualdad y la injusticia social, el individualismo y el egoísmo, que son resabios y secuelas del capitalismo. De este trabajo político-ideológico es que va a depender que no retrocedan los procesos revolucionarios, con una clase obrera política e ideológicamente preparada para la toma del poder político, no burocratizada, no embriagada de poder ni ciega por las ínfulas que equivocadamente, algunas veces producen los altos niveles dirigenciales, o las circunstanciales responsabilidades ejecutivas. Requerimos de una clase obrera en contacto permanente con la realidad social que la rodea, vinculada a las necesidades, inquietudes, opiniones, ideas y proyectos revolucionarios, preocupada y ocupada en el trabajo de las comunidades organizadas, una clase trabajadora al frente de los movimientos sociales, impulsando su organización, su formación política y cultural, para así poder lograr la concientización sobre una gran verdad que todo revolucionario debe saber, que es que el socialismo es la solución para los pueblos oprimidos; mientras que la desigualdad, el personalismo y la exclusión son condiciones sociales derivadas del capitalismo, que no acepta nuestro deseo de querer ser libres y soberanos, y menos nos perdona el delito de que trabajemos en función de lograrlo, por ello se creen con el derecho a condenarnos con sus normas y sus leyes, sus jueces y sus tribunales, sus militares y sus invasiones. Para el mundo capitalista y sus serviles lacayos, el delito de Evo Morales es ser un presidente indio, algo que ellos no aceptan; el delito de Nicolás Maduro es ser un presidente chofer de autobús, inimaginable para su concepción; el delito de Lula es ser un presidente obrero metalúrgico, hoy se encuentra en la cárcel de la dignidad por eso; el delito de Daniel Ortega

es ser un presidente guerrillero, algo que está muy lejos de sus requisitos; los delitos de Cristina Fernández de Kirchner y Correa son, que siendo presidentes clase media e intelectuales, se preocupen por el pueblo, se identifiquen y trabajen por él y las masas de menos recursos económicos. El delito de Chávez es haber sido un presidente afrodescendiente y con verruga, pero también haberle demostrado a la burguesía y al imperio que con él no harían más negocios ni fortunas; el delito de Fidel fue ser un presidente contestón, que no aceptó jamás las insolencias, los atropellos, abusos ni las órdenes de los yanquis, pero su peor delito fue ser el más grande ejemplo de dignidad, moral, consecuencia y lealtad a los principios y valores revolucionarios, el más hermoso y valioso tesoro que un dirigente podrá dejar a su pueblo. Y eso nos lo dejó Fidel a todos los revolucionarios latinoamericanos.

Asimismo como Chávez nos dejó a los venezolanos el aprendizaje sobre la importancia del estudio permanente para garantizar el avance sólido y constante del proceso de cambio revolucionario; el saber de la firmeza y fortaleza que debe tener esta confrontación de clase como única forma de que el esfuerzo por la conquista social no se disipe ni se quede en combativas marchas y manifestaciones, que aun cuando son muy importantes, si no se está claro en el objetivo, se corre el riesgo de que no pasen de un merecido derecho a la protesta de calle con mucho furor y combatividad; pero sin el contenido político-estratégico que le imprime el carácter de lucha de clase, a la que no se puede renunciar hasta no lograr la transformación social y la construcción de la nueva sociedad.

Los últimos acontecimientos acaecidos a finales de 2019 representan el despertar de los pueblos diciendo basta, y expresados con mayor fuerza en las calles de Ecuador, Chile, Colombia, Panamá. Esta realidad también se viene presentando, aun cuando de forma intermitente (pero igualmente,

hablando el mismo lenguaje rebelde e insurgente, que va indicando el camino de los indignados) en Paraguay, Honduras, Guatemala, en un despertar que reclama el cese de las injustas políticas neoliberales. Ese mismo despertar se expresa en los resultados electorales de México y Argentina, los cuales también constituyen unas sólidas respuestas, igual a la defensa que vienen haciendo los pueblos de Nicaragua y Venezuela de sus respectivos procesos de cambio, las veces que han tenido que enfrentar los intentos de la irracional y lacaya derecha, que busca derrotar los avances revolucionarios en estos pueblos de América Latina, en su obcecado propósito de no aceptar la verdad de los hechos y la realidad del fracaso de estas políticas que son fiel expresión de lo que representa el capitalismo salvaje. A los representantes del pensamiento neoliberal no les ha quedado otra opción que echar mano de la manipulación y la falaz mentira, buscando como siempre acostumbran, distorsionar los hechos y el curso de la historia.

En el pasado, la culpa de las protestas, el descontento y todas las acciones desarrolladas por los movimientos sociales en América Latina se la achacaban a la Cuba de Fidel y al comunismo, que como fantasma, recorría el mundo. Ahora le incorporaron a Rusia y a Nicolás Maduro, y lo que ellos denominan el eje del mal, que son Nicaragua, Cuba, y Venezuela; es decir, para el neoliberalismo no son las políticas excluyentes, deshumanizadas y antitrabajador lo que ha generado las oleadas de rechazo global al capitalismo; según sus opiniones, son los rusos, los venezolanos, los nicaragüenses y cubanos los investigadores y responsables del descontento; ni por equivocación aparecen por ninguna parte el FMI, el BM el BID, ni ningún otro organismo depredador de las riquezas y recursos del continente. Al imperialismo y sus lacayos les cuesta entender, que los pueblos de América han aprendido que los gobiernos proyanquis son cómplices de las políticas reaccionarias, los

generadores de la gran desigualdad social que abona el terreno de donde surgen los movimientos sociales de masas y los estallidos insurreccionales, que cada día son más frecuentes en nuestro continente. Estos estallidos sociales contra el capitalismo y sus acólitos, en el panorama mundial, nos imponen la tarea de hacer un mayor énfasis en la labor de concientización de la masa laboral y demás sectores populares. Es necesario un trabajo articulado, programado, permanente y dirigido a la consolidación de los movimientos sociales que van de jornada en jornada, de explosión en explosión, que se pierden en el espacio y tiempo al faltar el ingrediente ideológico programático que debe tener todo movimiento de masas que busque el cambio de las estructuras del poder político. En esto el comandante Chávez fue insistente y gracias a esa insistencia es que hoy en Venezuela se les ha hecho difícil a los reaccionarios su política contrarrevolucionaria y golpista. La patria de Bolívar y Chávez ahora cuenta con hombres y mujeres con mayor preocupación por aprender lo que ocurre en el mundo. Hemos logrado elevar nuestro interés por la lectura, la escritura y en general por el aprendizaje, gracias a Chávez; ese a quien los voceros tarifados del capitalismo llamaron dictador y autoritario. Extraño dictador, siempre preocupado por la cultura, y porque el hombre y la mujer del pueblo se interesaran por aprender y descubrir esa gran mentira del imperialismo de que somos pobres porque “Dios echó al mundo ricos y pobres, y a nosotros nos tocó ser pobres”; es decir, según esta teoría nuestra realidad se debe a una determinación de Dios y no al saqueo de nuestras riquezas, a la desigual distribución de bienes y recursos, ni a la explotación del rico contra el pobre, del empresario contra el trabajador. Entre esas maravillosas cosas que el espíritu formador de Chávez nos dejó como enseñanza, está la de que la formación no es un trabajo de temporada, ni eventualidades. La preparación política tiene y debe ser una actividad permanente

del trabajo revolucionario, en todos los organismos y niveles de la estructura organizativa, desde el más alto nivel, hasta el más humilde equipo de trabajo; en la fábrica, la comunidad, la academia, etc. La rebeldía, la fogosidad y la capacidad de acción, sin preparación ideológica, sin capacidad organizativa ni visión política son solo pasajeras protestas sin posibilidades de canalizar ni cristalizar el proyecto político-ideológico, que se necesita para cambiar la realidad que origina ese descontento en cuestión, y en esto, los trabajadores como sector social muy determinante, deben jugar un importante rol para que las luchas revolucionarias se encaucen hacia los cambios profundos que exige la transformación social que los pueblos oprimidos están reclamando. A ese grito rebelde que hoy se escucha en las calles de muchos pueblos de América, hay que darle contenido insurgente, organización y un programa de lucha para que no se pierda ni caiga en el vacío y la desesperación; debe convertirse en estructuras con conciencia de clase y espíritu revolucionario permanente, con un objetivo claro sobre la toma del poder político por parte del pueblo organizado, como recompensa a su constante esfuerzo por la dignidad, la paz y el derecho a una mejor calidad de vida. Aquí está pues, otro compromiso ineludible para la clase obrera en revolución, que es trabajar sin descanso para darle el contenido político, ideológico y organizativo al descontento y brotes de protestas de los diferentes sectores sociales que buscan con gran esfuerzo abrirse camino hacia la consolidación del bloque histórico, donde los desposeídos y los liderazgos de bases, estén al frente de la verdadera transformación social que se persigue. Importante es puntualizar que Chávez no solo se preocupó por la formación del venezolano, también se ocupó de ello, y eso lo condujo a pensar y crear las condiciones y estructuras que ayudarán a cumplir este objetivo. Una de estas iniciativas fue la creación de nuevas imprentas y el fortalecimiento de las

ya existentes, para desde allí impulsar con ese material como artillería del pensamiento, la lucha contra la enajenación y la alienación cultural de los sectores populares. Fue así como nació la Fundación Imprenta de la Cultura, instrumento importante en la formación cultural y política del venezolano, que entre otras cosas, garantiza a los venezolanos el acceso a textos de diversos tópicos, a precios populares. Asimismo, la cita de todos los años con el mundo de la literatura, y que la conocemos como la Feria Internacional del Libro de Venezuela (Filven), constituye un emotivo y esperado encuentro de venezolanos y venezolanas con otras mentes pensantes del mundo, amantes de las letras, seguidores del libro; que nos abre sus páginas a todos, grandes y chicos, ricos y pobres, como debe ser en revolución. Anualmente, nos encontramos en ese constructivo y esperanzador escenario que nos motiva y nos alienta con múltiples informaciones, mensajes, experiencias y muchos otros datos y consejos, para darle gracias a este gran educador que fue Chávez, por lo tanto que luchó para que naciera en nosotros ese constructivo hábito de querer saber qué dicen los libros, qué enseñan los textos. Pero este reconocimiento a esa gran gesta liberadora del conocimiento no estaría completa, si no tomamos en cuenta otro esfuerzo que está detrás de cada libro, folleto o revista que encontramos en la Feria del Libro, y es el esfuerzo de los trabajadores de las imprentas de donde provienen estos libros; hombres y mujeres que han dedicado horas de trabajo en la oficina, en el taller, en la planta; son los héroes y heroínas que día tras día van sumando energías y aunando esfuerzos y sacrificios para que junto al trabajo de autores y autoras, hacernos llegar esas grandes y pequeñas obras que ahora podemos disfrutar cada año, en la Venezuela revolucionaria de Chávez y Maduro, quienes hicieron posible que el intelectual, el hombre y la mujer de letras, el obrero y la obrera de la imprenta se unan en un solo esfuerzo para

continuar teniendo presente todos los años la gran obra del Comandante Supremo y los trabajadores: la Feria Internacional del Libro. Esos libros que surgen del talento de intelectuales y revolucionarios y que toman vida en las manos de mujeres y hombres que laboran en las plantas de nuestras imprentas, son el arma que seguimos necesitando, para que ese grito rebelde que hoy se escucha en las calles de muchos países de América Latina sirva de guía a esta explosión de descontento; para que esas masas se conviertan en equipos permanentes de trabajo, organizados en estructuras, formadores de conciencia y de un espíritu revolucionario permanente, en función de que no se extinga la chispa que habrá de encender la pradera, en una lucha sin descanso ni cuartel, por la verdadera independencia de la clase trabajadora, en su combate diario por la paz, la dignidad y el derecho a una vida más humana; objetivo por el que luchó hasta sus últimos días, nuestro eterno comandante. Chávez, el más grande de los comunicadores que ha tenido nuestro proceso revolucionario, nos enseñó que como instrumento de lucha, hoy más que nunca la comunicación tiene gran relevancia en este enfrentamiento de clase, porque difunde y colectiviza el conocimiento, como arma contra la alienación y el interés capitalista de mantenernos aislados y de espaldas a los inevitables procesos de avances revolucionarios, que se dan inexorablemente en la sociedad en la que vivimos. Detrás del proceso de la comunicación, existen miles de hombres y mujeres que son los aliados naturales de todos los otros trabajadores, pues su labor está vinculada de forma directa con el derecho universal que tiene la clase obrera del mundo a cambiar el rumbo de la historia con su participación en el proceso productivo.

Estos hombres y mujeres son quienes hacen posible esa gran maquinaria portadora de la esperanza, la ciencia y el conocimiento, contra un mundo esclavizante que pretende atarnos

a una infernal explotación, limitados solo a lamentaciones y sollozos, que solo con rebeldía, objetivos claros y organización serán oídos.

Hay que rescatar y darle el valor que tiene la labor del trabajador de la comunicación, entre los cuales queremos destacar a las y los trabajadores de las imprentas, anónimos artistas de las artes, las ciencias, la historia y todo lo que por sus manos pasa, para convertirlo en valioso tesoro, instrumento y arma para todas las batallas, que es en lo que se convierte el libro en las manos del médico, del ingeniero, del militar, del economista, del arquitecto, etc.; pero que antes tuvo que pasar por las del que opera la impresora, la encuadernadora, la refiladora y demás herramientas, que unido a un sentido de patria y una sólida conciencia de clase, hacen de estos hombres y mujeres, un verdadero frente de lucha contra nuestros eternos enemigos que son muchos; el imperialismo y su prostituida manera de entender las relaciones entre iguales, el mercado de los buitres transnacionales, la campaña ideológica acompañada de misiles, bloqueos, chantajes, manipulaciones y golpes de Estado, donde cipayos serviles, hambrientos de poder y de fortunas fáciles, sirven de peones al patrón del Norte, y a las oligarquías neoliberales del continente americano; es a esto a lo que nos enfrentamos en fábricas, aulas, oficinas, calles, para sacudirnos esta realidad de miseria, explotación y alineación; tratando de que la ciencia, la inteligencia y el trabajo creador, puedan servir a la revolución, para la gesta libertaria, contra la imposición, la barbarie y la sinrazón.

Los trabajadores de la comunicación, alienados, y confundidos, también pueden sacudirse los parásitos que desean mantenerlos en las tinieblas y alejados de la importancia que tiene su desempeño como trabajadores del pensar y el saber; algo que los convierte en eslabones sociales al servicio de un sector de clase, enfrentados a una miseria que ahoga y destruye

el espíritu rebelde y las posibilidades reales de acabar con el régimen de explotación del hombre por el hombre.

Los trabajadores de la comunicación, cualquiera sean sus funciones, forman un gran ejército, entre los que se cuentan: periodistas, escritores, fotógrafos, camarógrafos, impresores, y todos los que de una forma u otra, trabajan en función de informar, educar, ilustrar, concientizar y formar al mundo, para la construcción de una sociedad anticapitalista y la adopción de formas de convivencias diferentes a las impuestas por el capitalismo. Es una tarea asumida en conjunto, tanto los que la cumplen desde el campo teórico-científico, como los que la desarrollan desde el terreno técnico, administrativo, etc.; pero siempre tras el mismo objetivo: llevar conocimiento a los diversos sectores y comunidades, para enriquecer su beligerancia revolucionaria, y transmitir la certeza de que es posible alcanzar una vida mejor, de que es posible otro mundo distinto al de la ideología de la resignación, del conformismo, de la desesperanza, de la apatía, del fatalismo y del pesimismo. Ese mundo producto de la aceptación de la pobreza como una determinación divina, que explica y justifica las relaciones de opresión provenientes de un orden social profundamente injusto.

Los momentos que vivimos exigen que a todos los trabajadores de la comunicación se les consideren como el ejército que empuña el arma de la palabra, la imagen, las letras, los símbolos, etc.; todos los que abracen el trabajo de la comunicación anteponiendo la ética, la conciencia y la técnica en una lucha permanente para derrotar la vida miserable, la debilidad y la impotencia con lo cual quieren subordinarnos a la clase dominante; con aquella máxima implantada de que: “Nací pobre, nací campesino, nací sometido y ese es mi oficio”. Es la frase repetida una y mil veces por los hijos de la tierra a quienes se les engaña y explota. Este “razonamiento” capitalista es lo que hace cada día más necesaria la comunicación revolucionaria,

como la artillería de luz que levanta al cielo las banderas del conocimiento, la esperanza contra la angustia, contra el hambre eterna que viven los pueblos humildes.

Unamos al conocimiento, al esfuerzo y a la filosofía que hay en la comunicación revolucionaria; identidad y unidad fraterna para debatir y construir abiertamente sin excluir a nadie, sino pensando y actuando en conjunto, para liberar a la humanidad de todo aquello que oprime en el campo de sus necesidades más elementales.

Las distintas formas de comunicación que se plantean servirles al pensamiento de cambio, al progreso y al desarrollo social de la humanidad, libran una gran lucha contra la ignorancia, la apatía y la embestida capitalista; en ese campo de batalla están los trabajadores de toda la rama comunicacional. Detrás de la radio, detrás del periódico, de la televisión, del libro, de la revista, hay cientos de hombres y mujeres que hacen posible el derecho a la investigación y la información de la humanidad; el derecho a la libertad que nos aporta el conocimiento y la información. Así como tomamos a los trabajadores gráficos como ejemplo del esfuerzo que la clase obrera aporta a los avances sociales y por el cambio revolucionario, también podríamos hablar de cualquier otro sector de trabajadores que realiza la misma tarea en función de la sociedad; porque así como este libro es obra de los trabajadores, igualmente todo lo que alcanzamos a ver y tocar, es obra de los trabajadores. La humanidad le debe la construcción del mundo a los trabajadores, quienes con constancia y dedicación, aprendieron a forjar comunidades y sociedades acordes a las necesidades y realidades del momento. Hoy día en nuestro contexto histórico, la clase obrera en general necesita tomar conciencia de que su poder es determinante para edificar ese mundo que todos merecemos como seres humanos, así como también para construir los grandes proyectos que están ligados

a su accionar consciente y organizado como instrumento político-ideológico, en el enfrentamiento de clase que la irracionalidad capitalista nos obliga a librar, y donde unos trabajadores con conciencia de clase, son la garantía del instrumento con contenido clasista y revolucionario, que evita la caída del proceso de cambio, como sucedió en algunos casos donde creímos estar fortalecidos. Nos referimos a Brasil, Argentina y Bolivia, por tener ahí gran respaldo obrero, solo que los resultados hablan de que allí la conciencia del papel a cumplir por los trabajadores en momentos cruciales, al parecer no estuvo muy clara, lo que nos ratifica algo que debemos tener siempre en mente, que es que a la clase obrera así como la ganamos para votar por la izquierda, también hay que enseñarla que solo en la medida en que los revolucionarios mantengamos nuestros principios ideológicos, conjugemos teoría y práctica, impulsemos y vigilemos desde los mismos procesos sociales las conquistas y los avances de los cambios estructurales, solo así aseguramos la viabilidad hacia la transformación social e ideológica; para cerrarle el paso en forma definitiva al enemigo histórico de los pueblos: el imperialismo y sus serviles acólitos sin patria, valores ni principios. Una vez en el poder, la revolución tiene mucho trabajo, responsabilidades y compromisos, siendo uno de los más urgentes preparar desde todo punto de vista al pueblo y principalmente, a la masa obrera. De esto depende todo lo demás. Los revolucionarios no podemos descuidar la tarea de blindar y fortalecer los espacios conquistados con esfuerzo y muchos años de lucha; estamos obligados a aprender de los retrocesos en El Salvador, Ecuador, Honduras, Bolivia. Debemos revisar y analizar con responsabilidad, la política y la estrategia que la izquierda debe aplicar desde el poder, que permita por un lado evitar la arrogancia, y por el otro, la ingenuidad que muchas veces conduce a olvidar e ignorar la división de clase; la cual no

desaparece con una simple victoria electoral; por ejemplo, algunos sectores económicos que muchas veces aparentan aceptar los gobiernos progresistas, conviven bajo su techo, haciendo grandes negocios, fortaleciendo sus empresas y apoyándose y aprovechando las políticas del Estado; pero llegado el momento de las definiciones, sacan a relucir su verdadera posición capitalista y pasan a formar parte de la conspiración, el boicot, la componenda y el complot para derrocar a quienes les han servido, apoyado y hasta financiado su crecimiento económico. Venezuela es un vivo ejemplo de eso, donde un sector como el bancario constituye uno de los que más ganancias ha obtenido con los gobiernos de Chávez y Maduro, progresando como ningún otro, a ritmo acelerado. El sector de clínicas, laboratorios e institutos médicos privados, han crecido con los gobiernos socialistas, mucho más que en los gobiernos neoliberales. El comercio no cesa en su prosperidad, principalmente las grandes cadenas de supermercados e hipermercados, y así muchos sectores acogidos a las políticas de apoyo económico de los gobiernos de corte progresista, cuando tienen la oportunidad, no la desaprovechan para aparecer enfrentando y atacando a estos gobiernos, desde sus posiciones clasistas naturales: federaciones, cámaras y asociaciones de inequívoca filiación oligárquica y reaccionaria. Nuevamente Ecuador, Nicaragua, El Salvador y la misma Venezuela, son ejemplos de esto. Los ricos se pliegan a los proyectos económicos de los gobiernos progresistas, pero al momento de decidir, optan por las vías contrarrevolucionarias, declarándose enemigos jurados de quienes les apoyan y financian sus empresas y fortunas. El sector militar y policial es otro terreno donde no se puede pecar de ingenuo, creyendo que quienes vienen siendo dirigidos, formados y mantenidos por el capitalismo, la Escuela de las Américas y el Pentágono, pueden convertirse de la noche a la mañana en revolucionarios por el

solo hecho de que un revolucionario gane unas elecciones en el país. Son perros amaestrados (con pocas excepciones) que carecen de valores, principios y patria, o que si llegaron a tener algo de eso, lo cambiaron por dólares de los que el imperio tiene destinados para comprar esta especie, siempre devaluada y en rebaja en el mercado de la miseria humana. Nunca debemos olvidar lo que decía el Che Guevara sobre el capitalismo, que no hay que darle ni un tantico. Hoy lamentable y tardíamente, ya lo saben Dilma Rousseff, Correa, Zelaya, Lugo, Sánchez Cerén y Evo Morales. Convenzámonos de que no vamos a derrotar al enemigo con sus mismas armas. El socialismo tiene que crear sus mecanismos, sus armas, sus militares, sus jueces y sus policías, para mayor seguridad del proceso de cambio revolucionario. En Venezuela gracias a esa visión estratégica que siempre caracterizó al comandante Chávez, hemos avanzado en este sentido. Hoy los militares venezolanos andan junto al pueblo trabajando en todas las áreas productivas y formadoras, vinculados al pueblo de donde provienen los hombres y mujeres verde olivo. Eso hace la diferencia con el resto de los militares de América Latina, donde el poder que representan solo sirve para sostener a gobiernos antipopulares, déspotas, que solo obedecen las órdenes de las oligarquías y del imperialismo; órdenes que implican reprimir, desaparecer, asesinar al pueblo y a las organizaciones progresistas en la región. Estas y otras experiencias hacen que nos preocupemos por desarrollar un arduo trabajo en el seno de estos sectores, para hacer del pueblo uniformado un incondicional aliado, pero con conciencia, con principios, con valores y sentido de pertenencia con su patria, con su pueblo, con su historia. ¿Adoctrinarlos?, sí, adoctrinarlos, pero no para que salgan de sus cuarteles a masacrar al pueblo, no; solo para que se preparen científica e intelectualmente y puedan dar su valioso aporte a la construcción del nuevo Estado, el país de todos; no para que sirvan de ciego

instrumento, sostén de dictaduras y gobiernos títeres de Washington; sí para que aprendan a sentir y defender su patria de depredadores y saqueadores propios y extraños, que a través de los años nos han demostrado ser los peores enemigos del desarrollo y la independencia de nuestros pueblos, igual que la religión, que con suficiente evidencia ha quedado claro que a través de la religión, el imperialismo pretende penetrar las organizaciones y movimientos sociales en América Latina, para hacerse de gobiernos cipayos y serviles; ya no es la forma simulada y soterrada de siempre; ahora es abierta y descaradamente como echan mano de las religiones como arma para tumbar gobiernos y enfrentar a los nacientes regímenes progresistas latinoamericanos. Ejemplos más recientes de ello son Brasil, donde Bolsonaro gana unas elecciones apoyado por la Iglesia evangélica y Bolivia, donde una golpista se autoproclama presidenta con una biblia en la mano. Todo esto llama a reflexionar sobre que ya los “misioneros” no son solo esos que van de puerta en puerta “llevando la Palabra del Señor”, ni los que permanecen en las iglesias dándose golpes de pecho; ahora la palabra es otra, y los golpes no son de pecho, son bastante sangrientos y nada cristianos. Hay que asumirlos como voceros de una política pensada, planificada y financiada, para enfrentar y derrotar a los procesos de liberación popular que vienen surgiendo en América Latina, y que hace rato le quitan el sueño al imperio y sus perritos falderos; esos que son incapaces de ladrar si no se lo ordenan desde Washington, y que solo serán recordados por el pueblo, como los miserables, traidores, vendepatrias; conducta que los traicionados de América no olvidarán y en algún momento sabrán cobrarles.

## Bolivia como experiencia

Lo sucedido en Bolivia nos ratifica lo que no debemos olvidar nunca, que el poder circunstancial, no es solo para reparar lo que el gobierno capitalista ha dejado de solucionar, remediando el malestar y las injusticias sociales. De ninguna manera se trata de caerle encima a Evo Morales por los resultados, ni de críticas mal intencionadas; lo cual no sería ni honesto como tampoco de revolucionarios objetivos, leales y solidarios. Pero sí es verdad que es una oportunidad para analizar cómo es que una gestión como la de Evo Morales, que dedicó todo el esfuerzo al bienestar de su pueblo, no tuvo el respaldo necesario para enfrentar la arremetida fascista de la oligarquía boliviana. Obviamente, esto obliga a un análisis y una revisión constructiva sobre lo que pudo haber contribuido y facilitado el derrocamiento del proyecto revolucionario boliviano; entre eso, posiblemente, haber puesto el énfasis solo en lo asistencial, descuidando la necesidad de impulsar el trabajo de implantar como alimento al espíritu revolucionario, la conciencia social en el pueblo y sobre todo, en determinados sectores que son claves en la fortaleza y seguridad del proceso de cambio. No es fácil entender cómo un gobierno que levantó la economía del país y el nivel de vida de sus habitantes haya sido tan fácilmente derrocado por la derecha reaccionaria, bastante desprestigiada en el escenario político del país. ¿Tan débil fue su base de sustentación? ¿Qué pasó con el poder de la clase obrera y de la combativa Central Obrera Boliviana (COB)?

Los acontecimientos y sus resultados generan muchas preguntas, a las que una respuesta acertada podría ser la falta de una debida atención al trabajo político-ideológico dentro de los sectores populares, como factor decisivo de las transformaciones sociales. El presidente cumple papel importante como líder y conductor de la política y el programa estratégico; pero un presidente no podrá hacer nada sin el pueblo, y para contar con el apoyo de ese pueblo hay que prepararlo, crearle conciencia revolucionaria de que las revoluciones son obra solo de una gran masa organizada y clarificada sobre la misión que debe cumplir, para fortalecer y solidificar la transformación del Estado capitalista-neoliberal en un Estado socialista y revolucionario que vele por los derechos sociales de las grandes mayorías. Ese Estado no se podrá construir si no formamos el hombre y la mujer nuevos, distintos al que el capitalismo y su aparato mediático han penetrado, con su veneno individualista y reaccionario. Hay que enseñarles primeramente que el socialismo no es populismo. Un populismo que no fomenta el desarrollo de las capacidades humanas, contrariamente estimula a una actitud pasiva del Estado y de los líderes responsables de las respuestas y las líneas políticas, al servicio de las luchas del pueblo. Los gobiernos de izquierda cuya visión política es la transformación de la sociedad no pueden limitarse a mejorar y reformar el sistema político, tratando de hacer los cambios desde arriba. Lograr esta transformación política pasa por involucrarse en los desarrollos comunitarios. Es necesario cambiar la mentalidad del trabajador, del joven, del policía, del soldado, del funcionario en general, la ama de casa, etc. En Bolivia se trabajó de forma acertada el aspecto de asistencia social y se alcanzaron importantes avances en la materia, pero no se dio la suficiente atención a la construcción del revolucionario auténtico, a los liderazgos clasistas, leales, con visión y convicción, para posicionarse dentro de las masas populares

y poner su talento y conocimiento al servicio de la construcción de una sociedad del buen vivir para toda la colectividad. Nadie podrá negar que ganar el control del Estado ayuda a los avances en las mejoras de las condiciones materiales vitales para los sectores populares, ya que este poder permite el acceso a recursos y posibilidades que no teníamos antes, y que son indispensables para armar el ejército popular sobre el cual descansa el compromiso revolucionario, como única garantía de triunfo. Esto es algo que no está en discusión. Pero desde todo punto de vista, es necesario poner en claro, que solo la vinculación del trabajo asistencialista, con la formación ideológica y política, nos va a proporcionar poder alcanzar el nivel de conciencia y el conocimiento propio de una organización, capaz de guiar el proceso del verdadero cambio revolucionario, el cual no es un simple cambio, ya que se trata de un proceso de desarrollo humano y no de recetas abstractas. Este nivel de conciencia nos va a permitir ganar la batalla de la democracia popular y arrebatarle gradualmente todo el capital a la burguesía; objetivo final de la lucha de clase entre pobres y ricos, de donde ha de surgir el Estado de la clase trabajadora, como arma esencial en la lucha contra el capital; que será la única garantía de que los medios de producción estén bajo control de los productores organizados en cooperativas, comunas ligas, etc., y para encauzar y manejar los recursos, lejos del alcance de monopolios y grupos que solo buscan el lucro personal y no el colectivo. No obstante este tropiezo, en Bolivia los latinoamericanos abrigamos la firme esperanza de reconquistar el espacio más temprano que tarde, y con el agregado de la experiencia vivida confiamos haber aprendido que desde cualquier posición en que nos encontremos, los revolucionarios no podemos confiarnos del enemigo de clase; hay que enfrentar a fondo la cultura capitalista, sin rodeos, ni medias tintas; priorizando el contacto directo y permanente con el pueblo y los

desarrollos sociales de base; atendiendo sus demandas y aspiraciones; dándole voz a los que nunca la han tenido, haciendo visibles a los invisibles, los marginados, olvidados y explotados. Todo esto ha de ponerse en marcha sin subestimar ni quitarle el valor que tiene para la causa revolucionaria el dotar de conocimiento, cultura política y revolucionaria, al contingente de hombres y mujeres con los que vamos a dar la batalla por la soberanía, la dignidad y la victoria de la clase obrera, sobre la burguesía y el capitalismo. Hay que valorar el trabajo social del presidente Evo Morales en Bolivia, como el ejemplo de lo que debe hacer un gobierno comprometido con los problemas de las comunidades; esa parte del compromiso se cumplió a cabalidad, pero a la luz de los hechos, todos tomemos debida nota de que hubo algo que no se profundizó en el seno de los trabajadores, los militares y el sector de la policía, y ese algo es que los revolucionarios tenemos que gobernar con los revolucionarios, para lo cual debemos formar esos revolucionarios, porque así como Simón Rodríguez exigía republicanos para poder construir la República, hoy también necesitamos revolucionarios para poder hacer nuestra revolución. Por eso la insistencia en la preparación ideológica del pueblo en general. Ningún militante de la revolución debe permanecer al margen de la tarea de formación; función esta, que debe desarrollarse trabajando junto al pueblo, en su lucha diaria por transformar sus condiciones materiales, conjugando teoría y práctica; sin lo cual no estaremos construyendo el cambio radical, ya que es allí donde se pierde o se gana la batalla social y de apoyo a la revolución. Hay que sacar a las masas de la vieja cultura capitalista para construir con ellas el poder socialista y avanzar en el proceso de recuperación y articulación de las fuerzas revolucionarias y todos los sectores populares que se mantienen al margen de la política, y en el peor de los casos, formando parte del lado equivocado de la política del cambio, convirtiéndose

en una masa enferma, conformista y alienada; instrumento de los enemigos de una sociedad soberana y socialista, donde todos vivamos con justicia y bienestar social: el Socialismo

## Honor a quien honor merece

Qué difícil resulta escribir acerca de un compañero del cual hay tantas cosas que decir, sobre todo si sabemos que de lo que se trata es de una definitiva despedida, porque ya no estará más entre nosotros para seguir caminando juntos con nuestras ilusiones a cuestas, en busca de la justicia social que no nos cansamos de perseguir y que siempre nos identificó y nos unió, cual yunta que enlaza esperanzas en un mañana que no nos cansamos de buscar, aun cuando a mitad o al final del camino surjan algunos matices de diferencias. Quienes conocimos y compartimos distintos momentos de la vida militante con Jesús María Pacheco, quienes anochecíamos en la fábrica en una toma con Pacheco, quienes amanecíamos en el sindicato afinando un contrato colectivo acordando planes y estrategias de última hora, sabíamos entonces, sabemos hoy y sabremos siempre, que nació revolucionario, vivió revolucionario y murió como lo que siempre demostró ser, un auténtico revolucionario.

En Pacheco estuvo presente siempre el frontal crítico de todo aquello que no compartía, o que según su punto de vista no encajaba en la meta, el criterio, o la conclusión que buscábamos en determinado momento de nuestra agitada vida militante. Igualmente, encontramos el hombre siempre presto al apoyo solidario en cualquier terreno y circunstancia requerida, el maestro cuyos consejos y orientaciones siempre nos ayudó a solventar las difíciles encrucijadas con las que teníamos que enfrentarnos en la azarosa vida revolucionaria de una

militancia dura, difícil, peligrosa, pero donde todos derrochamos alegrías, y nos sentíamos orgullosos de haber tomado ese camino, porque sin hacer odiosas comparaciones, en aquellos momentos todos sabíamos lo que hacíamos y por qué. En esa gran escuela que fue nuestra militancia en Caracas, principalmente en Catia y el 23 de Enero, Pacheco fue el gran director que ayudó a fraguar un contingente numeroso de hombres y mujeres con sólidas bases y claro criterio de lo que es el compromiso con la causa revolucionaria. Pacheco fue siempre un revolucionario con principios y valores, los cuales supo defender en las diferentes trincheras desde donde le tocó confrontar sus convicciones y postura revolucionarias, una actitud rebelde que no pudo doblegar ni la dictadura perezjimenista, como tampoco los represivos gobiernos adeco-copeyanos del puntofijismo, experiencias estas en la que Pacheco fue ejemplo de consecuencia, sacrificio y mística del militante que se consagra a la causa en la que cree y por la que está dispuesto a morir si es necesario. Con Pacheco pateamos muchos terrenos y vivimos las miles situaciones que deparaba aquella lucha llevada a cabo en condiciones nada favorables para quienes se enfrentaban al sistema imperante de aquellos tiempos en que negarse a aceptar lo establecido era jugarse la vida, con muchas posibilidades de perderla. Fue en esas condiciones en que con Pacheco y otros avezados dirigentes fuimos aprendiendo a desafiar el peligro, a valorar nuestro esfuerzo ignorando los sinsabores y las limitaciones nada significativas ante los ejemplos que nos daban aquellos que nos guiaban, y Jesús María fue siempre el más cercano a todos nosotros. Todo fue secundario ante la esperanza de la otra vida distinta al capitalismo, el otro mundo del que nos hablaba la historia revolucionaria que en otras partes habían logrado otros luchadores, como los barbudos bajados de la Sierra Maestra, allá en Cuba. Fue Pacheco el del esperanzador aliento ante la derrota, la incertidumbre

y el desaliento por los pocos resultados de nuestros esfuerzos. Jamás olvidaremos los consejos y arengas muy a tiempo con las que nos levantaba y nos volvía al camino de la estimulante tarea militante, con tal grado de estímulo que fueron muchas las veces que el avasallante recurso del enemigo no le alcanzó ante el vigoroso fervor y la mística militante de los cabeza calientes que éramos entonces. Digno de resaltar los difíciles días de la discusión interna del MIR y la posterior división. Para muchos allí se acababa todo, atrás quedaron las ilusiones, las esperanzas, el esfuerzo de muchos años, de mucha y valiosa gente, ya era demasiado duro el golpe para entusiastas muchos que habían puesto en aquel proyecto lo más valioso de su tiempo, conocimiento y espíritu combativo por el cambio en que creíamos todos; una vez más Pacheco asumió su tarea de conductor experimentado, del maestro consejero lleno de paciencia y experiencia para explicar todo lo que había que explicar y razonar sobre lo desconcertante de los hechos, los nuevos derroteros y el reto que ante nosotros se abría. Por todas estas experiencias que son bastantes, podríamos decir que fue mucha la gente que tuvo en Jesús María esa voz orientadora que tanta falta hace cuando nos agobia el desespero sin encontrar respuestas ni salidas a los conflictos, que en nuestro caso y para la época abundaban. Así anduvimos con Pacheco por muchas partes, en la reconstrucción del MIR luego de la lucha armada, en los textileros de Caracas y Miranda, en los barrios de Catia y el 23 de Enero, en el Sindicato del Vestido, en la Central Unitaria de Trabajadores de Venezuela (CUTV) y muchas otras partes donde creíamos necesario llevar el mensaje contra la explotación, por la liberación nacional y contra los atropellos de los gobiernos adeco-copeyanos de la época.

En este homenaje a Pacheco no podemos pecar de injustos y de poco objetivos al hablar de él, pues quienes supimos desde cerca de la vida y andanzas de Jesús María, sabemos que

junto al esfuerzo, el sacrificio y la voluntad de Pacheco, estaba también todo eso mismo, de su fiel e inseparable compañera de toda la vida, Auristela, quien formó parte de esas tantas y anónimas guerreras que les toca batallar desde el hogar para ayudar a un esposo que afuera en la calle ayuda a un país, a un pueblo, luchando por el cambio revolucionario y la justicia social. Sin ese apoyo moral, sentimental, humano y de todo tipo que representó Auristela para Pacheco, difícilmente él hubiese podido desarrollar todas las actividades y compromisos que cumplió en su larga trayectoria como dirigente político. Al lado del dirigente curtido y experimentado que fue Pacheco siempre encontramos a la gran esposa, a la preocupada madre, a la comprensiva y solidaria compañera, ayudándole a que la misión fuese menos complicada, más comprendida y compartida en el seno de la familia. Es este el aliento y la satisfacción que requiere todo revolucionario que dedica íntegramente su vida a la revolución. Muchas veces la dedicación, la permanencia y la consecuencia en el combate revolucionario, depende de ese gran apoyo, de esa comprensión, de ese soporte siempre a nuestro lado. Pacheco tuvo la dicha de tener siempre con él, toda la comprensión, el apoyo y la solidaridad que supo brindarle durante toda su vida la gran mujer, la gran compañera que fue Auristela y algo más, la gran revolucionaria, porque esa es la actitud, la conducta y la otra manera, como a muchas compañeras les ha tocado cumplir su cuota, su responsabilidad y su tarea revolucionaria. A Pacheco y Auristela, mil gracias por aquellos días, cuando sin mucha filosofía, en carne propia y en la práctica diaria, entre muchas otras, nos enseñaron qué cosa era aquello que estaba muy en boga por aquella época, y que luego supimos era la Solidaridad entre revolucionarios. Una cualidad que se cultiva y se fomenta en los momentos más difíciles y entre quienes hacen del apoyo y el esfuerzo colectivo un hábito y una práctica íntimamente ligada al compromiso

entre compañeros y la hermandad revolucionaria. Así fueron ellos, así queremos recordarlos siempre, quienes tuvimos la fortuna de haber sido sus compañeros y amigos.

## Se hace camino al andar

### A Luis Mendoza

Cuando un amigo sencillo, noble, solidario y con un alto sentido de la palabra amistad nos deja, es cuando caemos en cuenta de que esta especie de seres humanos no es eterna, su forma de ser y su condición humana nos hace aferrarnos a él. Que no podemos ni queremos aceptar que con esos dones que le conocemos a Luis, un día cualquiera ya no lo tengamos entre nosotros. Luis fue el amigo en el más amplio sentido de la palabra, el que todos tuvimos al lado en cualquier momento difícil que hayamos vivido; el compañero de la discusión franca y la constructiva crítica. En Luis tuvimos al compañero, siempre preocupado porque hiciéramos las cosas como corresponde, con una conducta y un criterio enmarcados en las buenas costumbres y una concepción militante con la práctica y el discurso. No será fácil olvidar las horas, los días y los años vividos junto a Luis, en los azarosos momentos del compromiso revolucionario, tanto como trabajador preocupado por sus compañeros de trabajo, al igual que como estudiante responsable, inquieto y pendiente por superarse y labrarse una formación académica, que jamás perseguía un interés de lucro, sino prepararse para cumplir una mejor y más productiva labor para su país. Junto a las coyunturas difíciles que deparaban los compromisos gremiales y políticos, con Luis recordaremos también los amenos días y noches donde en hermosa armonía y contagiosa camaradería gozamos de sus amenas anécdotas de su San Mateo querido; siempre presente en todo momento

en él. Camarada Luis, te estaremos eternamente agradecidos por haber sido como fuiste junto a todos nosotros tus amigos; de más está decirte que te vamos a extrañar. Cómo no hacerlo si nos faltará tu ocurrencia oportuna, tu severa observación sobre algún desliz, tu graciosa y siempre esperada invitación a mojar la palabra y como siempre hay algo diferente, te decimos que si algo debemos reprocharte, será el no habernos dado oportunidad para prepararnos mejor para este momento. Tú, tan organizado y previsible, nos jugaste tu última broma sorprendiéndonos con tu repentina partida; pero seguirás por ahí con nosotros. Donde haya una injusticia, la violación de un derecho al humilde y una historia que contar y que escribir, allí estarás tú, Luis. Cuántas cosas podríamos decirte en este difícil trance en que extrañamente el profundo dolor sirve como alimento a la memoria, para que fluyan profusamente los hermosos recuerdos con los que esperamos mitigar tu absurda e inesperada ausencia. Pero tú y nosotros entendemos que no hace falta, porque el significado de todo lo que nos unió y todo lo que anduvimos juntos no cabe en ningún escrito por extenso que este sea. Nuestra historia y el camino andado no terminan un 2 de febrero de 2019, continuará, y seguirás con nosotros presente con tu jovial propuesta, tu estricto proceder y esa solidaridad a la que tú hiciste que todas y todos tus compañeros nos acostumbráramos. Así fuiste tú, Luis. Así te recordaremos.

¡Hasta la victoria siempre! ¡Honor y gloria!

## ¡Por eso, Chino, por eso!

¡Qué vaina, Chino! No sé si me creerás si te digo que no encuentro cómo comenzar estas líneas para ti, mientras vienen a mi memoria aquellos momentos cuando nos disponíamos a redactar un comunicado para la huelga, el llamado a la marcha, o cualquier otro manifiesto propio de aquellas tantas tareas, a las que habitualmente nos dedicábamos en la defensa de los derechos de los trabajadores ucevistas. Allí nos pasaba algo parecido, pero entonces éramos jóvenes llenos de inquietudes y rebeldía, esperanzados en que era posible vivir mejor, y con esa idea fija en nuestras mentes nos abríamos camino, aprendiendo con el hacer, enfrentando el atropello del fuerte contra el débil, en medio de un escenario dividido entre quienes nos admiraban por osados y preocupados y quienes nos odiaban por irreverentes y –según ellos– unos “locos”. Bueno, Chino, nos tocó ver cómo los “locos” fueron creciendo fuera del campus universitario, cuando un “loco mayor”, igual que tú de irreverente, se puso al frente del descontento, la impunidad y el compadrazgo, yéndose al encuentro con el pueblo en las catacumbas, y nosotros con él.

A ti te correspondió desempeñar papeles trascendentales, donde como siempre demostraste la coherencia que debe caracterizar al verdadero revolucionario, entre el discurso y la práctica cuando le toca actuar. Hoy todos los que tuvimos la gloria de estar cerca de ti, nos sentimos orgullosos entre muchas otras cosas tuyas, por tu conducta y tu actitud como

servidor público, lo cual te hizo merecedor de un gran afecto popular por parte de quienes ven en el ejercicio del poder un compromiso y un deber, cuyo único beneficio ha de ser cumplir la tarea, siempre en beneficio popular y pensando en todo momento en lo que nos exige el compromiso político que hemos asumido, al igual que el seguimiento a los valores y principios con los que nos identificamos.

Lejos de distanciarte de los tuyos, estas experiencias como ejecutivo te sirvieron para poner en práctica tu amor por el que nada o poco tiene; nunca olvidaré el cúmulo de gente agolpada en las puertas de tus oficinas, ya en la Asamblea Nacional, ya en el Ministerio o en el Banco. Tú y nosotros sabíamos que eras motivo de críticas por esto, pero también sabíamos que esas críticas eran producto de la mentalidad burocrática de quienes no conciben el ejercicio del poder al lado del pueblo, que es quien se lo da para que le sirva y le apoye en medio de sus necesidades. Chino, esos no podían entender jamás tu forma de desempeñarte como funcionario, porque para algunos el cargo tiene otro significado y a partir de ello crean las barreras que hacen la diferencia entre el discurso y la función. En tu caso, la búsqueda de equidad la tenías tan presente que a solo dos días de tu partida, seguías preocupado y molesto por las fallas de la revolución, el manejo de los recursos, la burocracia, algo que era una constante durante tu convalecencia; en vano fueron los intentos por disuadirte y hacerte entender que no dedicaras esfuerzos y tiempo en ello, que pusieras atención y mente a tu salud primero y después vendría lo demás; pero al final te marchaste con tu inconformidad, pero tú sabes que también es nuestra preocupación, que somos miles los que hoy demandamos una revisión de lo que venimos haciendo en esta Venezuela, que cada día necesita más del concurso de los sectores populares para poder ejercer el poder desde abajo. Tienes nuestra palabra, Chino, de que seguiremos luchando por esas

cosas en las que siempre hemos creído, quedó pendiente ese encuentro del que siempre hablabas que teníamos que realizar. Tus amigos, amigas, compañeras y compañeros, te aseguramos que no podrá haber reunión donde se discuta y se hable de esta revolución, donde tu consecuencia revolucionaria y tu espíritu subversivo no estén presentes.

También nos hará mucha falta tu jodedera, nos cuesta pensar que no oiremos más tus reconfortantes chistes, de los que astutamente echabas mano cuando el calor de la reunión subía de tono. Tus ocurrencias fueron siempre el antídoto al agrio y duro debate, un bonito gesto que muchos valorábamos, y que todos te agradecíamos, porque sabíamos lo que buscabas con ello.

Bueno, Chino, ¡qué más puedo decirte que no nos hayamos dicho en tantos años de andar juntos por muchos caminos, con tantos compañeros y compañeras, en el sindicato de la Universidad Central de Venezuela, en el MVR 200, en la V República, en la FBT, en UNETE, en la CBST y por último, en el PSUV! Va a ser difícil acostumbrarse a tu ausencia física ya que tuviste la capacidad suficiente como para saber hacerte sentir, sembrar afecto y dejar huellas imborrables entre tus compañeros. A tu lado experimenté y pude ver de cerca el verdadero rostro de eso que llaman solidaridad, sensibilidad social, humanismo, hermandad, conceptos bastante manoseados, pero que la mayoría de las veces sirven de muletas para quienes necesitan llegar lejos y solos no pueden. También tuviste bien ganada tu fama de irreverente y confrontador porque jamás comulgaste con el aprovechador, el oportunista, el que confundía revolución con negocios, lealtad con sumisión y tú, cumpliendo con tu deber revolucionario no te lo callabas, lo que te hizo ganar algunos enemigos lo cual solo ayuda a establecer y reafirmar la diferencia en cuanto al papel del revolucionario de corazón y convicción. Chino, ¡cuántas experiencias, cuántos conocimientos, cuántas satisfacciones, cuántos sustos, cuántas

frustraciones, cuántas alegrías, cuántas derrotas, cuántas victorias! Hoy podemos decir que hemos vivido como creímos necesario hacerlo, con creatividad y participación plena, como se vive cuando estamos conscientes de que el amor es el motor de un pueblo que ha decidido pelear para romper las ataduras de miseria y sufrimiento, cuando asumimos la patria como un todo sin mezquindades, ni apetencias personales. Chino, seguiremos peleando, tú estarás a nuestro lado, irás como siempre a la vanguardia, no te veremos, pero te sentiremos como en los mejores momentos en Puerta Tamanaco, las Tres Gracias, Plaza Venezuela, entrada del Clínico, avenida Universidad, etc. Seguiremos este camino, Chino, seguiremos siendo la mala hierba que no han podido erradicar, seguiremos siendo los locos a los que no pueden domesticar, por eso nos temen, Chino, porque somos esa luz que facilitará el avance revolucionario, porque somos esa mente y voluntad que no se vende, porque sentimos como siente el pueblo.

¡Por eso, Chino, por eso!

## A Edgar Márquez

Después de escribirle a Pacheco, a Luis Mendoza, al Chino Khan y a Manolín, me prometí no escribir más sobre los compañeros que nos dejan; en primer lugar, porque no es fácil ni agradable y principalmente, porque la mayor aspiración de todos nosotros es hablar de nuestros compañeros que aún están entre nosotros. Duele hablar de los que se fueron, de los que ya no estarán, duele porque significaron mucho en lo político, lo ideológico, por la hermandad surgida en el diario trajinar militante, porque juntos sufrimos la derrota y también juntos celebramos la victoria. Duele porque nos formamos compartiendo lo poco de la escasa logística que nuestra realidad nos permitía por aquellos días, duele porque no queremos hablar de ellos como lo que fueron, queremos hablar de nuestros camaradas como lo que son y seguirán siendo, nuestros camaradas de lucha, los hombres y mujeres compañeros de viaje en este largo camino hacia la conquista de una patria nueva y de todos. Pero cómo no hablar de Edgar, cómo dejar de recordar a quien nos acompañó en este andar en los diferentes momentos de nuestra azarosa y emocionante vida militante, desde el modesto y naciente núcleo en San Agustín del Sur, cuando Omar Meza Ramírez nos da la responsabilidad de aquel pequeño pero entusiasta grupo de muchachos que se iniciaban en la lucha revolucionaria. Era la época de la reconstrucción del MIR, nada fácil, porque entre muchas otras tareas, debíamos reponernos de la amarga derrota sufrida en la lucha

armada. Después vimos que podíamos lograrlo, era posible con la gente que surgió de aquella experiencia, donde se fraguaron los combativos hombres y mujeres venidos del barrio, las fábricas, el liceo, las universidades, del campesinado. A esa gente pertenece Edgar, valiente luchador, acucioso y crítico, pero consecuente y responsable militante. Edgar se distinguió por estar comprometido con sus principios, siempre presente en el momento y el escenario que las circunstancias exigían. Con Edgar enfrentamos los diferentes obstáculos que la exigente militancia de la época nos impuso.

En Catia y el 23 de Enero pusimos nuestros mayores empeños de luchadores sociales con los habitantes de los barrios del oeste y en general, como militantes del MIR en Caracas. Nos curtimos en el fragor de la batalla política revolucionaria, donde Edgar mostró sus dotes de constructor, su sólida conciencia revolucionaria, y algo que siempre le acompañó, su camaradería y contagiante solidaridad.

Hasta los portones de Sidor, Edgar hizo llegar su aporte por la justa lucha de la clase obrera; fue cuando pidieron voluntarios para trabajar en aquellas elecciones sindicales en las que una vez más, fuimos testigos de la gran capacidad de trabajo de Edgar y su entrega por cumplir todo aquello que se proponía llevar a cabo. Es por eso que una vez más, encontramos a Edgar presente en los sucesos de abril de 2002, en donde los enemigos de la revolución intentaron el golpe de Estado; allí pagó el precio que pagan los que luchan por sus ideas, los que no retroceden ante el enemigo traidor y lacayo. Sobrevivió a las balas asesinas, y una vez más se convirtió en vocero de hombres y mujeres, cuya experiencia era necesario llevarla por el mundo, desenmascarando a los vendepatrias y cobardes sicarios del imperialismo. En esta defensa de la Revolución Bolivariana no podía faltar Edgar, como tampoco faltó su valioso aporte en la solidaridad con los hermanos sandinistas, por allá en los años

setenta, ganándose el cariño y el respeto de los y las compas nicaragüenses.

Por eso hermano, camarada de toda la vida, era imposible dejar de escribirte algo, entre otras cosas, porque tal vez es la forma de sacarme algo que ahora siento muy dentro de mí: una mezcla de sentimientos encontrados que buscan respuestas a vainas que no aceptamos, como la desaparición de un compañero, al que tantas cosas nos unieron y que siempre esperábamos ver en la marcha, la concentración, la protesta. No será fácil acostumbrarnos a que ya no tenemos físicamente a Edgar, fueron muchas las hermosas cosas compartidas, muchos los años juntos, muchas ilusiones y esperanzas en ese otro mundo posible. Te prometemos, Edgar, que con tu ejemplo como norte, seguiremos buscándolo, trabajando para ello; igual que en nuestros mejores momentos en que nada nos detenía y sabíamos crecernos ante los obstáculos.

Vuela alto hermano, tus camaradas sabremos corresponder a tu celosa y exigente concepción del compromiso militante, siempre estarás con nosotros los de Catia, los del 23, los del famoso Distrito Uno, tu escuela, nuestra escuela, donde aprendimos tantas cosas de la revolución. Nos faltó una que jamás aprenderemos: cómo decirle adiós a un compañero que tanto significó en nuestras vidas, sin derramar una lágrima.

¡Hasta la victoria siempre! ¡Honor y gloria!

## Conclusión

En términos generales, América Latina ha sido el continente más afectado por la acción injerencista, deshumanizada, vandálica y depredadora del capitalismo, con las consecuencias que ello acarrea a una región, que busca aprovechar de la mejor manera posible los grandes y diversos recursos naturales con los que ha sido beneficiado por la naturaleza. Es precisamente la riqueza de América Latina, la razón por la cual esta parte del mundo ha sido la destinataria de la primera doctrina de política exterior elaborada por Estados Unidos en toda su historia. Nos referimos a la Doctrina Monroe, que establece como principio la conocida prédica de “América para los americanos”. Debemos entender “para los norteamericanos”. Esta Doctrina Monroe fue perfeccionada posteriormente por Roosevelt, apropiándose el derecho a intervenir en los asuntos internos de los países de la región, “para establecer la ley y el orden”, lo que se conoce como la Ley del Garrote. Sobre esta base, los norteamericanos han invadido cientos de veces este territorio. Posiblemente, Colombia y Costa Rica sean los únicos países latinos que no hayan sido invadidos por los Estados Unidos. Y en el caso de Colombia, es porque su territorio funciona como la base militar de los yanquis en la región. El mundo entero conoce las andanzas y los resultados de esta práctica imperial; son muchos los motivos por los cuales Estados Unidos desea apoderarse de América Latina, entre ellos, controlar el acceso a los ingentes recursos naturales que tiene la región, y

que despiertan la insaciable voracidad de Washington. Esto y mucho más conocemos los revolucionarios latinoamericanos sobre el imperialismo. Puede que nos falte aprender que para derrotarlo debemos estar mejor preparados, que tenemos que trabajar al lado del pueblo organizado, que no podemos burocratizarnos ni engolosinarnos con triunfos electorales; que eso solo nos sirve para fortalecer el movimiento social, ayudando en la solución de la problemática social que viven las comunidades, y algo muy importante, también debemos aprovechar estos logros para trabajar la integración latinoamericana; porque nuestros pueblos tienen el mismo enemigo y juntos somos más fuertes; por lo que nos quieren peleados y separados para derrotarnos más fácilmente. Nuestras más poderosas armas son la conciencia latinoamericanista y la integración regional; objetivos por los cuales ya han dado su vida muchos hombres y mujeres, para quienes la mejor forma de honrarlos es seguir su ejemplo, como prueba de que su sacrificio ha dado sus frutos. Pues, si bien es cierto que hemos sufrido algunos tropiezos, hoy la América Latina vive momentos importantes, transitando caminos de esperanzas, con expectativas y horizontes promisorios. Es esto lo que nos obliga a ser responsables, a actuar con actitud militante, con conciencia de revolucionarios comprometidos con la historia que trazaron nuestros predecesores; quienes supieron señalar el camino de la dignidad para defender la soberanía y el derecho de nuestros pueblos a ser libres, y decidir nuestro propio destino. Esto lo vamos a lograr, profundizando el trabajo y la actividad política e ideológica, que contribuya a solidificar las bases sociales, para garantizarle la irreversibilidad que requieren los procesos verdaderamente revolucionarios, que seguirán siendo por siempre la única esperanza de libertad, soberanía y desarrollo, para nuestros pueblos latinoamericanos. Sigamos avanzando en tiempos de ser grandes, pero también de ser audaces y certeros tanto en lo teórico,

como en la práctica. En el Brasil de Lula y Dilma Rousseff, la Argentina de Kirchner y Cristina Fernández, la Bolivia de Evo, la Honduras de Zelaya, el Paraguay de Lugo, El Salvador de Sánchez Cerén, el Ecuador de Correa estuvo presente la oportunidad de desarrollar ese trabajo político-ideológico a fondo, que ayuda a fortalecer hacia adentro, el liderazgo, la concepción y el compromiso militante con la causa y la conciencia de clase. Nada más ilustrativo de la importancia de esta tarea, que el resultado de todas estas experiencias, en donde por diversas vías, métodos y trampas, se truncó la posibilidad de avanzar hacia la creación de un movimiento de masas, desde las mismas fuentes de los desarrollos sociales, legitimando el socialismo como un sistema que se centra en el desarrollo humano, la sensibilidad social y enfatiza en la necesidad de una relación y una sociedad democrática, participativa y protagónica, donde es necesario comprender que una sociedad dominada por un Estado todopoderoso, que tiene que ver en todo y con todo, no genera los cuadros y militantes con la experiencia y conocimientos aptos como para asumir el compromiso de construir el socialismo; un sistema que en la aplicación de su verdadera política, va generando enemigos muy poderosos ante los cuales necesita crear organismos y mecanismos de defensa, con cuadros políticos audaces, decididos y con criterios inequívocamente revolucionarios. Un elemento presente en todas estas negativas experiencias es que ni en el caso donde estuvo presente la fuerza (Brasil, Paraguay, Honduras y Bolivia), como tampoco en los casos en donde el enfrentamiento fue en las urnas electorales, hubo una respuesta y una presencia de las fuerzas revolucionarias contundente y frontal, principalmente notorio en los casos de Brasil y Bolivia, donde sus máximos líderes, Lula da Silva y Evo Morales, respectivamente provienen del movimiento de los trabajadores; siendo sus figuras y dirigentes más destacados en la conducción de estas luchas.

De todos estos acontecimientos, atesoramos la rica experiencia que nos permite comprender la necesidad de respaldar los procesos de cambios y los avances de los sectores populares, con esa fuerza que da el conocimiento y la convicción de la confrontación entre el viejo sistema capitalista que no ha terminado de fenecer, basado en el individualismo egoísta, en la codicia personal y en el afán de lucro desmedido, y el socialismo que está naciendo, y cuyos valores éticos, la solidaridad humana, la realización colectiva de la individualidad racional, de las necesidades básicas de hombres y mujeres que buscan abrirse paso hacia la sociedad de iguales y respeto a los derechos fundamentales de los seres humanos. El comprender esta diferencia es lo que hará indestructible el proceso revolucionario, capaz de sobrevivir a todas las arremetidas e intentos de obstruir su desarrollo. Hacer entender esta diferencia pasa no solo por la función pedagógica de llevar el conocimiento a las masas, sino también es necesario gobernar con mano firme, atacando la impunidad, el libertinaje y la violación de las normas y leyes que rigen el normal desenvolvimiento de la sociedad, practicar la vigilancia revolucionaria y la contraloría social. El pueblo ejerciendo el poder popular es el más eficiente mecanismo por el que los ciudadanos se hacen responsables de la vida pública y del Estado, del cual este ciudadano se sienta parte importante; algo que llegado el momento, será motivo más que suficiente para defenderlo como un derecho que le pertenece y que pretenden arrebatarle. En un gobierno revolucionario todos tenemos la responsabilidad y el deber de ser protagonistas en la construcción de una sociedad más humana, donde el proyecto ético y revolucionario debe llevarnos a la construcción del hombre nuevo. Socialismo y hombre nuevo deben ser sinónimos donde descansa la conciencia, la moral y el compromiso revolucionario, ya que representan el motor para dejar atrás un deshumanizado sistema como lo es el

capitalismo, y entrar definitivamente a la verdadera historia, por una sociedad realmente humanista.

Concientémonos y concienticemos que solo construiremos la sociedad socialista cuando hayamos construido el hombre nuevo. Empecemos desde ya a trabajar en ello; dejarlo para después ya aprendimos que es una mala decisión.

# Índice

Prólogo	11
Presentación	15
Nota del autor	21
De dónde venimos	31
La militancia: una gran escuela	39
¿Qué es un trabajador?	45
Lo que deben saber los trabajadores	49
Chávez y la clase obrera	61
Somos lo que hicimos, seremos lo que hagamos	67
Hacer de la empresa una escuela	74
La clase obrera y la crisis social	77
La formación del trabajador	82
La América Latina de 2019	88
Huellas del FMI en América Latina	94
Guerra es guerra	100
¿Quién paga los platos rotos?	105
En tiempos de pandemia: triste historia de los pobres pueblos en los ricos países capitalistas	108
Qué hacer y cómo hacerlo	122
Bolivia como experiencia	157
Honor a quien honor merece	162
Se hace camino al andar. A Luis Mendoza	167
¡Por eso, Chino, por eso!	169
A Edgar Márquez	173
Conclusión	176



Fundación Editorial El perro y la rana  
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,  
Piso 21, El Silencio  
Caracas -Venezuela 1010  
[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)  
[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

Facebook: El perro y la rana  
Twitter: @elperroylarana



*Los cuadernos de la fábrica. Visión y misión  
de la clase obrera en revolución*  
se terminó de editar en su versión digital  
en agosto de 2021 en Caracas, Venezuela.



Destaca la urgente necesidad que tiene el sector de los trabajadores, como clase social, al jugar un rol decisivo en la profundización y consolidación del proceso revolucionario venezolano. Este es un papel que solo puede protagonizar la masa laboral al redefinir su participación a través de la formación y profesionalización, más allá del concepto reivindicativista y con posibilidad de ser reducido solo al debate salarial. El objetivo, entonces, es la preparación y concientización del sector de los trabajadores, como representación insoslayable de la fortaleza y el músculo que harán del proceso bolivariano la alternativa real e irreversible del cambio necesario, el desarrollo social, productivo y el progreso al país potencia que todos anhelamos. Estos elementos son posibles a través de la conciencia y la ética hacia el trabajo. Este llamado no solo incluye al sector obrero venezolano, sino que convoca por igual a los trabajadores de América Latina.

### **JOSÉ RAMÓN BLASCO GRATEROL** (Yaracuy, 1947)

Militante revolucionario desde los años 1960. Ha participado en diferentes momentos de la vida política dentro del campo revolucionario: dirigente del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR); ha desempeñado su militancia social en los barrios y el sector obrero sindical, en donde cumplió las tareas de ser responsable político en comunidades populares. Miembro de la Dirección Política del MIR en Caracas. En el ámbito sindical, cofundador de la Fuerza Sindical Bolivariana, también participó en la creación de la Unión Nacional de Trabajadores (UNETE). En varias oportunidades, integrante de Delegaciones venezolanas a la Organización Internacional del Trabajo (OIT). En la actualidad, es miembro del equipo de formadores y del Consejo Consultivo PSUV. Es autor de *Oigamos la voz del pueblo* (2019) editado por esta casa editorial.

